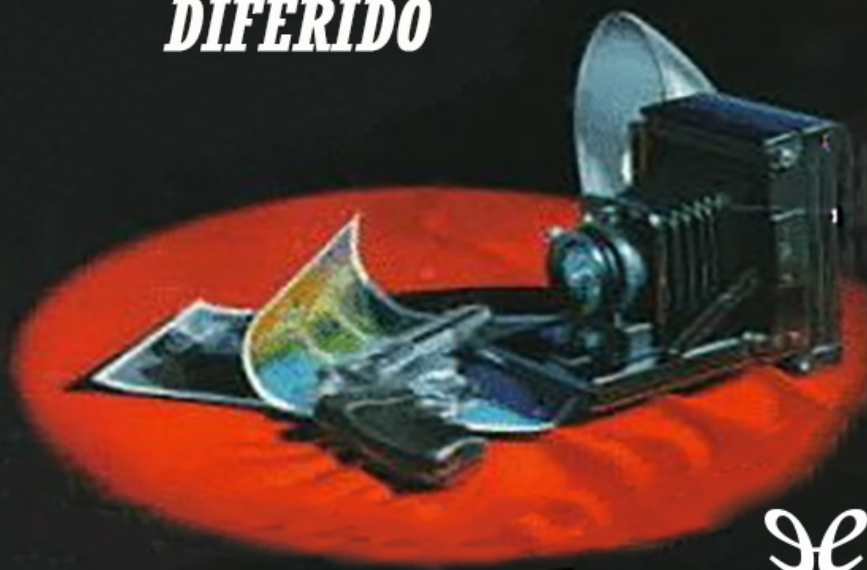


**ERLE STANLEY
GARDNER**

**PERRY
MASON**

***EL CASO DEL CRIMEN
DIFERIDO***



se

Perry Mason es contratado para proteger a Mae Farr de un presunto acosador, el rico *playboy* Penn Wenworth. Mason averigua que Wenworth quiere que Mae ponga su nombre en un cheque falsificado, pero las cosas se complican. Un fatal tiroteo acaba con la vida de Wenworth. Mae es una mujer buscada y Perry Mason un abogado con problemas.



Erle Stanley Gardner

El caso del crimen diferido

Perry Mason - 83

ePub r1.0

Titivillus 05.11.2017

Título original: *The Case of the Postponed Murder*

Erle Stanley Gardner, 1973

Traducción: Miguel Giménez Sales

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del lector

En un orden alfabético convencional
relacionamos a continuación
los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANDERS, Harold: Joven ranchero, débil de carácter.

DRAKE, Paul: Jefe de la Agencia de Detectives Drake, encargado de las investigaciones por cuenta de Perry Mason y empedernido masticador de chicles.

EVERSEL, Sidney: Ricachón de profesión y amante de Juanita Wenworth.

FARR, Mae: Joven y hermosa aventurera... pero menos.

GRASTIN, Robert: Testigo de última hora.

HOLCOMB: Sargento de la Brigada de Homicidios y eterno contrincante de Perry Mason.

MACGREGOR: Agente de la Agencia de Detectives Drake.

MARLEY, Frank: Propietario de un yate y socio de Wenworth.

MASON, Perry: Famoso abogado criminalista cuyo amor a la justicia le causa terribles quebraderos de cabeza.

OVERMEYER, Oscar: Ayudante del fiscal del distrito.

RUNCIFER: Ayudante del fiscal del distrito.

SCANLON, Emil: Juez de paz muy belicoso.

STREET, Della: Joven y bella secretaria de Perry Mason.

TOOMS, Hazel: Vampiresa de yates y de hombres.

WENWORTH, Penn: Gran aficionado al vino, a los deportes náuticos y a las mujeres.

WENWORTH, Juanita: Esposa del anterior.

Nota del editor

El manuscrito de *El caso del crimen diferido* fue una de las novelas completas de Perry Mason que Erle Stanley Gardner dejó terminadas cuando falleció en 1970.

Aunque esta novela fue escrita y dejada aparte en una época anterior, creemos que puede publicarse como el autor la dejó, aunque falte, naturalmente, la última revisión y comprobación que Stanley Gardner solía hacer con sus obras.

CAPÍTULO PRIMERO

Perry Mason se echó ligeramente atrás en su asiento y volvió la cabeza para contemplar a la joven que se hallaba sentada en el sillón reservado a los clientes.

Della Street, su secretaria particular, le entregó una información confidencial en la que podía leerse:

Nombre: Sylvia Farr.

Edad: 26 años.

Dirección: North Mesa, California, Chesnut St. 694.
Temporalmente vive en Palmcrest Rooms.

Teléfono Hillview
6-9390.

Naturaleza de la consulta: Respecto a su hermana.

Comentarios: Cuando abrió el bolso en busca del pintalabios, observé un fajo de billetes doblados y varias papeletas de empeño.
D. S.

Mason colocó el informe boca abajo sobre el escritorio.

—¿Desea verme respecto a su hermana, señorita Farr? —preguntó.

—Sí.

—¿Un cigarrillo?

Mason levantó la tapa de la caja de tabaco.

—Gracias. Uso mi propia marca.

La muchacha sacó un paquete del bolso, desgarró una esquina, extrajo un cigarrillo y se inclinó pidiendo una cerilla.

—Está bien —aprobó Mason, retrepándose en la butaca—. ¿Qué le ocurre a su hermana?

—Ha desaparecido.

—¿Le sucedió ya alguna vez antes?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Mae.

—¿Casada?

—No.

—¿Qué hay de esa desaparición?

Sylvia Farr se echó a reír nerviosamente.

—Si usted me hace preguntas me resulta más difícil. ¿No podría contarle a mi manera?

—Ciertamente.

—Bien, vivimos en North Mesa y...

—¿Dónde está North Mesa? —la interrumpió el abogado—. No recuerdo el nombre.

—Naturalmente —concedió ella—. Se trata de un lugar solitario situado en la parte norte del Estado, lejos de las carreteras nacionales. Es un distrito muy rural. Hace años que no se han construido allí edificaciones. Hemos conseguido una estafeta de correos, pero esto no significa nada.

—Bien por North Mesa —sonrió Mason—. Hábleme ahora de Mae.

—Mae —empezó la joven— se marchó de North Mesa hace algo más de un año. Era lo contrario de la situación normal. Precisamente, Mae era la muchacha casera. Y yo era... Bueno, me consideraban bonita, más que a ella, aunque —añadió con una sonrisa desdeñosa— esto no signifique gran cosa en North Mesa.

El abogado asintió con el gesto.

—Ya sabe usted cómo son estas cosas. Yo debí ser la que se encontrase impaciente y cohibida en una pequeña localidad, ahogándome y ansiando aires de libertad; la que debí marcharme a la gran ciudad, tratando de abrirme camino en el cine, para acabar siendo camarera en un restaurante pequeño, y terminar casándome con el príncipe encantado... o regresar a casa con el corazón destrozado, desilusionada, amargada y cínica... para encontrar que mi hermana hogareña se había casado con el enterrador local, tenía tres hijos, y en toda la comarca era justamente alabada por sus maravillosas disposiciones caseras y sus pasteles de manzana.

Mason parpadeó abiertamente.

—Mae no hizo tal cosa, ¿eh?

—En absoluto. Se hartó de North Mesa y decidió que necesitaba ver mundo.

—¿Dónde está ahora?

La sonrisa huyó de las facciones de Sylvia Farr.

—No lo sé.

—¿Dónde estaba la última vez que supo de ella?

—Aquí.

—¿Trabajando?

—Probó varios empleos —repuso Sylvia Farr precavidamente—. Creo que intentó conseguir lo que echaba de menos en North Mesa. Trabajó varias amistades y disfrutó enormemente. Se convirtió en una chica alegre.

—¿Es mayor o más joven que usted? —quiso saber Mason.

—Un año y medio mayor. Oh, no me interprete mal, señor Mason. Ella sabía lo que hacía... Quiero decir que su actitud cambió. En North Mesa no era animada. Apenas reía. Sólo vegetaba, pensando que la vida se le escurría de entre los dedos, cosa que demostraba en sus actos. Después de venir a Los Ángeles, adoptó aparentemente una actitud diferente. Sus cartas resultaban realmente resplandecientes. Muy inteligentes y... bueno, yo no me atrevía a enseñárselas a mamá. Recuerdo que Mae decía siempre que en una gran ciudad toda chica tiene que jugar con fuego y que el arte de impedir que se le quemen los dedos es no intentar controlar el fuego, sino los dedos.

—¿Cuándo supo de ella por última vez?

—Hace un poco más de dos meses.

—¿Qué hacía entonces?

—Trabajaba como secretaria de un individuo dedicado a la papelería, pero no me dio la dirección de la empresa. Vivía en los Apartamentos Pixley Court, y parecía divertirse bastante. Al menos, pasarlo bien.

—¿Tiene aquí alguna de sus cartas?

—No, las destruí todas... bueno, casi todas. Solía escribirme confidencialmente. En algunas ocasiones, enviaba una carta para que mamá pudiera leerla, aunque eran más bien notas.

—¿No volvió a North Mesa después de salir de allí? —indagó

Perry Mason.

—Sí, hace unos seis meses, y jamás me sentí tan asombrada. Nunca había visto a un ser humano tan cambiado. Nunca había tenido buen color de cara y su pelo más bien era áspero y seco. Sus facciones no eran lo que podían llamarse bonitas... pero ¡Dios mío!, había que ver lo que había conseguido... Llevaba unas ropas estupendas. Su tez resplandecía casi. Y le bailaban los ojos. Se había cuidado el cabello y las manos, y contaba infinidad de chistes en la jerga más moderna. A todas las chicas de North Mesa nos hizo morir de envidia.

—Entiendo.

—Señor Mason, no suelo cambiar mucho de humor. Tomo las cosas como vienen, pero jamás me sentí tan sola como cuando Mae se marchó de nuevo y yo me vi obligada a volver a mi vieja rutina. Mientras ella estaba allí las cosas no iban tan mal. Todas las muchachas, con ella a nuestro alrededor nos sentíamos más civilizadas y sofisticadas, pero cuando Mae se marchó, la caldera reventó y apenas logramos soportar...

—Sí, lo comprendo —Mason se mostró cortés—. Creo que se ha referido usted a los preliminares muy bien, señorita Farr.

—Bien —continuó Sylvia apresuradamente—, hace cosa de un mes le escribí a mi hermana y no obtuve respuesta. La envié otra carta hace dos semanas y me la devolvieron con la nota del edificio de apartamentos, afirmando que se había mudado sin dejar la nueva dirección.

—Por lo visto su hermana sabe ya cuidarse de sí misma —comentó el abogado—. No creo que haya motivos para alarmarse.

—En su última carta —explicó Sylvia— mencionaba a un tal señor Wenworth que poseía un yate. Creo que era un jugador bastante acaudalado. Ella había estado con él en el yate y terminaba la carta diciendo aproximadamente: «Cielo santo, hermanita, si alguna vez vienes a la ciudad, apártate de personas como Penn Wenworth. Lo que te conté de jugar con fuego no reza con él. Pasa por la vida cogiendo lo que quiere, sin pedirlo siquiera. Y con él no es posible controlar ni los dedos ni el fuego».

Mason se mostró un poco impaciente.

—Su hermana no es la primera chica del mundo que descubre que no es posible jugar con fuego, como dice ella. Usted no necesita

un abogado, señorita Farr. Usted necesita un detective particular... si acaso necesita a alguien. Si quiere seguir mi consejo, regrese a North Mesa y olvídelo todo. Su hermana puede cuidar de sí misma y el motivo de no haberse comunicado con usted se debe indudablemente a que no desea que usted sepa dónde está. La Policía podría asegurarle que este caso es muy corriente. Si quiere un buen detective, la Agencia de Paul Drake, cuyas oficinas están en este mismo edificio, posee varios agentes muy hábiles, y puede confiar absolutamente en la discreción y honradez del señor Paul Drake, jefe de la agencia. Él se cuida de mis asuntos de investigación.

Mason se movió en el sillón dando a entender que la entrevista había terminado.

Sylvia Farr fue hacia el escritorio y miró fijamente al abogado.

—Por favor, señor Mason —exclamó con desesperación—, sé que parece tonto. Pero no puedo explicarlo mejor. Usted no conoce a mi hermana. Sé que esto es algo diferente. Creo... creo que ha muerto, que la han asesinado.

—¿Por qué piensa tal cosa?

—Oh, por varios motivos, porque la conozco y por las cosas que decía en su última carta.

—¿No la conservó?

—No.

—Si se halla completamente convencida de que ha sucedido algo trágico —manifestó lentamente—, dirijase a la Policía. Ellos lo investigarán. Aunque a lo mejor no le guste a usted lo que descubran.

—Yo quiero que lo investigue usted, señor Mason. Quiero que usted...

—Lo único que yo puedo hacer —la interrumpió el abogado— es contratar a la agencia de detectives. Cosa que puede hacer usted misma, ahorrándose algún dinero. Supongo que no anda usted excesivamente sobrada de dinero, señorita Farr.

—Tiene razón —asintió ella—. Pero mi hermana significa para mí mucho más que el dinero. Y yo sé que ha ocurrido algo.

—Bien, vaya a ver a Paul Drake —repitió Mason—. Según todas las probabilidades, uno de sus agentes localizará a su hermana antes de las veinticuatro horas. Y si resulta que su hermana se halla en

alguna dificultad y necesita ayuda legal, estaré a su servicio.

—Por aquí, señorita Farr —intervino Della Street—. La acompañaré a la oficina de Paul Drake.

Capítulo II

Paul Drake, muy estevado y desgarbado, entró en el despacho particular de Perry Mason con la familiaridad hija de muchos años de íntima asociación.

—Hola, Perry. Hola Della. ¿Qué tal van las cosas?

Fue hacia el sillón de los clientes, sentóse de través y dejó colgar las largas piernas por un brazo, recostando la espalda en el otro.

—Gracias por el caso, Perry —añadió.

—¿Qué caso?

—El de la chica que me enviaste ayer.

—Oh, te refieres a la señorita Farr.

—Exacto.

—¿Bastante dinero? —se interesó Mason.

—No está mal. Suficiente para cubrir una investigación preliminar y el informe. Me imaginé que no tardaríamos más de tres o cuatro horas en localizar a la muchacha.

—¿La encontraste?

—No, pero descubrimos muchas cosas sobre ella.

Mason sonrió y alargó una mano hacia la tabaquera.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias —rehusó el detective—. Hoy me toca chicle.

Mason volvióse hacia Della Street.

—Algo tiene en la cabeza, Della —murmuró, refiriéndose a Drake—. Cuando está preocupado por algo no fuma ni se sienta como los seres civilizados. Cuando vea que hace nudos con su cuerpo como una serpiente con dolor de estómago, es que tiene alguna preocupación. Y el chicle es otro síntoma infalible.

Paul Drake arrancó la cubierta de celofana de un paquete de chicle y se metió tres en la boca, uno tras otro. Hizo una bola con

los envoltorios y la arrojó a la papelería del abogado.

—Perry —musitó—, quiero hacerte una pregunta.

Mason lanzó una mirada de complicidad a Della Street.

—Ya está, Della —sonrió.

—Sin bromas, Perry —continuó Drake—, esto me inquieta un poco.

—Lo sé —asintió Perry—. ¿De qué se trata?

—¿Por qué diablos te interesaste por el caso de esa joven?

—No me interesé.

—No te interesaste —frunció el ceño Drake—, pero, a juzgar por lo que ella me contó, le concediste una entrevista bastante larga.

—¿Lo cree así, eh?

—No —repitió Drake—. Estaba enfadada contigo. Pensaba que te la habías quitado de delante. Le expliqué que tú eras uno de los abogados más caros de la ciudad y que muy pocas personas llegaban a penetrar en tu despacho privado. Esto la calmó un poco.

—Estuve a punto de aceptar su caso, Paul —suspiró el abogado.

—Esto pensé. ¿Por qué?

Mason sonrió antes de contestar.

—Descubriste que la hermana se halla en un gran apuro, ¿verdad, Paul?

El detective asintió, mirando astutamente a Mason.

—¿Fugitiva de la justicia? —preguntó el abogado.

—No. Falsificación.

—Me lo imaginaba —asintió Mason.

Della Street le miró con curiosidad.

—Vamos, Perry, explícamelo. ¿Cómo te lo imaginaste? —inquirió el detective.

El abogado enarcó las cejas y pareció contemplar algo de la pared de enfrente.

—¡Maldición, Paul! —exclamó—. Me gustaría no tomarme tanto interés por las personas y sus misterios. De haber habido un poco más de misterio en este caso, lo habría aceptado, ganando cinco mil dólares por un trabajo que apenas vale cincuenta.

—¿Cuál era el misterio? —se interesó Paul Drake.

—¿Localizaste a Mae Farr? —preguntó Mason a su vez.

—No, no la encontramos.

Mason hizo un ademán como arrojando algo encima del

escritorio.

—Aquí tienes la respuesta.

—¿Cómo?

—Fíjate en la situación —observó Perry Mason—. Esa chica viene a verme con relación a su hermana. Ésta ha desaparecido. Cree que su hermana está en algún apuro, sin saber cuál puede ser el asunto, aunque esté llena de malos presagios.

—Continúa.

—¿Te fijaste cómo vestía? Sus zapatos eran de los mejores, con una falda y una chaqueta de buen corte aunque no nuevas, un abrigo que aparentemente sí lo es, aunque de tela muy barata, con cuello de piel y un ribete que parece proceder directamente del callejón de los gatos.

—Bueno —se impacientó el detective—, ¿cuál es la respuesta?

Mason dejó aparte la cuestión con un gesto.

—Sus uñas —prosiguió— estaban cuidadosamente manicuradas. Llevaba el cuello hacia atrás. Iba maquillada. Virtualmente no había pintura en sus labios y, para que todo concuerde, llevaba el bolso lleno de dinero... y de papeletas de empeño.

Drake, se quitó de la boca el chicle y miró primero a Della Street y luego a Perry Mason.

—No lo entiendo, Perry —murmuró—. Estás insinuando algo, pero que me maten si lo entiendo.

—Simplemente —sonrió Mason—, se trata de una columna de cifras que hay que sumar. ¿Qué hace una joven campesina cuando va a la ciudad? Se pone sus mejores ropas y trata de mejorar su aspecto. Las chicas campesinas, las bonitas son las que intentan parecer sofisticadas. Son las que se maquillan mucho cuando visitan a un abogado. Y tienen un cuidado especial con su cabellera, yendo a la peluquería tan pronto llegan a la ciudad.

—Estaba preocupada —recordó Drake—. No tuvo tiempo de ir al peluquero.

—Pero lo tuvo para hacerse la manicura —objetó Mason—, y había ido a la peluquería. Se hizo peinar de manera torpe y poco sofisticada. Una joven campesina habría comprado unos zapatos más baratos y un abrigo más caro y mejor, a menos que se tratase del tipo de muchacha a la que gusta tal clase de abrigo. De todos modos, jamás llevaría unos zapatos como los de la señorita Farr. El

abrigo no concordaba con las demás prendas. No concordaba con los zapatos. El cabello no armonizaba con las uñas. El rostro no encajaba con la historia.

Drake terminó de quitarse el chicle de la boca y de pronto se irguió en el sillón.

—Diablos, Perry, no querrás decir que... que ella...

—Seguro, era ella —asintió Mason—. Una fugitiva de la justicia. Necesitaba un abogado para que le sacara las castañas del fuego. Y como no se atrevió a dar su verdadero nombre, se hizo pasar por Sylvia.

—¡Maldito me vea! —exclamó Paul Drake con gravedad—. Creo que tienes razón, Perry.

—Claro que sí —asintió Mason, como explicando una cosa elemental. Tras una corta pausa añadió—: Por esto casi acepté el caso. Me pregunté qué carácter poseía la chica, en qué clase de atoladero se hallaba y qué proceso mental la había inducido a presentarse ante mí con tal fingimiento. La mayoría de jóvenes habrían buscado refugio en las lágrimas o un ataque de histerismo, o habrían sido lo bastante atrevidas como para hacer frente osadamente a cualquier cosa. Pero esa muchacha no se mostró muy atrevida. Más bien parecía saber cómo desenvolverse. Sí, estaba asustada pero no al borde de las lágrimas. Confiaba en sí misma y en sus propios recursos. Reunió todo el dinero posible, se compró un abrigo pasado de moda, se hizo peinar de manera torpe, pero se olvidó del detalle de los zapatos y de sus uñas recién manicuradas.

Drake se metió un chicle en la boca y siguió mascando. Asintió lentamente.

—Bien —murmuró—, está en un brete.

—¿Muy grande? —preguntó Mason.

—Un cheque falsificado por ochocientos cincuenta machacantes, por un lado —masculló Drake.

—¿Quién abonó el cheque, Paul?

—La tienda de modas «Stylefirst».

—¿Parte en dinero, parte en crédito? —quiso saber Mason.

—Crédito por novecientos cincuenta dólares —replicó Drake—. La empresa recibió el cheque por correo, lo abonó sin prestar excesiva atención, se lo devolvieron señalado como una falsificación, y, naturalmente, se enojaron. Mientras tanto, Mae Farr

evidentemente se había oído la tostada, y se esfumó.

Mason apartó su butaca del escritorio, se puso en pie, y empezó a pasearse por la estancia, con los ojos concentrados en la alfombra.

—Paul —murmuró mirando al detective por encima del hombro—, voy a hacerte una pregunta. Y ojalá la respuesta sea «no». Aunque temo que será «sí». ¿Ese cheque falsificado estaba firmado por un tal Wenworth?

—Sí —asintió Drake—. Penn Wenworth, y la falsificación era muy clara.

Mason dio media vuelta y miró fijamente al detective.

—¿Qué has dicho?

—Que era una falsificación muy clara —repitió Drake.

Una vez más, Perry Mason esbozó el característico gesto de arrojar algo con la mano.

—Ahí lo tienes, Paul —gruñó—. Otra cifra de la columna, que desequilibra el saldo. Esa chica no pudo cometer una falsificación clara. ¿Te fijaste en sus manos, en sus dedos? Largos, delgados, artísticos, de pianista, hábiles y seguros.

Paul Drake no dijo nada.

—Cuando estuvo aquí, estaba tan nerviosa como un diablo. Pero abrió el bolso, sacó un paquete de cigarrillos, desgarró una esquina, sacó un pitillo y se lo puso en la boca, con suavidad, con gracia. Esa muchacha sabe tocar el piano, probablemente pinta bien y jamás, jamás, repito, sería culpable de una falsificación grosera.

—Bueno, pues ahora lo es —rezongó Drake—. He visto el cheque. Era pagadero a Mae Farr por una cantidad de ochocientos cincuenta dólares y estaba endosado al respaldo: «Páguese a la orden de la tienda Stylefirst. Mae Farr.»

—¿Y su firma al dorso? —preguntó Mason.

—Su firma al dorso.

—¿Parecía auténtica?

Drake elevó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué no tenía que parecer auténtica? Demontre, Perry, nadie falsifica un cheque de ochocientos cincuenta dólares para procurarle una diversión a una tienda de modas.

—¿Qué dice Wenworth? —inquirió Mason.

—Aparentemente, Wenworth está muy preocupado —repuso Drake—. Y esto es gracioso. Cuando se abrió la cuenta original

Wenworth salió de fiador.

—O sea que él responde por la cuenta —murmuró Mason.

—Sí.

—De modo que la falsificación no habría tenido que perjudicarlo.

—No, si hubiese pagado la chica —observó Drake—. Al fin y al cabo, él sólo salió fiador.

—¿Y está furioso por la falsificación?

—Seguro. Dice que la chica es una ingrata y que la va a meter entre rejas, sin importarle lo que pase.

Perry Mason suspiró profundamente.

—Paul —dijo—, todo este asunto es un lío.

El detective miró a Della Street.

—¡Diantre de Perry! —exclamó—. Ha acabado por interesarme en este caso. ¿Lo está él, Della?

—Naturalmente —sonrió la joven—. Sólo que no lo ha admitido hasta ahora.

—Creo que tienes razón, Della —asintió Mason. Luego se volvió hacia Drake—. Bien, Paul, dile a esa chica que acepto el caso. Cuando vaya a verte, dile que una falsificación es un asunto muy serio y que haremos lo que podamos para proteger a su hermana. No permitas que averigüe que hemos adivinado la verdad. Primero quiero que se imagine que nos ha engañado... y veremos qué pasa.

—De acuerdo, Perry.

—Otra cosa —continuó el abogado—. ¿No podrías conseguirme una fotocopia del cheque falsificado?

—Ya está hecha —afirmó el detective—. El banco la hizo. Siempre que devuelven un cheque por falsificación o estafa, se protegen mediante una fotocopia. Y yo conseguí una.

—Está bien, Paul. Pide al Departamento de Automóviles una fotocopia de la licencia de conducir de Mae Farr. Allí estará su firma. Cuando obtengas esa firma, enviaré la fotocopia del cheque y de su firma a un experto calígrafo.

—¡Dios mío, Perry! —exclamó Drake—. No se necesita ningún perito calígrafo para saber si un cheque es una falsificación. Es un calco y se ve muy bien. Están claros como el día los pequeños temblores de la mano, característicos en ese tipo de falsificación.

—No quiero una opinión sobre la firma de Wenworth —objetó

Mason—, sino sobre la de Mae Farr al dorso del cheque.

La frente del detective se arrugó en perplejidad.

—¿No te das cuenta? —prosiguió el abogado—. Una tienda tiene una cuenta de novecientos cincuenta dólares contra Mae Farr, con Wenworth como fiador. Reciben un cheque, aparentemente redactado por Wenworth, pagadero a Mae Farr, y endosado a la tienda. Luego, lo cursan por el camino ordinario en uno de sus negocios. El cheque está falsificado. Y rápidamente vuelve a la tienda. Se lo comunican a Wenworth y éste se pone como una fiera. Naturalmente, todo el mundo supone que Mae Farr falsificó el cheque porque al parecer es ella la que se beneficia con la falsificación.

—¿Y bien? —le interrumpió Drake—. No existe nada en contra de este razonamiento.

Mason sonrió.

—Supongamos —observó— que la firma de Mae Farr también sea una falsificación.

—No lo entiendo —gruñó el detective.

La sonrisa de Perry Mason se ensanchó.

—Reflexiona, Paul. La situación tiene varias posibilidades.

Tras una pausa, Mason volvióse hacia Della Street.

—Una carta, Della.

La joven cogió un cuaderno de taquigrafía de un cajón de su escritorio y empuñó un bolígrafo.

—Al señor Penn Wenworth —dictó el abogado—. Paul te dará la dirección. «Muy señor mío: La señorita Sylvia Farr, de North Mesa, California, me ha contratado para localizar a su hermana, Mae Farr, que vivía en los Apartamentos Pixley Court de esta ciudad, y para que actúe como su representante legal en todas las dificultades que se le puedan presentar.» Punto y aparte. «Según cierta información contenida en algunas cartas de Mae Farr a su hermana, pienso que tal vez usted se halle en situación de proporcionarme algún dato respecto al paradero actual de la parte en cuestión. De ser así, bien por casualidad, bien por estar en comunicación directa con ella, asegúrele, por favor, que su hermana ha dispuesto todo lo necesario para que el firmante la represente en toda su capacidad.» Punto y aparte. «Dándole gracias por anticipado por cualquier información que pueda darme, le saluda atentamente.»

Cuando Mason terminó el dictado miró al detective.

—A menos que esté muy equivocado —sonrió—, esta carta nos pondrá en movimiento continuo.

Capítulo III

Della Street entró en el despacho de Perry Mason con el correo de la mañana.

—El pan que puso en el agua ha dado, por lo visto, como resultado un pastel.

—¿Qué pan? —quiso saber Mason.

—La carta que ayer le envié a Penn Wenworth.

—Oh... —sonrió el abogado—. Tendré que mandarla a una academia de cocina, Della.

—¿Por qué?

—El pan en el agua —observó Mason— no se convierte en un pastel sino en una pasta.

—¿Una pasta?

—Exactamente. Mazuma, moneda del reino —rió Mason—. ¿Cuánto tiempo lleva aguardando?

—Una media hora. Ya está medio cocido también.

—Bien, hágale pasar.

Penn Wenworth tendría unos cincuenta años. Aparentemente, trataba de disimularlos con un gran cuidado personal. Sus ropas estaban planchadas de manera impecable. Su cintura, en comparación con su pecho, lo ajustado de sus ropas y su compostura, indicaban que el abombado natural de su panza lo sujetaba un cinturón elástico.

Sus manos estaban manicuradas, con las uñas muy bien cortadas. El rostro, sonrosado y aterciopelado gracias a la protección de un barbero, contrastaban grandemente con el color verde gris de sus ojos pálidos. Llevaba un bigote pequeño, cuidadosamente recortado y engrasado en las puntas.

—Buenos días, señor Mason —saludó al entrar.

—Hola —replicó Mason con tono casual—. Siéntese.

Wenworth aceptó la butaca indicada. Sus ojos examinaron al abogado con la destreza del jugador de *bridge* al estudiar las cartas de su mano.

—Hace buen tiempo, ¿eh?

—¿Cree que lloverá? —preguntó Mason con el rostro tan duro como el granito.

—No —replicó Wenworth—. Pero habrá niebla. Recibí su carta, señor Mason.

—Personalmente, creo que lloverá. ¿Qué hay de la carta?

—Creo que le debo una explicación.

—Estupendo —asintió Mason con gravedad—. Siempre me han gustado las explicaciones.

—No me interprete mal, señor Mason.

—Oh, no...

—Quiero decir que indudablemente le han tomado el pelo. Un hombre de su gran reputación y habilidad ciertamente no se habría avenido a representar a Mae Farr de conocer todos los hechos.

—¿Un cigarrillo? —le atajó Mason.

—Sí, gracias.

La mano de Mason se dirigió a la caja de tabaco. Eligió un cigarrillo cuidadosamente, como contento de la interrupción. Luego, el abogado encendió una cerilla, que aplicó al cigarrillo, y arrojó el fósforo a la papelera con gesto descuidado.

—Bien, adelante —dijo.

—Tal vez le sorprenda saber que Mae Farr es una fugitiva de la justicia —manifestó Wenworth.

—Ya —repuso Mason atinadamente.

—La Policía posee una orden de arresto.

—¿Cuál es la acusación?

—Falsificación.

—¿De qué?

—De un cheque —respondió Wenworth con indignación. Hizo una leve pausa y repitió—: Un cheque, que constituyó una base para traicionar una amistad. Esa chica es una buscadora de oro, una ingrata, una egoísta, una...

—Un momento —le hizo callar Mason, pulsando un botón.

—Como iba diciendo, ella... —continuó Wenworth.

Mason levantó la mano.

—Un momento. He llamado a mi secretaria.

—¿Su secretaria?

—Sí. Quiero que tome taquigráficamente sus comentarios respecto a la integridad moral de mi cliente.

—Oiga —exclamó Wenworth súbitamente alarmado—, no irá usted a emplear mis palabras...

Della Street penetró en el despacho.

—Della —dijo Mason—, deseo que tome nota de los comentarios del señor Wenworth sobre Mae Farr.

La joven dirigió una mirada calculadora hacia el visitante y luego fue hacia el escritorio y le pasó una nota al abogado. Mason leyó la nota.

«Harold Anders aguarda en la antesala. Quiere ver a Penn Wenworth para un asunto personal que se niega a revelar. Su dirección es North Mesa, California. Le dijeron que Wenworth estaba aquí y dice que esperará a que salga.»

Mason rompió lentamente la nota y dejó caer los fragmentos en la papelera.

—Lo que dije —observó Wenworth— ha de quedar entre nosotros.

—Seguro —asintió Mason—, porque estoy convencido de que usted no acusaría a esa joven a menos que pudiese demostrar sus acusaciones.

—No intente atraparme, Mason —se enfadó Wenworth—. He venido de buena fe para avisarle de la clase de persona con quien trata. Pero no deseo exponerme a un proceso por difamación.

—Un poco tarde para pensarlo, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

Mason volvióse hacia Della.

—Haga pasar al señor Anders —le ordenó—. Dígale que el señor Wenworth hablará ahora mismo con él.

Wenworth se incorporó en su butaca y miró a Mason con pupilas en las que se leía suspicacia y alarma.

—¿Quién es Anders? —inquirió.

Della Street salió quedamente del despacho.

—Un tipo que desea verle a usted por un asunto personal —explicó suavemente Mason—. Trataba de localizarle a usted y se enteró de que estaba usted aquí.

—¡No conozco a este Anders! —protestó Wenworth—, ni me interesa verle. Podría marcharme por otra puerta y...

—No me ha entendido —le interrumpió Mason—. Anders viene de North Mesa y pienso que quiere verle por algo relacionado con Mae Farr.

Wenworth se puso en pie. Había dado sólo dos pasos cuando Della Street abrió la puerta y un individuo alto y estevado, de unos treinta años, entró en la estancia.

—¿Cuál de ustedes es Wenworth? —preguntó.

Mason movió una mano con gesto amable.

—El caballero que se dirige a la salida.

Anders cruzó rápidamente la habitación, moviéndose con engañosa suavidad, y le cortó la retirada a Wenworth.

—¡Wenworth, hablará usted conmigo! —exclamó.

El otro trató de esquivarle pero Anders le cogió por un hombro.

—Ya sabe quién soy —masculló.

—No le he visto en mi vida.

—Pero sabe quién soy.

Wenworth no contestó.

—De todos los trucos despreciables que conozco —prosiguió el joven—, éste de hacer detener a Mae es el peor de todos. Un truco por valor de ochocientos cincuenta pavos. Vamos, aquí los tiene. El cheque podrá cobrarse.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo y empezó a contar.

—Acérquese a la mesa y vaya contando. Necesito un testigo y quiero un recibo.

—No puede abonar el cheque —indicó Wenworth.

—¿Por qué?

—Porque el asunto se halla en manos del fiscal del distrito. Sería ser cómplice de un delito si aceptara ese dinero. El señor Mason es abogado. Él le dirá que estoy en lo cierto. ¿No es verdad, señor Mason?

—¿Desea consultarme profesionalmente? —replicó el abogado.

—¡Oh, al diablo! Comento sólo lo que es de conocimiento general.

—Guarde su dinero, Anders —le aconsejó Mason—, y siéntese. Y usted también, Wenworth. Y ya que están aquí les diré una cosa.

—No tiene que decirme nada —dijo Wenworth airadamente—. He venido aquí de buena fe, pensando que podría ahorrarle una triste experiencia, señor Mason. No vine para quedar atrapado ni ser insultado. Supongo que usted había dispuesto esta entrevista con Anders.

El rostro del joven mostró su sorpresa.

—¿Qué está diciendo? —exclamó—. No había oído hablar del señor Mason en toda mi vida.

Wenworth contempló ansiosamente la puerta.

—Oh, no —continuó Anders—, le he estado buscando por toda la ciudad. Y ahora mismo vamos a tener una explicación. Trate de largarse y deseará no haber nacido.

—No puede impedirme que...

—Probablemente no —sonrió Anders torvamente—, pero sí puedo estrujarle el cuello como un limón.

Mason le sonrió a su secretaria, se retrepó en su sillón y cruzó las piernas encima de la mesa.

—Adelante, caballeros —dijo—. Continúen.

—¿Qué clase de trampa es ésta? —gruñó Wenworth.

—Ninguna —replicó Anders, temblando de indignación—. Usted es el que ha utilizado un truco sucio. Y estoy aquí para decirle que no se saldrá con la suya. Aquí tiene sus ochocientos cincuenta dólares.

—Me niego a tocarlos —manifestó Wenworth—. No es por el dinero, sino por principios.

Bruscamente, se puso en pie.

—¡Intente detenerme —rugió— y llamaré a la Policía! Le demandaré por conspiración, por...

—Deje que se vaya, Anders —intervino el abogado. Se volvió hacia Wenworth—. Pero antes deseo decirle que yo represento a Mae Farr. También puede interesarle saber que he enviado una fotocopia del cheque falsificado a un perito calígrafo.

Wenworth, con la mano en el pomo de la puerta, volvióse a mirar a Mason.

—Supongo que su firma fue falsificada —continuó el abogado—, lo mismo que la de Mae Farr.

—Me está bien empleado por querer hacer el samaritano —rezongó Wenworth—. Debí venir con mi abogado.

—Tráigale, caballero —sonrió Mason—. De este modo podré contarle lo relativo al cheque y pedirle consejo.

—¿Cómo dice?

—Usted ha acusado a Mae Farr de falsificar un cheque —explicó Mason—, sobre la suposición de que, debido a que el cheque fue enviado a la tienda Stylefirst para quedar acreditado en la cuenta de la joven, ésta debía de ser culpable de la falsificación. Pero estoy seguro que usted no posee ninguna prueba que respalde dicha suposición, que no puede demostrar que ella enviara el cheque, que no puede probar que ella lo redactó porque el perito calígrafo dirá que no lo hizo ella, y que, por tanto, el cheque fue falsificado por una tercera persona.

Wenworth vaciló un instante, y al fin pronunció cautelosamente:

—Bien, si esto es cierto...

—Si esto es cierto —le interrumpió Mason tranquilamente—, usted es culpable de difamación contra Mae Farr. Usted ha efectuado unas afirmaciones gratuitas asegurando que ella es una falsificadora y una fugitiva de la justicia. Usted hizo tales acusaciones ante la Policía y otras personas. Usted firmó una demanda acusando a Mae Farr de un acto criminal... Vaya a ver a su abogado, Wenworth. Estoy seguro de que él le aconsejará que ordene al banco abonar el cheque. Y vuelva a visitarme cuando le plazca. Mi secretaria le dará hora. Buenos días.

Wenworth contempló consternado al abogado. Luego, bruscamente, abrió la puerta y salió al corredor, dejando a Harold Anders mirando a Mason con gran perplejidad.

—Siéntese, Anders —le invitó Mason.

El joven se dirigió al sillón que acababa de dejar libre Wenworth.

—Lo malo —observó Mason— es que yo soy un actor nato. Mis amigos afirman que tengo el sentido del teatro. Mis enemigos dicen que siempre finjo. Esto, aunado con la curiosidad respecto a la gente y un interés por todo lo que parece misterioso, siempre me mete en líos. ¿Cuáles son sus malas costumbres?

Anders se echó a reír antes de responder:

—Pierdo la calma con facilidad. No sé aceptar un «no». Estoy

demasiado enamorado de la tierra, y creo que no soy mal parecido.

Mason le estudió con pupilas regocijadas.

—Esto parece una lista redactada por una jovencita que dejó North Mesa para venir a la ciudad.

—Es cierto —admitió Anders.

—Bien, Mae Farr me contrató para representarla —explicó el abogado—. Por lo que sé, todos sus apuros se relacionan con ese cheque del que usted ya ha oído hablar. Pero no creo que vaya a darnos ya más quebraderos de cabeza.

—Mason, Mae no falsificó el cheque —afirmó Anders—. Mae jamás haría semejante cosa, pero no sé quién lo hizo.

—Wenworth —aseguró Mason.

—¿Wenworth?

—Sí. Probablemente no conseguiremos demostrarlo, pero lo hizo él, o alguien por encargo suyo.

—¿Por qué, Dios santo?

—Es muy probable —repuso Mason— que Wenworth tampoco acepte un «no» como respuesta.

La lenta comprensión se retrató en el semblante de Anders. Bruscamente, apretó con fuerza los brazos del sillón, se puso en pie y dio dos pasos rápidos hacia la puerta.

—Un momento, Anders —le detuvo la voz de Mason, llena de autoridad—. Yo soy quien dirige el espectáculo. Vuelva aquí. Hemos de hablar.

Anders vaciló, con el rostro enrojecido y la barbilla cuadrada.

—Siéntese, vamos —le invitó Mason—. Y recuerde que actúo como abogado de Mae Farr. No quiero que se haga nada que no sea en interés suyo.

Lentamente, Anders volvió a sentarse. El abogado estudió las rugosas facciones, la tez bronceada, el color casi castaño de la nuca.

—¿Rancho? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué clase de rancho?

—Ganado, con alfalfa y heno.

—¿Grande?

—Mil quinientos acres.

—¿Despejados?

—No, con alguna maleza. Bastantes colinas. Todo está vallado.

—Estupendo —observó Mason.

Durante varios segundos los dos hombres estuvieron sentados en silencio. Mason contemplaba calmamente al joven que tenía delante. Anders, ya más tranquilo, estudiaba al abogado con creciente aprobación.

—¿Hace mucho que conoce a Mae? —preguntó Mason.

—Casi quince años.

—¿Conoce a su familia?

—Sí.

—¿Vive la madre?

—Sí.

—¿Hermanos?

—Una hermana, Sylvia.

—¿Dónde está?

—En North Mesa, trabajando en una pastelería.

—¿Cómo se enteró de que Mae estaba en apuros?

—Sylvia estaba preocupada por ella. No recibía cartas desde bastante tiempo atrás. De pronto, le devolvieron una carta diciendo que Mae se había trasladado de residencia sin dejar las señas.

—¿Ha sabido de ella con regularidad?

—No —repuso Anders tras una leve vacilación.

—¿Estuvo en contacto con ella por medio de Sylvia?

—Sí —asintió Anders, con un tono que daba a entender que consideraba que aquello no le incumbía al abogado—. Pero esta última vez me llamó para comunicarme que estaba en un mal paso a causa de un cheque de ochocientos cincuenta dólares, falsificado.

—¿Ha localizado a la señorita Farr?

—No, aún no. Yo deseaba que usted... Bueno, soy su amigo y necesito saber su dirección.

—Lo siento —denegó el abogado—, pero no la tengo.

—Creí que ella le había contratado a usted.

—La joven que me contrató —repuso Mason—, explicó que actuaba en nombre de Mae Farr. Y agregó que ignoraba dónde podía estar Mae.

El rostro de Anders mostró su desaliento.

—Sin embargo —prosiguió Mason—, si sigue usted buscando, tengo la certeza de que acabará por encontrarla. ¿Cuándo salió usted de North Mesa?

—Hace dos días.

—¿Dónde está la hermana... Sylvia? ¿En North Mesa o vino con usted?

—Sigue allí, por su empleo. Las chicas ayudan a la madre. Mae contribuía con la mayor parte del dinero.

—¿Dejó de enviar los cheques hace unos meses? —insinuó el abogado.

—Oh, no. Por eso traté de hallar a Wenworth. Sylvia recibió tres cheques de Wenworth. Éste dijo que Mae trabajaba para él y le había rogado que enviara parte de su sueldo directamente a Sylvia.

—Entiendo —asintió Mason pensativamente.

—Oiga, Mason. No creo que debamos dejar colgado este asunto. Pienso que deberíamos... bueno, hacer algo respecto a Wenworth.

—Opino lo mismo.

—¿Entonces...?

—No me gusta sacar conclusiones cuando poseo pocas pruebas, pero por lo visto ocurrió así. Wenworth, por lo que sé, es un jugador. Ignoro la naturaleza exacta de sus negocios. Aparentemente es bastante rico. Mae Farr entró a trabajar para él. Y no quiso que sus amigos supiesen dónde trabajaba.

—Esa cuenta de la tienda Stylefirst... —masculló el joven, tratando de alejar la duda del tono de voz.

—Indudablemente —opinó Mason—, esto significa que ella actuaba como «relaciones públicas» en algún lugar que controlaba Wenworth, o que tenía un empleo que significaba entrar en contacto con el público. Él insistió en que la joven vistiese bien y probablemente la envió a la empresa con una carta de garantía. Observe que Wenworth no accedió a pagar inmediatamente la mercancía, y en vista del hecho de que él envió los cheques a Sylvia, es razonable suponer que se quedaba con la parte del león del sueldo de Mae, debido a que tenía que abonar las cuentas de la tienda de modas y enviar dinero a la hermana.

—Pero en sus cartas, Mae no decía que trabajaba para Wenworth.

—Exactamente —concedió Mason—, pero tampoco dijo qué hacía. Si estaba de camarera en una sala de fiestas, o algo por el estilo, es muy posible que Mae no quisiera que Sylvia se enterase.

—Entiendo —asintió Anders. Tras un instante de meditación, el

semblante del joven se aclaró—. Claro, esto lo explica todo. Mae temía que su madre descubriera qué estaba haciendo. Su madre es bastante anticuada. Está enferma y Mae desea ahorrarle preocupaciones.

—Exacto —repuso Mason.

Anders se puso en pie.

—Señor Mason, no quiero molestarle más. Sé que usted está siempre muy atareado. Estoy en el hotel Fairview, en la habitación 319. Si ve a Mae, dígame que estoy aquí y que deseo verla.

—Se lo diré —prometió Mason.

Se levantó cuando Anders avanzó para estrecharle la mano. Los dos hombres eran de la misma estatura, altos, musculosos, de facciones atezadas. La mano bronceada de Anders asió la de Perry Mason.

—Le agradezco mucho todo lo que ha hecho, señor Mason. Y ahora dígame: ¿qué hay de sus honorarios?

—Nada —le interrumpió el abogado—. Creo que la señorita Farr preferirá abonar ella la cuenta.

—Sí, es cierto —accedió Anders—. Por favor, no le diga que sugerí pagar yo.

Mason asintió.

—¿Me avisará si sabe algo de Mae?

—Le comunicaré dónde para usted.

—Oh, señor Mason —exclamó Anders—, me he alegrado mucho de haber hallado aquí a Wenworth. De lo contrario, probablemente habría cometido una tontería. Bien, adiós.

—Adiós —dijo Mason.

El joven vaciló un momento, se inclinó ante Della Street, que había estado callada durante toda la entrevista, y murmuró:

—Y también muchas gracias a usted, señorita...

—Street —presentó Mason—. Della Street, mi secretaria.

—Muchas gracias, señorita Street.

Anders se dirigió a la puerta con largas zancadas, como hombre acostumbrado a vivir al aire libre.

Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, Della Street miró a Mason.

—¿Se ha creído esa historia? —preguntó.

—¿Qué historia?

—La que le ha contado a Anders sobre la conducta de Mae Farr. Mason sonrió.

—Dios mío, Della, no lo sé. Fue la primera que se me ocurrió. Maldición, ojalá no me interesase tanto por la gente, ni sintiese tanta simpatías por sus problemas.

Los ojos de Della Street mostraban su ánimo reflexivo.

—Fue una historia muy poco creíble —murmuró al fin.

Capítulo IV

Mason, relajado tras una ducha caliente, ataviado con un pijama de seda y tumbado en una mecedora, se hallaba absorto en una novela de crímenes. El trueno, que toda la tarde había retumbado sobre las montañas del norte y el este, llegaba ya a la ciudad, y el distante rumor se oía ya claramente mientras Mason iba girando las páginas del libro.

Bruscamente sonó el teléfono.

Mason, sin apartar la mirada de la novela, alargó el brazo y encontró al tacto el aparato. Lo descolgó.

—Habla Perry Mason.

—Será mejor que venga, jefe —pronunció la voz de Della Street.

—¿A dónde?

—A mi apartamento.

—¿Ocurre algo?

—Tengo aquí a un par de clientes excitados.

—¿Ha hablado con ellos?

—Sí.

—¿Y opina que debo verles?

—Sí.

—Bien, Della, tardaré quince minutos. Recuerde que las paredes de los apartamentos siempre son muy delgadas. Las voces excitadas llaman la atención. Póngales una mordaza.

—El apartamento está bien amordazado —repuso Della—. Me imaginé que le gustaría saber los detalles de primera mano.

—Buena chica —ponderó Mason—. Llegaré inmediatamente.

Telefoneó al encargado nocturno del garaje para que le preparase el coche, se vistió y cumplió su promesa con un minuto y cinco segundos de adelanto.

En el apartamento de Della Street encontró a su secretaria vestida para la calle, con un impermeable al brazo, el sombrero puesto, y un cuaderno de taquigrafía y un bolso bajo el brazo.

Sentados ante ella, en un diván, con las caras muy pálidas y los ojos muy abiertos, se hallaban Mae Farr y Harold Anders.

Mason asintió con el gesto y se enfrentó con el joven.

—Bien, ya veo que la ha encontrado.

—¿Lo sabía usted todo? —inquirió Mae Farr.

—¿Que usted era Mae y no Sylvia?

Ella asintió.

—Naturalmente —afirmó Mason casualmente—. Por eso me interesó el caso desde el principio. ¿Qué ha ocurrido?

Anders iba a hablar, pero la muchacha le puso una mano sobre el brazo.

—Se lo contaré yo, Hal. Penn Wenworth está muerto.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Mason.

—Alguien le disparó un tiro.

—¿Dónde?

—En su yate, el *Pennwent*.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo estaba allí.

—¿Quién lo mató?

Los ojos de la muchacha se desviaron.

—Yo no —se apresuró a decir Anders.

—No —añadió ella—, Hal no lo hizo.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé.

—Vaya, ¿qué pasó?

—Yo estaba forcejeando con él —explicó la joven—, y alguien penetró por la escotilla abierta y lo mató.

Mason estrechó los ojos.

—¿Miró usted hacia arriba? —preguntó.

—Sí.

—¿Vio a alguien?

—No... El fogonazo y el estampido me dejaron atontada. No vi... Pude ver solamente una silueta sombría. Nada más.

Mason, frunciendo el ceño, la miró fijamente.

—Había luz en el camarote —se apresuró a explicar Mae—. Y la

figura se hallaba recortada contra las tinieblas de arriba. La escotilla estaba abierta debido a la falta de aire y... Bueno, yo estaba forcejeando, y Penn trataba... trataba de...

—Está bien —le cortó Mason—, no necesita trazarme un diagrama. ¿Qué ocurrió?

—No sé si fue Penn quien dijo algo, pero alguien habló no sé qué, y Penn miró hacia lo alto.

—¿Cuál era su posición?

—Estaba retorcida. Con las caderas en el almohadón de una butaca del camarote. Penn tenía la rodilla apoyada en mi estómago y con la mano derecha trataba de ahogarme. Yo había torcido los hombros para poder morderle la muñeca y mantenerle a distancia de mi cuello. Mis manos estaban clavadas en su brazo desnudo.

—¿Desnudo? —repitió Mason.

—Sí.

—¿Llevaba alguna ropa encima?

—Sólo la interior.

—Continúe.

—Alguien dijo algo y creo que Wenworth miró hacia arriba y entonces... ¡bang! sonó el disparo.

—¿Murió instantáneamente?

—Rodó sobre el asiento, se dobló llevándose las manos al rostro y salió corriendo del camarote, hacia la parte posterior.

—¿Qué más?

—Miré hacia arriba y creí ver un movimiento. Oí pasos en cubierta. Corrí a la puerta que da a la parte posterior del camarote. Grité preguntándole a Penn si estaba herido. No me contestó. Traté de abrir la puerta pero no pude. Seguramente, él estaba apoyado contra la hoja. En fin, no pude abrir.

—¿Se abre hacia la parte interior del camarote?

—Sí.

—Continúe.

—Subí a cubierta.

—¿Dónde encontró usted a Anders?

—En cubierta —repuso la joven, desviando la vista.

Mason soltó un respingo y miró a Anders.

—Mae, deja que siga yo —intervino el joven.

—Será mejor —opinó Mason.

—No me gustaba ese Wenworth. Supuse que sabía dónde estaba Mae o que ésta trataría de ponerse en contacto con él. De modo que bajé al Yacht Club donde tiene la embarcación.

—¿Y la encontró?

—Sí. Hacia las nueve y media, Mae llegó al Yacht Club.

—¿Qué sucedió? —inquirió Mason.

—Saltó del coche y pasó a bordo, y yo, bueno, yo...

—Siga. ¿Qué hizo usted? —exigió Mason con impaciencia.

—Perdí la calma —reconoció el joven—. Creí que Mae había subido al yate voluntariamente... y que tal vez me agradecería que no me interpusiera en su camino.

—Prudente opinión —admitió Mason—. Sepamos el resto.

—Bueno, me senté, sintiéndome un bribón, más ruin que el vientre de una serpiente, y...

—¡Por el amor de Dios! —le interrumpió Mason—. Sé lo que sentía. Conozco todos los pensamientos que poblaban su mente. ¡Pero ahora quiero hechos! Tenemos que movernos de prisa. ¿Qué sucedió? Cuento los hechos, sólo los hechos.

—Oí gritar a Mae —prosiguió Anders—. Salté del coche y eché a correr hacia el yate. Mae volvió a gritar. La embarcación estaba amarrada a un flotador. Hay una pasarela que cruza todo el flotador y una serie de casetas...

—Lo sé —le atajo el abogado—. No necesita entrar en detalles.

—No, pero son importantes —insistió Anders—. Señor Mason, mis ojos estaban cegados por las luces del yate y yo corría de prisa...

—Y se cayó al agua —concluyó Mae.

—Me caí al agua —repitió Anders.

Mason paseó su mirada del joven a la muchacha y después volvió a preguntar a Anders:

—¿Qué demonios hizo usted?

—Eso, caerme al agua. Debió de ser justo en el momento en que sonó el disparo. En realidad, ignoro todo lo ocurrido. Sucedió mientras yo estaba en el agua.

—¿Sabe nadar?

—Oh, sí. Soy muy buen nadador.

—Campeón de natación —puntualizó Mae.

—Bueno, gané varios concursos, competiciones pequeñas, sólo

entre escuelas.

Mason contempló sus ropas secas.

—¿Qué ha sido de sus vestidos? —quiso saber.

—Me cambié de ropa —explicó el joven—, mientras Mae llamaba por teléfono a su secretaria.

—¿Dónde?

—En el auto.

—¿Llevaba un traje de repuesto en el coche? —se admiró Mason.

—Yo... —explicó Anders— llevaba un mono de trabajo.

—¿No lo entiende? —intervino Mae—. Quería seguir a Penn, y pensó que necesitaba un disfraz. Penn ya le conocía, de modo que se puso un mono de trabajo y un casco de obrero.

—¿Y sus otras ropas estaban en el coche? —le atajó Mason.
Anders asintió.

—Sí.

—¿Tiene una pistola en el auto? —interrogó Mason.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—La... arrojé.

—¿Dónde?

—Al venir desde el Yacht Club.

—¿Cuándo?

—Hace unos treinta o cuarenta minutos.

Mason pasó su mirada a Mae Farr.

—¿Avisó a la Policía?

La joven negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque nadie, excepto Hal, sabía que yo estaba a bordo y... bueno, al encontrar a Hal en el yate con las ropas mojadas me pareció que no era aconsejable llamar a la Policía.

—¿Por qué subió usted a bordo?

—Quería razonar con Penn.

—¿Lo había intentado ya antes?

—Sí.

—¿Con algún resultado?

—No... pero usted no entiende...

—Bien, continúe y trataré de entender —sonrió Mason.

—Penn —siguió ella— deseaba... Bien, me deseaba.

—Esto sí lo entiendo.

—En fin, quería casarse conmigo.

—¿Y usted le rechazó?

—Le rechacé.

—¿Nunca le habría dado el sí? —insistió Mason.

—Nunca —se indignó la joven.

—Pues ahora se halla en un aprieto, ¿eh? —murmuró el abogado.

—Lo sé —asintió la muchacha parpadeando.

—Bueno, no llore —dijo Mason con severidad.

—No voy a llorar —replicó Mae—. Nunca lloro. Las lágrimas son una confesión de debilidad y yo odio la debilidad. La odio.

—¿Con tanta vehemencia? —preguntó Mason.

—Con mucha más.

Mason observó que Anders parecía inquieto.

—¿Quién sabía que usted iría al yate a entrevistarse con Wenworth?

—Nadie.

—¿Nadie en absoluto?

—No.

—¿Dónde tiene el coche?

Los ojos de Mae mostraron un gran desaliento.

—¡Dios mío! —exclamó—. Dejé el mío. Hal me hizo correr, nos metimos en su auto y...

—¿Es suyo el coche o alquilado? —quiso saber el abogado.

—Lo alquilé en una agencia, sin chófer —repuso Anders.

Mason estrechó los ojos.

—Está bien —asintió—, en marcha. Iremos al Yacht Club. Usted subirá a bordo del yate. Desarréglese el vestido, tal como lo tenía cuando forcejeó con Wenworth... ¿Qué tal la pelea? ¿Alguna herida?

—Dios mío, debería de haber alguna. Luchamos bastante.

—Echaremos un vistazo —dijo Mason.

La joven vaciló un instante y miró a Anders.

—Olvídese de esto —sonrió Mason—. No tenemos tiempo para pudibundeces. Entre en el cuarto de baño, si quiere, pero he de ver si hay magulladuras o señales.

Mae se recogió la falda por el lado derecho.

—Aquí hay una —dijo, indicando el muslo.

—¿Alguna más?

—No sé.

—Vaya al cuarto de baño con ella —le ordenó el abogado a Della Street—. Eche una buena mirada. Necesito saber con certeza si hay más magulladuras.

Cuando las dos jóvenes entraron en el cuarto de baño, el abogado miró fijamente a Harold Anders.

—Su historia apesta.

—Es la verdad.

—Pero apesta —insistió Mason—. ¿Qué oculta usted?

—Mae piensa que soy débil. Y me odio por esto.

—¿Lo es usted?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Por qué piensa ella que es usted débil?

—Porque voy por ahí llevando pistola. Dijo que un hombre verdadero habría salido del coche y la habría agarrado antes de que subiese a bordo, o la habría seguido hasta el yate y le habría propinado una paliza a Wenworth.

—Tal vez tenga razón —opinó Mason.

Se abrió la puerta del cuarto de baño, Mason tuvo una vislumbre de Mae Farr, con ropa interior color carne, poniéndose el vestido. A través de la abertura, la joven vio fijos en ella los ojos de Mason.

—¿Quiere echar un vistazo personal, señor Mason? —preguntó con ironía.

Mason miró a Della Street.

—¿Qué ha encontrado?

—Diversas magulladuras —respondió la secretaria.

—De acuerdo. Vístase —le ordenó a la muchacha.

Della Street cerró la puerta del cuarto de baño. Mason empezó a pasearse por la estancia. Cuando Mae salió del cuarto de baño, el abogado murmuró:

—De acuerdo, Anders, váyase a su hotel, hable con el conserje y procure mencionar la hora. Dígale que no puede dormir. Paséese por el vestíbulo. Mae, usted volverá al Yacht Club conmigo. Subirá al yate. Y cuando se haya asegurado de que no hay nada que pueda demostrar que es usted una embustera, empezará a gritar pidiendo

auxilio. Saldrá a cubierta con el vestido en desorden y seguirá chillando hasta que alguien la oiga. Luego contará su historia.

—Quiere decir que tendré que volver aquí y...

—Nada de eso —la interrumpió Mason—. Usted luchaba con Wenworth. Alguien le disparó. Wenworth corrió hacia la parte posterior del camarote. Usted trató de seguirle. Se hallaba medio inconsciente por la lucha. Probó la puerta. Pero el cuerpo de Wenworth se lo impidió. Lo intentó varias veces. No sabe cuántas... durante una eternidad. Finalmente, sucumbió al histerismo y empezó a chillar. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí, creo que sí.

—Es la única forma de que pueda usted salir de este enredo —explicó Mason—. Su coche está allí. Y sus huellas dactilares en el camarote. Supongo que no pensó en borrar sus huellas, ¿verdad?

La joven negó con el gesto.

Wenworth está con ropa interior solamente. Probablemente se verán en sus brazos las señales de sus uñas. Sus ropas están desgarradas y hay magulladuras en su cuerpo. La Policía no tardará ni dos segundos en comprender lo que Wenworth trataba de hacer.

—Pero ¿por qué no puedo intentar zafarme por entero del asunto? ¿Por qué no voy allí, limpio las huellas, cojo el coche y...?

—Porque empezarán a buscar la mujer involucrada en el caso —razonó Mason. Tras una pausa añadió—: Y después empezarán a buscar a su novio. Hallarán el rastro de Anders y le acusarán de asesinato en primer grado. Tal como ahora se presenta el asunto, sólo pueden atestiguar un segundo grado o un homicidio, y poniéndonos en lo peor, si usted logra contar una versión realista de la pelea, aún podremos justificar el homicidio. Pero si tratan ustedes de engañar completamente a la Policía sucederá esto: el fiscal la acusará de haber falsificado un cheque, que Wenworth tenía como prenda contra usted, de modo que usted fue al yate dispuesta a ofrecerle cualquier cosa por el cheque.

—¿No comprenderán que luché por mi honor? —se indignó ella. Mason la contempló fijamente.

—Lo comprenderán —replicó—, a menos que puedan demostrar que usted ya había sido su amante; y si pueden demostrarlo... ¡que Dios se apiade de usted!

Mae Farr miró al abogado con el rostro desprovisto de

expresión.

—Está bien —concluyó el abogado—, en marcha. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¿Y yo? —preguntó Anders—. ¿Debo quedarme en el hotel... hasta que llegue la Policía?

—No, sólo hasta que yo le llame —explicó el abogado—. Deseo echar un vistazo a todo el caso. Le llamaré antes de que la Policía pueda echarle el guante. Probablemente, entonces será mejor que se mude a otro hotel bajo un nombre falso y se oculte, fingiendo luego que planeaba tomar otras medidas para ponerse en contacto con Mae, y por ello no quería que nadie supiera dónde estaba. Yo le llamaré. Vámonos, Mae. Della, estoy jugando con dinamita. Si quiere, puede mantenerse al margen de todo esto.

—No quiero —sonrió Della Street—, sobre todo si puedo ayudarle en algo.

—De acuerdo, entonces. Acompáñenos —sonrió Mason.

Capítulo V

Unas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas cuando el coche se hallaba a medio camino del Yacht Club. Más allá, las estrellas se hallaban ocultas por grandes masas nubosas entre las que destellaba el relámpago intermitente, seguido de lejanos truenos. Cuando llegaron al puerto, la tormenta había quedado detrás.

—¿Por dónde vamos? —le preguntó Perry Mason a la chica que iba a su lado.

—A la derecha en el próximo cruce. Ahora vaya despacio. Tiene que doblar otra curva antes de treinta metros. Y habremos llegado. Sí, es allí, en aquella valla. Tuerza por aquí. A la izquierda hay un aparcamiento.

—¿Dónde se halla su auto?

—Allí mismo.

—Un momento —murmuró Mason—. Deme el número de matrícula, la descripción del coche y el número de su licencia de conducir.

—Es un «Ford» convertible —explicó ella—. La matrícula es WVM 574. Y el de mi licencia...

Se lo dio y Mason asintió.

—Quédese aquí sentada —ordenó luego.

Antes de saltar al suelo apagó las luces.

—No la pierda de vista, Della —recomendó a su secretaria.

Abrió la portezuela, se deslizó fuera del vehículo y dio una vuelta por el aparcamiento hasta descubrir el coche descrito por Mae Farr. Al cabo de unos momentos estaba de regreso.

—Por aquí todo está tranquilo —musitó—. Subamos a bordo del yate y examinaremos el asunto. Della, será mejor que se quede aquí.

—Iré con ustedes —se opuso la secretaria—. He de tomar notas.

—De acuerdo —concedió Mason—. Venga, si lo cree conveniente. Enséñenos el camino, Mae.

Mae Farr se echó hacia atrás, temblándole la mano que tenía apoyada en el brazo del abogado.

—No sé... —susurró—. No sé si podré resistirlo.

—Si le falta nervio para interpretar su papel —replicó Mason quedamente—, no se exponga. No siento grandes deseos de salir perjudicado. Sin embargo, es la única forma de salvar a su novio. ¿Le quiere usted mucho?

—No le quiero en absoluto —repuso ella con énfasis—. Él cree amarme. Y tal vez sea cierto. No lo sé. Yo, por mi parte, lo arrojé de mi vida cuando salí de North Mesa. No nací para ser la esposa de un ranchero.

Mason miró a la joven curiosamente.

Mae continuó tranquilamente:

—Si hago esto por él es porque le debo mucho. De todos modos, hubiese preferido que se quedara en casa, sin meterse en mis asuntos, pero ha hecho cuanto ha podido para ayudarme, lo reconozco.

—¿Cree que él mató a Wenworth, Mae? —interrogó el abogado.

Mae aumentó la presión sobre el brazo de Mason.

—No lo sé —confesó—. A veces pienso que... No. Hal no me mentiría nunca.

—De acuerdo —asintió Mason—. A partir de ahora ya no podré ayudarle. Dígame: ¿desea seguir adelante con la comedia que le he aconsejado, o prefiere llamar a la Policía y contarles toda la historia?

—Haré lo que usted dijo —murmuró Mae—, pero concédame un minuto para calmarme. No me gusta la idea de volver a aquel camarote.

Mason liberó su brazo.

—Si está decidida, cuanto antes empiece mejor. Si está arrepentida, dígalo.

—Estoy decidida.

Mason le hizo una señal a Della Street. Los tres saltaron del coche y se dirigieron hacia el largo flotador, donde se hallaban amarradas una serie de embarcaciones de distintos estilos, oscurecidas por las nubes que avanzaban hacia el puerto en forma

amenazadora.

—La tormenta nos sigue —murmuró Mason.

Nadie contestó. El sonido de los pies se oía claramente en el silencio de la noche. Se había levantado una fuerte brisa, que ondeaba el agua, lamiendo los costados de las embarcaciones.

—¿Dónde está el yate? —inquirió Mason.

—Hacia el extremo del flotador.

Reanudaron la marcha. A intervalos pasaban por delante de yates iluminados. De los mismos surgían rumores alegres, y, de uno, el rasgueo de una guitarra. En otro se oyó a una muchacha preguntar, con honda indignación, dónde creía estar... la pregunta debía de estar dirigida a un representante del sexo opuesto, porque añadió que él no era un caballero sino un perfecto granuja, un canalla y un aprovechado.

—Bien —se impacientó Mason—, ¿dónde diablos está el yate?

—Por aquí cerca.

—¿Lo reconocerá cuando lo vea?

—Naturalmente. Yo... he estado a bordo con harta frecuencia.

—¿Es de gran tamaño?

—Sí. Unos veinte metros de eslora.

—¿Motor y velas o sólo motor?

—Motor y velas. Es antiguo. Penn lo calificaba de «embarcación de carácter», aunque en conjunto representa la última palabra en yates. Equipo electrónico y hasta hay eso que llaman un *Iron-Mike*

—¿Qué es? —se interesó Della.

—Un gobernalle automático —explicó Mae—. Se pone en marcha, y queda conectado con la brújula y el timón. Se fija el rumbo y el yate no se desvía en absoluto del mismo. Tan pronto como empiece a intentar apartarse del rumbo fijado, la brújula hace entrar en acción un mecanismo automático. No conozco los detalles, pero va a la perfección.

—Bien —indicó Mason—, quedan tres embarcaciones entre este lugar y el extremo del desembarcadero. ¿Es uno de esos tres?

Mae Farr estaba contemplando los tres yates con incredulidad.

—No... —susurró—, no está.

—¿Quiere decir que lo hemos dejado atrás? —inquirió Mason.

—No es posible... aunque creo que hemos llegado demasiado lejos...

—Está bien —suspiró el abogado—, retrocedamos. Ponga el alma en lo que hace. Busque el yate atentamente.

Retrocedieron lentamente por el desembarcadero hasta llegar al aparcamiento.

—No está —murmuró débilmente Mae Farr.

—Está bien —volvió a empezar Mason—. Veamos dónde está. ¿No recuerda qué yate tenía cerca?

—No, no puedo —replicó ella—. Cuando llegué, fui andando por el embarcadero hasta que lo vi.

—¿Y no había cerca del yate otros de gran calado? —quiso saber Mason.

—No, recuerdo que se hallaba entre dos yates más bien pequeños. Oh, un momento. Creo que uno de ellos era el *Atina*.

—De acuerdo. Busquemos el *Atina*.

Anduvieron lentamente hacia el extremo del flotador.

—Allí está el *Atina* y a su lado hay un espacio vacío.

Mae Farr estuvo unos instantes mirando el lugar indicado, y luego volvióse hacia el abogado.

—Ahora me acuerdo —murmuró—. Estaba ahí. Recuerdo aquella barrica de agua cerca del varadero. Ha desaparecido.

Mason estrechó los ojos.

—¿Hay algún vigilante por ahí? —inquirió.

—Sí, vive en aquella barraca. No sirve más que para contestar al teléfono y tomar los recados. Creo que a medianoche cierran el club. Bueno, la valla que usted ha visto. Los miembros del club tienen llave propia.

Pesadas gotas de lluvia empezaron a repiquetear sobre las tablas del muelle y dentro del agua.

—Está bien —decidió Mason—. Va a pillarnos la tormenta. Volvamos al coche. Volveremos a la ciudad. Usted conducirá siguiéndome. ¿Cuál es el sitio donde Anders arrojó la pistola? ¿Cree que puede localizarlo?

—Sí, creo que sí. Sé por dónde era.

—Está bien —repitió Mason—. Cuando lleguemos allí, encienda y apague los faros. Yo tengo una linterna. Trataré de recuperar el arma.

—Pero ¿qué puede haberle pasado al *Pennwent*? —murmuró Mae.

—Sólo una cosa —respondió el abogado—. Se ha movido y seguramente navega por sí solo.

—Esto significa que... que alguien estaba a bordo.

—Exactamente —asintió Mason.

—¿Quién?

Mason la contempló con mirada aguda.

—¿Qué me dice de su novio? ¿Sabe algo de motores o yates?

—Pues... creo que sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando estaba yo en la universidad, trabajaba los veranos en Alaska, en barcas de pesca, y tomó parte en un crucero desde San Francisco a Turtle Bay.

—Bien —aprobó Mason—, vámonos de aquí. Ya lo discutiremos más tarde.

Tras acompañar a Mae a su propio coche, el abogado agregó:

—Será mejor que vaya usted delante hasta que lleguemos al bulevar. Si alguien le detiene, yo hablaré. Una vez en el bulevar, yo iré en cabeza. Si ha de ocurrir algo, pasará antes. Acuérdesse de encender y apagar los faros cuando lleguemos al sitio donde Anders arrojó la pistola.

—Me acordaré —prometió ella.

—¿Cree que podrá conducir el coche?

—Sí, claro.

—Entonces, en marcha.

La lluvia caía ya con más persistencia, los relámpagos eran más intensos y los truenos resonaban más cerca.

Mason y Della Street subieron al coche del primero. El abogado puso en marcha el motor, encendió los faros y siguió al auto de Mae Farr, poniendo en marcha el limpiaparabrisas.

—¿Cree que miente? —inquirió la secretaria.

—No lo sé. Es mujer. Usted puede saberlo mejor que yo. ¿Qué opina usted?

—No lo sé —confesó la joven—, aunque supongo que oculta algo.

Mason asintió distraídamente, vigilando las luces traseras del coche que iba delante.

—Cuanto más pienso en ello —murmuró—, más me alegro de no haber subido a bordo.

—Supongo que no sirve de nada —sonrió Della— recordarle que se disponía usted a correr un gran peligro.

—No serviría de nada. —Mason le devolvió la sonrisa—. Siempre he de correr peligros. Cuando acepto un caso, mi deber y mi lealtad pertenecen al cliente, en un ciento por ciento. Hago cuanto está en mi poder para enterarme de lo ocurrido, y a veces he de chamuscarme las manos.

—Lo sé —asintió quedamente Della.

Mason la contempló unos instantes.

—Sin embargo —añadió el abogado—, usted no tiene por qué imitarme.

Aparentemente, Della no consideró oportuno responder a esta observación.

Condujeron en silencio cinco o seis minutos hasta llegar al bulevar. Entonces, Mason adelantó al coche de Mae Farr.

—¿Quiere que vigile sus faros? —se ofreció Della.

—No, ya los veo por el retrovisor —replicó Mason.

La lluvia caía a torrentes. Los relámpagos resultaban cegadores, iluminando fugazmente el paisaje con destellos verdosos, seguidos casi instantáneamente por ensordecedores truenos.

Al cabo de quince minutos, los faros que seguían a Mason parpadearon. El abogado llevó el auto hacia la acera y paró el motor. Mason se subió el cuello de la chaqueta y saltó al suelo, retrocediendo hacia el coche de Mae. Los faros dejaban divisar las gotas de lluvia, convirtiéndolas en globitos dorados.

Mae Farr bajó la ventanilla cuando vio a Mason.

—Creo que fue por aquí —murmuró.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Recuerdo aquella tienda de perros calientes al otro lado de la calle, un poco atrás. Creo que avanzamos unos cincuenta metros desde allí.

Mason miró hacia el edificio blanco.

—Ahora está a oscuras. ¿Estaba iluminado entonces?

—Sí.

—¿Qué hizo Anders? —quiso saber Mason—. ¿Saltó del coche y arrojó la pistola, o sólo abrió la portezuela y la dejó caer?

—No. Saltó al suelo, se quedó junto al coche, sujetó la pistola por el cañón y la arrojó lo más lejos posible.

—¿Por encima de aquella valla?

—Sí.

Mason contempló unos instantes la zanja que ya había empezado a llenarse de agua.

—De acuerdo, espere un momento —dijo Mason.

Volvió a su coche, sacó una linterna del compartimiento de guantes, trepó por la alambrada y empezó a buscar entre la mojada hierba, haciendo girar el rayo de luz de su linterna en círculos. Cuando pasaban otros coches, apagaba la luz y permanecía inmóvil unos instantes.

Al cabo de un cuarto de hora, con las pilas de la linterna medio consumidas, Mason volvió a traspasar la alambrada y se acercó al coche de Mae.

—Es inútil. No la encuentro. Temo que tendré que buscarla más lejos.

—Estoy completamente segura de que Hal la arrojó por aquí.

—Bien, por la mañana lo veremos mejor.

—¿Qué hago yo ahora?

—¿Dónde para usted?

—En donde le dije: en los Apartamentos Palmcrest.

—¿El número de teléfono...?

—El mismo que le di. Lo siento mucho, señor Mason. Me refiero a haber querido engañarle haciéndome pasar por Sylvia y...

—Ya habrá tiempo para disculpas —la interrumpió Mason—, cuando no tengamos que estar bajo la lluvia como ahora. Cuando no me esté mojando me sentiré mucho más dispuesto a concederle mi perdón.

—Bien, ¿qué he de hacer?

—Usted tiene el número telefónico de Della.

—No. Llamé a la oficina y...

—Es igual —la cortó el abogado—. Hay un número de día y otro de noche. El nocturno pertenece al apartamento de Della. El mío no está en la lista. Ella es la única que sabe mi número. Vuelva usted a la ciudad. Vaya a los Apartamentos y métase en cama como si no hubiera ocurrido nada. Si alguien la saca del lecho y empieza a atosigarla a preguntas, no conteste. Ni una palabra. No admita

nada, no niegue nada, ni explique nada. Insista en llamarme. Ya hablaré yo.

—Y... ¿y si nadie va a buscarme?

—Se levanta —repuso Mason—, se desayuna y se pone en contacto conmigo. Y por amor de Dios, manténgase lejos de líos.

—¿A qué se refiere?

—Apártese de Harold Anders —le aconsejó Mason—. Y mantenga los ojos abiertos y la boca cerrada.

La joven puso una mano sobre el brazo de Mason.

—Muchas gracias, señor Mason. No sé cómo agradecerle...

—Eso también puede esperar —la interrumpió el abogado—. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Mason.

El abogado dio media vuelta y con los pies chapoteando en el agua a cada paso, regresó al automóvil.

Della abrió la portezuela.

—¿La encontró? —preguntó.

Mason negó con la cabeza.

Mae puso en marcha el coche, pasó junto al del abogado, dejó oír dos bocinazos como saludo y aceleró calle abajo. Della Street abrió su bolso y sacó un frasquito de *whisky*.

—¿De dónde ha sacado eso? —rió Mason.

—De mi bodega particular. Me imaginé que lo necesitaríamos. Caramba, jefe, está usted empapado.

Mason le devolvió el frasco.

—Usted lo necesita más que yo —rechazó Della el ofrecimiento—. Apúrelo.

Mason inclinó el frasco ante sus labios, y luego devolvió definitivamente el frasco.

—Termínelo usted, Della.

—No, gracias. Me siento bien. Ciertamente, usted ha estado mucho tiempo bajo la lluvia.

—Tenía que encontrar la pistola.

—¿Cree que ella se acuerda del sitio?

—Oh, sí. La tienda de perros calientes era el hito de orientación.

—Es difícil encontrar algo en medio de tanta oscuridad.

—Lo sé —asintió Mason—, pero llevé a cabo un buen registro, en un área de setenta y cinco pasos de ancho por setenta y cinco de

largo, examinando bien cada palmo.

—Sí, está usted empapado.

Mason puso en marcha el coche.

—Bueno, por ahora nada más.

—¿Ha sacado algo en claro? —se interesó Della.

—No, aún no. Oh, Della, lo mejor ha sido el *whisky*.

—¿Adónde vamos ahora?

—A telefonar a Anders al hotel Fairview.

Rodaron varios kilómetros en silencio. La lluvia se convertía ya en llovizna cuando Mason detuvo el auto. Hallaron una cabina en un restaurante abierto toda la noche de las afueras de la ciudad, y Mason llamó al hotel Fairview.

—Sé que es bastante tarde —dijo—, pero quisiera hablar con el señor Anders. Creo que está en la habitación 319.

—¿Espera la llamada? —inquirió la voz del conserje.

—Puede llamarle. Se trata de un negocio.

Hubo un silencio, y de pronto el conserje murmuró:

—Lo siento, pero el señor Anders no contesta.

—Tal vez esté en el vestíbulo —sugirió Mason—. Que le busque un botones.

—No, no está. No hay nadie en el vestíbulo ni en el salón. No he visto al señor Anders desde última hora de la tarde.

—¿Le conoce usted?

—Sí. Y estaba seguro de que no había vuelto, pero he llamado a su habitación para asegurarme.

—¿Está su llave ahí?

—No.

—Llame a su habitación otra vez, por favor. Llame varias veces. Tiene el sueño muy fuerte.

Otro intervalo de silencio.

—No, señor, no contesta —repitió el conserje—. He llamado varias veces.

—Gracias —murmuró Mason.

Colgó cuando el conserje preguntaba:

—¿Quiere dejar algún recado?

Mason hizo bajar a Della del automóvil y ambos tomaron una taza de café en el mostrador del restaurante.

—¿Hubo suerte? —preguntó ella.

—En absoluto —replicó Mason—. No estaba.

—¿No estaba?

—No.

—Pero usted le ordenó...

—Lo sé —sonrió Mason—. No estaba. Creo que tomaré unos huevos con jamón. ¿Y usted?

—Tengo apetito.

Mason pidió el refrigerio. Mientras estaban sentados aguardando el servicio, estuvieron callados tomando el café. Della Street tenía los ojos ligeramente empañados. El perfil de Mason indicaba paciencia, firme determinación y pensativa concentración de pensamiento.

Capítulo VI

Mason penetró en su despacho, encontrando a Paul Drake y Della Street en conferencia.

—Hola, pandilla —saludó, dejando el sombrero colgado del busto de Blackstone junto a la puerta—. ¿A qué viene tanta tristeza?

Drake, mirando al abogado con inexpresivas pupilas, anunció:

—Wenworth ha muerto.

—¡Caramba! —exclamó Mason alegremente—. Esto simplifica el asunto para Mae Farr.

—O se lo complica —observó Drake.

Mason se dirigió a su escritorio, sentóse en el sillón giratorio, miró a Della, y la joven le contestó con otra mirada de complicidad.

—Bien —murmuró el abogado—, echaré una ojeada al correo. ¿Algo importante, Della?

—Nada.

Mason pasó revista al montón de cartas y luego las dejó a un lado de la mesa.

—Bueno, Paul —preguntó al cabo—, ¿qué pasó? ¿Cómo murió Wenworth?

—De hemorragia cerebral —respondió el detective.

Mason enarcó las cejas.

—Producida —continuó el detective— por una bala que le entró en la cabeza por la sien derecha, cortó varios vasos sanguíneos, provocando una gran hemorragia, y además produjo otra entre la masa cerebral, la cual le causó la muerte.

—¿Muerte instantánea? —se interesó Mason.

—Aparentemente, no.

—¿Quién lo hizo?

—Nadie lo sabe.

—¿Cuándo?

—Anoche. No han establecido la hora exacta.

Mason volvióse hacia Della Street, escondiendo en parte su rostro del detective.

—¿Se lo ha notificado a nuestra cliente, Della?

—La llamé, pero no estaba en su habitación.

—¿Dónde se halla ahora?

—Nadie lo sabe. Su teléfono no contesta.

—Vaya —murmuró Mason—, esto ya es algo.

—Y todavía ignora más de la mitad —dijo Della significativamente, con un leve gesto de la cabeza hacia Paul Drake.

—Bien, Paul —dijo Mason—, sepamos esa otra mitad. Habla tú y cuando conozca todos los hechos meditaré un poco.

Paul Drake se enroscó en el gran sillón de los visitantes y se metió tres chicles en la boca. Sus pupilas continuaron veladas, sin expresión. El movimiento rápido de sus mandíbulas al mascar la goma era el único indicio de su nerviosismo.

—Wenworth tenía un yate, el *Pennwent*. De unos veinte metros de eslora, bastante recargado, con gran cantidad de equipo, incluyendo un

Iron-Mike

. Por si no lo sabes, un

Iron-Mike

es un aparato mediante el cual el timonel de un barco puede conectar la brújula con el timón. Así, la embarcación puede adoptar un rumbo fijado de antemano con el menor margen de desviación. Los fabricantes afirman que el barco guiado por este mecanismo resulta mucho más seguro cuando hay un hombre también al timón.

—Bueno, ya sé algo de esos mecanismos —gruñó Mason—. Adelante, Paul.

—Ya de día, frente a San Diego, un guardacostas avistó el yate.

—¿Por qué un guardacostas? —inquirió Mason.

—Es una historia, ¿sabes? —prosiguió Drake—. Un petrolero, que iba hacia el litoral, tuvo que cambiar de rumbo para evitar un choque. El yate ignoró sus señales, como si no llevara vigía a bordo, y corría a toda velocidad. El timonel del petrolero se quedó horriblemente asustado. Entonces radió un informe. Una lancha guardacostas que se hallaba cerca de allí captó el mensaje. Y una

hora más tarde, vieron al yate. La lancha radió unas señales sin obtener respuesta y finalmente, gracias a una hábil maniobra consiguieron enviar un hombre a bordo. Éste halló a Wenworth en el camarote principal. Apparently, el difunto había intentado detener la hemorragia sin conseguirlo. Logró pasar a la parte posterior del camarote y regresó a la parte delantera del mismo. Por fin se desplomó, cayó en la inconsciencia y falleció.

—¿Halló la policía la bala? —preguntó Mason con interés casual.

—No lo sé —repuso el detective—. No conozco muchos detalles.

Mason silbó una tonada y tabaleó con los dedos sobre la superficie del escritorio.

—¿No había nadie a bordo del yate, Paul?

—No.

—¿Alguna evidencia de una presencia a bordo?

—Apparently, no. Naturalmente, sacaron impresiones dactilares y supongo que a estas horas ya saben mucho más.

—¿Se sabe cuánto tiempo vivió Wenworth después de recibir el balazo? —se interesó Mason.

—Aún no. Aunque debió ser bastante, ya que tuvo tiempo de volver a la parte delantera del camarote.

—¿Hallaron el arma del crimen?

—No.

—¿Dónde estaba anclado el yate? ¿Lo sabes?

—Sí. En el muelle del Yacht Club. Debió de tardar unos veinte minutos salir de aquel muelle hasta alta mar.

Mason continuó tabaleando sobre la mesa. Della Street esquivaba sus miradas. Paul Drake, mascando chicle, mantenía los ojos fijos en el abogado.

—¿Qué hago, Perry? —preguntó al cabo el detective—. ¿Me olvido de todo o sigo con el asunto?

—Sigue con el asunto.

—¿De qué modo?

—Entérate de todo cuanto puedas respecto a la muerte. ¿Pudo ser suicidio?

—Apparently no —opinó Drake—. La Policía no lo cree.

—Naturalmente —observó Mason—, si pudo pasar de un lado a otro del camarote, también pudo arrojar la pistola por la borda.

—No tenía quemaduras de pólvora —replicó Drake—, y el ángulo de entrada de la bala descarta el suicidio.

—Necesito saber muchas cosas de ese individuo, Paul —manifestó Mason—. Puede ser importante. Quiero saber cuáles eran sus amigos, sus socios, cómo vivía, sus costumbres y qué tomaba él por felicidad.

—Estoy ya investigando por este lado —admitió Drake—. Parte de ello es pura rutina relacionada con el asunto de Mae Farr. Lo demás puedo saberlo fácilmente. Además, ya me imaginé que me harías esa petición.

—¿Qué es lo que ya sabes ahora?

—No mucho. Estuvo casado y tuvo dificultades domésticas.

—¿Sin divorcio? —inquirió Mason.

—No. Su esposa tiene sangre mejicana. Muy guapa, tez olivácea, figura esbelta, ojos negrísimos.

—Y mal carácter —apuntó Mason.

—Y mal carácter —asintió Drake—. Se separaron hace un año. No se pusieron de acuerdo respecto al dinero.

—¿Por qué no acudió ella a los tribunales para que éstos protegiesen sus intereses? —quiso saber Mason.

—Wenworth era demasiado listo.

—Hombres mucho más listos que él han tenido que inclinar la cabeza —recordó Mason.

—Pero no tan rápidos como él —replicó Drake—. Wenworth conocía todos los trucos. Aparentemente, Juanita, su esposa, deseaba casarse con un tal Eversel, Sidney Eversel. Un tipo de pasta. Siempre va con la gente del Yacht Club, posee una embarcación propia, y efectúa cruceros hacia la isla de Santa Catalina. Juanita le conoció en uno de dichos cruceros. Evidentemente, fue un flechazo. Juanita es muy impulsiva y Wenworth se opuso. Después, el matrimonio ya no volvió a armonizar. Y dos meses más tarde se habían separado.

—¿Siguió viendo ella a Eversel?

Drake se encogió de hombros antes de responder.

—Wenworth contrató a unos detectives —repuso luego—. Juanita no pidió el divorcio. Saca tus conclusiones.

—¿Dónde estaba Juanita cuando mataron a su marido?

—No lo sé —reconoció el detective—. Ésta es una de las cosas

que estoy investigando.

—¿Otros datos?

—Wenworth rondaba bastante por ahí —prosiguió Drake—. Oh, Perry, el hogar de un hombre es su castillo, pero el yate es su fortaleza. En el Yacht Club las cosas han de ir muy mal antes de que la gente hable o se queje. Las únicas personas de allí son los propietarios de yates o sus invitados. Los vigilantes del Club suelen acostarse temprano y tienen muy duro el oído. También tienen mala vista y peor memoria, si me comprendes.

—¿Quieres decir que Penn Wenworth tenía mujeres a bordo?

—Bastantes —afirmó Drake—. Tengo la impresión de que hubo una fiesta a bordo antes de que el yate zarpase. Naturalmente, no irás a imaginarte que mataron a Wenworth y luego zarpó el yate. Por otra parte, si alguien le asesinó en alta mar, ¿saltó el asesino al agua? Resulta un poco raro, se mire como se mire. Sólo apoyándose en principios generales, estoy buscando cuidadosamente quién estuvo a bordo del yate anoche. Creo tener ya una buena pista. Se trata de una joven que ya estuvo a bordo varias veces, a la que conocen de vista algunos miembros del Club. Uno de éstos la vio salir de su coche.

—¿Sabe quién era? —indagó Mason.

—No, o no quiere decirlo —repuso Drake desolado—, pero los muchachos del fiscal todavía no le han interrogado a presión. Cuando lo hagan probablemente obtendrán buenos resultados. Ahora tengo a varios chicos trabajando en esto desde otro ángulo.

—No estoy seguro de que ese ángulo sea importante, Paul —objetó Mason.

—Pensé que querías saber todos los detalles.

—Cierto.

—Bien, esto forma parte del caso.

—Tal vez se vea envuelta en un lío una chica inocente, Paul —refunfuñó el abogado.

—¿Por qué inocente?

—Porque no creo que Wenworth hiciese zarpar el yate después de ser herido.

—Está bien —gruñó Drake—, imaginemos que alguien le mató en alta mar y luego llamó un taxi. Además, la chica ya está metida en el caso hasta el cuello. Los muchachos del fiscal la identificarán

rápidamente.

—De acuerdo, Paul —suspiró Mason—. Sentado aquí no averiguarás nada.

—Tengo a cinco chicos trabajando —observó el detective—. ¿Deseas algo más?

—Que utilices tu buen criterio, Paul. Y quiero hechos. Antes de que la Policía los obtenga.

—No es posible —masculló Drake—. Yo puedo recoger algunas migajas, pero el manjar lo tiene la Brigada de Homicidios. Ellos se ocupan del caso. Y tienen grandes facilidades. Y autoridad.

—Un momento —le interrumpió Mason—. ¿Cómo iba vestido el cadáver cuando lo encontraron?

—¿Te refieres al color del traje o...?

—No. ¿Estaba totalmente vestido?

—Sí, creo que sí.

—Averígualo, Paul, por favor.

—De acuerdo. Di por sentado que se hallaba totalmente vestido porque nadie dijo nada en contra.

—Está bien —aprobó Mason—. Sigue trabajando y mantenme al tanto.

Drake no intentó levantarse del sillón.

—Esta mañana tienes mucha prisa, Perry —comentó.

Mason señaló el montón de correspondencia.

—He de trabajar para vivir. Mira el correo.

—Ya lo veo —bostezó Drake—. Y también te veo a ti. Es la primera vez que te veo tan afanoso para mirar la correspondencia. Hay que tener un poco de sentido común, Perry. Supongo que fue Mae Farr la que estuvo anoche en el yate, ¿verdad?

Mason enarcó las cejas.

—¿Por qué ella?

—¿Por qué no?

—Por un motivo —explicó Mason—: ella y Wenworth no estaban en términos muy cordiales. Wenworth la había acusado de falsificación.

—Lo sé —asintió Drake—. Pero Mae pudo pensar que conseguiría hacerle desistir de su acusación si pasaba unos minutos con él.

—No podía lograrlo —objetó Mason—. Todo el asunto era un

truco.

—Lo sé —concedió Drake—, pero la cuestión es: ¿lo sabía también Mae?

—Naturalmente —afirmó Mason—. Su novio estaba aquí cuando le hice cantar a Wenworth la palinodia.

—Mae pudo subir a bordo, Mason —insistió el detective.

—¿Por qué lo piensas así?

—La descripción concuerda.

—¿Qué descripción?

—La del tipo que vio a la chica salir del coche. Sabe que estaba en relaciones con Wenworth.

—¿Le había puesto Wenworth una marca? —sonrió el abogado.

—No, pero ya sabes cómo son esos tipos náuticos. Se ayudan unos a otros. Una muchacha de buen palmito, sola y dando vueltas por entre los yates, no habría tenido muchas dificultades por encontrar compañía, pero perteneciendo ya a uno de los miembros del Club, resultaba diferente.

—No me gusta esa suposición de pertenencia —objetó Mason.

—Ya sabes a qué me refiero, Perry. A una chica que desea ver en particular al dueño de un yate.

—Mae Farr es cliente nuestra —le recordó Mason al detective.

—Lo sé —asintió éste—. El avestruz hincó la cabeza en la arena. Y tú no querrás arrojarme arena a los ojos, ¿verdad, Perry?

—Oh, lárgate de una vez —exclamó Mason impaciente—, y déjame meditar. Paul, estoy preocupado porque no puedo ponerme en contacto con Mae Farr.

—¿Ha intentado llamar a su novio, Della? —preguntó el detective.

La joven negó con la cabeza.

—Tal vez sirviese de algo intentarlo, Perry —aconsejó Drake.

—Tal vez —concedió Mason.

El detective suspiró y desenroscó las piernas. Se puso en pie, se estiró y bostezó.

—Obra como quieras, Perry —murmuró al fin—. Ya sabes lo que estoy haciendo. Te mantendré informado.

Cruzó lentamente el despacho, abrió la puerta y volvióse como para añadir algo, pero se arrepintió y salió quedamente al corredor.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Perry Mason y Della Street se

miraron mutuamente.

—De acuerdo Della —murmuró Mason—. Ha quedado usted elegida. Coja el cuaderno de taquigrafía.

La joven obedeció.

—¿Muy largo? —preguntó.

—Muy breve.

—De acuerdo. Lista.

—Escriba «demanda» en mayúsculas al principio de la página —dictó Mason—, y deje una línea para la fecha. Luego siga: Por ésta se pide que ustedes exhiban para que mi abogado lo examine, el cheque original supuestamente firmado por Penn Wenworth, cuyo pago rechazaron ustedes, afirmando que era una falsificación. Se trata de un cheque pagadero a Mae Farr, y endosado como «Páguese a la orden de la tienda Stylefirst. Firmado: Mae Farr.»

El bolígrafo de Della Street volaba velozmente sobre el cuaderno de taquigrafía.

—Deje un espacio en blanco para la firma —continuó Mason—. Páselo a máquina, póngase el sombrero y vaya en busca de Mae Farr.

—¿A su apartamento? —preguntó Della Street.

—A cualquier sitio —ordenó Mason—. Averigüe todo lo que pueda. Recuerde que esta demanda es su protección, por si alguien la interroga. Usted la está buscando simplemente como parte de sus deberes de secretaria mía. Necesito que Mae Farr firme esta demanda para presentarla al banco.

—O sea que se trata sólo de un camuflaje —opinó Della.

—Para protegerla a usted —añadió Mason—, si alguien empieza a investigar.

—¿Cuánto tiempo tengo para buscarla?

—Hasta que la encuentre o hasta que le comunique nuevas instrucciones. Telefonee cada hora y téngame al corriente. Trate de encontrarla. Averigüe si alguien la vio entrar en los apartamentos o salir de ellos. Averigüe dónde guarda el coche. Compruébelo todo. En fin, quiero saber todo lo posible. Si alguien intenta mostrarse rudo, ponga carita inocente y abra mucho los ojos. Yo le he dictado esta demanda y le he ordenado conseguir la firma de la señorita Farr. Y usted trata de encontrarla sólo para que firme.

Della Street asintió.

—De acuerdo, jefe. A la orden.

Salió del despacho. A las once y media, Della Street telefoneó su primer informe.

—He localizado su automóvil —dijo.

—¿Dónde?

—En el garaje donde lo deja ordinariamente.

—¿Sabe a qué hora lo dejó?

—Sí, a las tres de la madrugada.

—¿Quién lo metió en el garaje?

—Ella.

—¿Descubrió algo referente a Mae?

—Aún no.

—Haga lo que pueda, Della —le rogó Mason—. Recuerde que hay un sitio en el que llevamos ventaja sobre la Policía. Deseo esta información antes que ellos.

—Creo que trabajaría más de prisa si me ayudara uno de los muchachos de Paul.

—No, no me interesa —se opuso Mason—. Podemos fiarnos de Paul, pero no de sus hombres. Como secretaria mía, usted ha de conseguir la firma de esa demanda, nada más. Sin embargo, si la Policía preguntase a un ayudante de Paul por qué desea hallar a Mae Farr, la respuesta no sería tan simple.

—Entendido —asintió Della—. ¿A qué hora almorzará usted?

—No almorzaré hasta que vuelva usted a llamar —repuso el abogado—. Investigue un poco más.

—De acuerdo, volveré a llamarle.

La llamada siguiente de Della se produjo unos treinta minutos más tarde.

—Alguien ha tratado de levantar la tapadera de la olla —murmuró cautamente—, y se han derramado todas las habichuelas.

—¿Qué ha descubierto, Della?

—Dos hombres, a las nueve de esta mañana, estuvieron en el apartamento de Mae Farr, aporreando la puerta hasta que ella contestó. Los hombres entraron y ni siquiera se quitaron el sombrero. Lo vio la mujer que tiene alquilado el apartamento al otro lado del patio.

—Esto es lo único que ella necesitaba ver —respondió Mason—. Bien, vuelva aquí, Della y la invitaré a almorzar.

Capítulo VII

Paul Drake aguardaba a Perry Mason cuando éste y Della Street volvieron de almorzar.

—Bien, Perry —expresó el detective—, lo mejor que puedo hacer es darte esta información con una hora de adelanto antes de su publicación. Los periódicos la sacarán a la calle en las primeras ediciones de la tarde.

—Bien, dispara —exclamó Mason.

—No es muy grata para Mae Farr y su novio. Ignoro qué pista ha seguido la Policía, pero la han seguido hasta Mae Farr. Tengo entendido que el individuo que la vio bajar del coche la ha identificado con absoluta seguridad.

—¿Algo más? —preguntó Mason.

—Sí. Tienen también la pista del novio.

—¿Le encontraron?

—Les costó mucho —repuso el detective—. Por fin le atraparon fuera de la ciudad. Camino de North Mesa, creo.

—¿Qué más?

—Tengo entendido también que la chica ha mantenido el pico bien cerrado, pero los telegramas procedentes del norte afirman que cuando los representantes del fiscal volaron a San Francisco para reunirse con las autoridades locales que habían apresado a Anders, éste efectuó una confesión completa.

—¿Una confesión? —se extrañó Mason.

Drake asintió y al cabo de un momento comentó:

—Tú no estás bien, Perry.

—¿Qué hay de malo en mí?

—Tienes los ojos fatigados. Por lo visto, últimamente has vivido bajo grandes tensiones. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—¿Por qué diablos necesito yo unas vacaciones, Paul?

—No sería mala idea —sonrió Drake—. Yo, en tu lugar, me iría inmediatamente.

—¿Qué dijo Anders? —apremió el abogado.

—No lo sé —confesó el detective—, aunque creo que fue algo tremendo. Según la prensa, en este caso se halla complicado un eminente abogado.

—¡Tonterías! —exclamó Mason—. Anders no puede implicar a nadie.

—Tal vez fuese así si, por un par de días, tú estuvieras fuera de circulación —replicó Drake—. Si yo dispusiese de cuarenta y ocho horas podría volverlo todo de arriba abajo.

—¡Al diablo con esto! —gruñó Mason—. ¿No sabes qué haría la Policía si yo me largase? Contarían a la prensa que yo me había escabullido a causa de las declaraciones de Anders.

—¿Tienen algo contra ti? —quiso saber Drake.

Mason se encogió de hombros antes de contestar:

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo consiguieron que hablase Anders?

—Como de costumbre —replicó Drake—. Le dijeron que Mae Farr había cantado de plano y que se la iba a cargar con todo el equipo, y él sintióse caballeroso, aseguró que la culpa no era de la chica, y presentó una confesión.

—Bien... —murmuró Mason.

Calló de pronto, al sonar el teléfono. Fue Della Street quien lo cogió.

—Hola —dijo.

Vaciló un instante y tapó el micrófono. Luego miró a Perry Mason y dijo sin la menor expresión en su voz:

—El sargento Holcomb de la Brigada de Homicidios y Carl Runcifer, ayudante del fiscal del distrito, desean verle al momento.

—¡Diantre —exclamó Drake—, esos pajarracos se mueven de prisa!

Mason ladeó la cabeza hacia la puerta.

—Vete por ahí, Paul —murmuró—. Bien, Della hágales pasar.

Drake cruzó el despacho con dos largas zancadas y abrió la puerta lateral que daba al corredor.

—¡Quieto ahí! —ordenó una voz—. ¡Quédese donde está!

Paul Drake quedose inmóvil.

Antes de que Della Street pudiese abrir la puerta que daba a la antesala, la misma fue abierta por el sargento Holcomb, que entró en el despacho precedido por una nube de humo de tabaco, el sombrero muy inclinado hacia la nuca, y las pupilas llenas de hostilidad.

—Está aquí, sargento —gritó la voz desde el corredor.

Holcomb corrió hacia el lugar indicado, echó una ojeada a Drake y gruñó:

—No es más que un satélite. Puede irse. Adelante, Runcifer.

Mantuvo la puerta abierta para dejar pasar a Carl Runcifer, un hombre de elevada estatura, de unos treinta años, con ojos grises y rasgos graníticos, el cual penetró con cierto abatimiento en el despacho.

—Por la descripción que yo tenía pensé que era Mason —se excusó.

—No es necesario que se disculpe, Runcifer —sonrió Mason, desde detrás de su escritorio, con gran amabilidad—. Usted es uno de los ayudantes del fiscal al que todavía no conozco. Vamos, entre y tome asiento.

Runcifer, un poco violento, se dirigió al sillón de los clientes y se sentó.

Mason miró al sargento Holcomb antes de continuar:

—¿Qué tal? Hacía tiempo que no nos veíamos.

El sargento no se sentó. Se quedó de pie, con las piernas separadas y las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta.

—Por lo visto, esta vez ha dado un resbalón, Mason —comentó.

—Usted no lleva mucho tiempo en el cargo, ¿verdad? —le preguntó Mason a Runcifer.

—Unos tres meses.

El sargento Holcomb se quitó el cigarro de la boca.

—No intente ese tono casual conmigo, Mason, porque no va a servirle de nada.

—Y usted no intente adoptar esa línea ofensiva, sargento, porque no le servirá de nada —replicó el abogado—. Si desea saber algo, adelante: pregunte.

—¿Dónde está la pistola? —inquirió el sargento.

—¿Qué pistola?

—La pistola con que mataron a Wenworth.

Mason se encogió de hombros.

—Puede registrarme.

—De sobras sabe que puedo.

—¿Trae un mandamiento?

—No lo necesito.

—Depende del punto de vista —opinó Mason.

Holcomb avanzó un paso y tomó asiento en una esquina del escritorio.

—Una cosa —masculló— es actuar como abogado y ampararse detrás de esa profesión de confidencias y consejos y ese escudo de la inviolabilidad profesional; y otra es ser un cómplice del hecho.

—Adelante —dijo Perry Mason irritado—. Vomite toda la bilis que tenga acumulada en su cuerpo.

—Tal vez, sargento —interrumpió Runcifer—, yo podría formularle al señor Mason unas cuantas preguntas corteses antes de efectuar acusaciones graves. Al fin y al cabo, el señor Mason es abogado y...

—¡Al infierno! —exclamó Holcomb disgustado. Calló un instante y añadió con voz más tranquila—: De acuerdo.

Bajó del escritorio y fue hacia el ventanal, dando deliberadamente la espalda a Runcifer y Perry Mason.

—Supongo que ya sabe usted que hallaron muerto en su yate a Penn Wenworth esta mañana temprano —empezó Runcifer.

Mason asintió.

—Lo mataron de un disparo. Las circunstancias señalan como culpable a una chica llamada Mae Farr y a un joven que se llama Harold Anders. La muchacha estuvo indudablemente por el lugar del crimen durante la noche pasada. Anders lo admite, y también que él estaba por allí cuando tuvo lugar el crimen. Por su declaración, probablemente no se trate de un asesinato en primer grado, pero sí al menos de un homicidio que habrá que juzgar ante un jurado.

Mason volvió a asentir.

—Según la declaración de Anders, usted le envió a su hotel, ordenándole quedarse allí después de que Mae Farr le contó todo lo relativo al crimen. Anders empezó a reflexionar y decidió que debía consultar a su propio abogado, un amigo suyo que tiene el

consultorio en la capital del condado donde reside Anders. Fue al aeropuerto, fletó un avión, y voló hacia el norte. Le contó todo lo sucedido a su abogado, el cual le aconsejó ponerse sin demora en contacto con la Policía y aclararlo todo. El abogado pareció...

—¡Oh, diablo! —intervino el sargento Holcomb, dando media vuelta y apartándose del ventanal—. ¿A qué gastar tantas palabras? El abogado dijo que Perry Mason le había dado a Anders el peor consejo que un abogado puede darle a un hombre.

—Muy amable —sonrió Mason.

—Siempre le he dicho, Mason —prosiguió el sargento—, que algún día daría un traspies. Y ya lo ha dado.

—Está bien —siguió sonriendo el abogado—, dejemos a un lado la grandilocuencia y hablemos llano. Yo sé que usted es un buen detective. Deberían nombrarle capitán. Hace tiempo que predijo mi caída. El abogado de Anders afirma que yo le di un mal consejo. De acuerdo. ¿Y si se lo dio él? Ah, no importa, Anders se asustó y efectuó la declaración. Y solamente porque ese abogado le dio a Anders la clase de consejo que a usted le gusta, piensa que él tiene razón y yo no. Bien, ¿qué quiere usted?

—La pistola —repitió Holcomb.

—¿Qué pistola?

—La que mató a Penn Wenworth.

—No la tengo.

—Eso dice usted.

El rostro de Mason se oscureció y sus pupilas se estrecharon ligeramente.

—Sí —gruñó irritado—, eso es lo que he dicho.

—Está bien —cedió el sargento—. Deseábamos darle una oportunidad. Pero si prefiere la dureza, le complaceremos.

—Adelante, emplee la dureza —le invitó Mason.

—Un momento —pidió el sargento—. Usted, Runcifer, quédese con él.

Cruzó el despacho, abrió la puerta de la antesala, se dirigió a la salita de recepción, cogió un pequeño bolso de mano y regresó al despacho.

Mason le contempló tranquilamente mientras Holcomb abría el bolso, hurgaba en su interior y quedaba inmóvil un instante, como disponiéndose a realizar un acto dramático.

—Bien —dijo Mason—, saque ya el conejo.

El sargento Holcomb, en cambio, exhibió un par de zapatos.

—Mire esto. Diga si son suyos y recuerde que todo lo que diga puede ser utilizado contra usted.

Mason miró los enlodados zapatos, los cogió, los examinó y preguntó:

—¿Dónde los encontró?

—No puede engañarme, Mason —sonrió Holcomb aviesamente—. Los conseguí con un mandamiento judicial.

—¿Quién diablos le dio a usted una orden para registrar mi apartamento?

—Un juez. No ha contestado a la pregunta, Mason. ¿Son suyos estos zapatos?

—Claro que sí. Los cogió de mi apartamento, ¿verdad?

—¿Los llevaba usted puestos anoche?

—No me acuerdo.

—¡Y un cuerno!

—Usted interroga —manifestó Mason serenamente— y yo contesto. Sin comentarios. Puede hallarse en serios problemas, sargento.

—No farolee conmigo que no le vale —gruñó el sargento—. Si lo llevo a la Central y lo acuso de complicidad en el crimen, cantará usted una melodía muy diferente.

—No será ninguna melodía que usted conozca.

—Vaya, no pierda la calma, señor Mason —intervino Runcifer, conciliadoramente—. Debe comprender que la evidencia es al menos incriminatoria. También debe comprender que tan pronto como emprendamos cualquier acción, la prensa le dará a usted una publicidad poco favorable. Estamos aquí con el propósito de obtener ciertos informes de manera cortés.

—Entonces, ¿por qué no siguen en esta línea? —preguntó Mason fríamente.

Runcifer miró amenazadoramente al sargento.

—Será mejor. A partir de ahora, sargento Holcomb, yo seguiré con el interrogatorio.

El sargento se encogió de hombros desdeñosamente y volvió al ventanal.

—Señor Mason —empezó Runcifer—, seré franco con usted.

Anders hizo una declaración completa. Dijo que la señorita Farr estuvo a bordo del *Pennwent*, que la oyó gritar y que además oyó rumores de lucha. Él corrió a salvarla. Cuando corría por el embarcadero tropezó y cayó al agua. Según él, el disparo sonó estando él en el agua porque insiste en que no oyó la detonación, aunque había oído claramente los gritos de la señorita Farr pidiendo auxilio. Tras subir al yate, corrió hacia una escotilla abierta y miró al interior de un camarote. La señorita Farr estaba alisándose el vestido, que aparentemente se había arrugado durante la pelea. La joven subió corriendo a cubierta. Cuando vio a Anders a bordo del yate sintióse muy confusa, le preguntó qué hacía allí, y cuando él contestó que había acudido en respuesta de sus gritos, ella le preguntó si llevaba un arma encima. Al responder él afirmativamente, la joven lo arrastró fuera del yate con gran premura.

Runcifer hizo una pausa para recobrar el aliento.

—Después, cuando volvían a la ciudad en el coche de Anders, la joven le contó que habían matado a Wenworth y que ella le había sacado del yate con tanta prisa porque temía que la gente de los demás yates hubieran oído el disparo, y pudieran acusar a Anders del crimen. El chico, temeroso de que así fuese, decidió desprenderse de la pistola. Detuvo el auto cerca de una tienda donde expenden perros calientes, tienda que describió perfectamente, y arrojó la pistola por encima de una alambrada que corre a lo largo de la carretera. Luego, ambos vinieron a la ciudad. Además, Anders añadió algo que yo casi no puedo creer. Afirma que...

—¿Piensa contarle a Mason —interrumpió el sargento con irritación— todos los hechos de que disponemos?

—Absolutamente todos —afirmó Runcifer, reflejando en el tono la obstinación del hombre que vive en un mundo de libros de texto, que ha adquirido sus conocimientos gracias al estudio abstracto, y que contempla los sucesos que tienen lugar a su alrededor desde un punto de vista puramente académico.

—Enséñele todas sus cartas antes de jugar la mano —gruñó el sargento—, y pronto sabrá cuántos ases tiene usted.

—Creo que ésta es la forma ética de manejar este asunto, sargento —replicó Runcifer de manera inapelable—. Sus métodos

sólo conducirían a una discusión que no proporcionaría ninguna información y que me disgusta personalmente.

—¡Cáscaras!

Mason se dirigió afablemente a Runcifer.

—¿Decía usted...?

—No sé... —el ayudante del fiscal frunció el ceño—. ¿Qué decía...? Oh, sí, lo que nos contó Anders; lo que según él ocurrió cuando regresaron ambos jóvenes a la ciudad. Dijo que consultó el listín telefónico para ver si estaba usted alistado. Halló dos números de su despacho, uno de día y otro de noche. Llamó al de noche y contestó su secretaria, la señorita Street. Anders quiso contarle por teléfono lo ocurrido y ella le aconsejó que fuese al momento a su propio apartamento con la señorita Farr.

Runcifer juntó las yemas de sus dedos y concentró en ellas su mirada, aparentemente más preocupado por el posible olvido de un detalle que por las reacciones de Perry Mason.

El sargento Holcomb estaba contemplando, por su parte, al ayudante del fiscal, casi a punto de intervenir, aunque vacilando debido a la actitud firme de Runcifer.

—Bien —prosiguió éste con tono académico— ahora viene la parte de la historia que me parece increíble. No comprendo su actuación en este asunto, señor Mason. Sin embargo, repetiré lo que declaró Anders. Afirma que la señorita Street le llamó a usted, que usted fue a su apartamento, que les aconsejó a ambos jóvenes que no acudiesen a la Policía, y que usted mismo acompañó a la señorita Farr al muelle con el propósito de hallar algún medio de impedir que su nombre se relacionase con este caso.

Mason permaneció completamente inmóvil.

—Anders jura que el *Pennwent* estaba anclado allí cuando él y la joven saltaron a tierra. En cambio, el yate fue hallado a la deriva frente a San Diego, siguiendo un rumbo que le habría llevado a la costa mejicana, cerca de Ensenada. Hallaron el cuerpo de Wenworth completamente vestido. Sin embargo, Anders asegura que la señorita Farr insistió en que durante la pelea con el difunto, éste sólo llevaba puesta la ropa interior.

El ayudante del fiscal hizo una pausa efectista.

—Y otra cosa, señor Mason —prosiguió—. La Policía, naturalmente, quiso comprobar la declaración de Anders. Fueron al

lugar donde él aseguró haber arrojado la pistola. Anders mismo indicó el sitio. Usted recordará que anoche cayó un aguacero, señor Mason, y los detectives se sorprendieron al descubrir que alguien había efectuado un meticuloso registro del terreno en el lugar donde Anders afirmó haber tirado el arma. Las huellas de pasos eran claramente visibles en aquella tierra mojada.

Mason continuó inexpresivo e inmóvil.

—Los policías sacaron muestras en yeso de dichas pisadas, y sus zapatos, señor Mason, dejaron señales idénticas. Señor Mason, la única conclusión lógica, al parecer, es que usted acompañó a la señorita Farr al Yacht Club, que usted, la señorita Farr y quizá su secretaria, la señorita Street, subieron a bordo del yate; que usted halló muerto a Penn Wenworth, que usted quería impedir que el nombre de la señorita Farr no se relacionase con el caso y protegerla si ocurría lo contrario. Por consiguiente, usted visitó el *Pennwent*, puso en marcha el yate, sacándolo del muelle, fijo el mecanismo

Iron-Mike

rumbo a Ensenada, y después abandonó la embarcación.

—Esto es interesante —comentó Mason—. ¿Puedo saber cómo abandonamos el yate?

—Probablemente gracias a otra embarcación amarrada al costado del *Pennwent*.

—¿Qué más?

—Luego, usted fue en busca de la pistola, la encontró y se la llevó.

—¿Todo esto —inquirió Mason burlonamente— se deduce de la declaración de Anders?

—De su confesión.

—¿Qué confesó?

—Que subió a bordo armado y, según admitió, buscando camorra.

—Lo cual no es un crimen —observó Mason—. ¿Qué hizo en realidad?

—Según su versión, no hizo nada.

—Y esto es todo lo que tienen contra mí: que él les dijo que yo había ido al Yacht Club con la señorita Farr, y que piensa que yo hice esto y lo otro. ¿No es así?

—Sus suposiciones son razonables.

—Bueno —Mason se encogió de hombros—, lamento no poder ayudarle. Yo no subí a bordo del yate. No vestí al cadáver. No tuve nada que ver con todo ello. No sé quién lo hizo.

—¿Sabía que el cadáver de Penn Wenworth se hallaba a bordo del yate, señor Mason?

—No.

—¿No? Anders insiste en que la señorita Farr se lo dijo.

—Referente a la conversación mantenida entre la señorita Farr y yo —explicó Mason—, fue confidencial y no tengo derecho a repetir las frases que ella pronunció ni los consejos que yo pude darle. Por tanto, no hay nada más que añadir. Usted no puede interrogarme a este respecto aquí, ni puede hacerlo delante de un gran jurado ni en el tribunal.

—Sujeto a ciertas calificaciones específicas —reconoció Runcifer— esto es correcto. Sin embargo, la ley de las comunicaciones privilegiadas se halla sujeta a ciertas excepciones bien definidas.

—De acuerdo —sonrió Mason—. Yo me ampararé en la ley y usted en las excepciones. Repito que usted no puede interrogarme respecto a los consejos que yo doy a mis clientes. Y, además, todas las presunciones se apoyan en la declaración de Anders, según la cual yo fui al Yacht Club, y él cree que yo ejecuté allí ciertas acciones.

—Sus deducciones son muy lógicas —insistió Runcifer.

—Perdone que no esté de acuerdo con usted —replicó el abogado.

—¿Cuál es su explicación?

—No tengo ninguna.

—Lo diré de otro modo, señor Mason. ¿Puede ofrecer otra versión de lo declarado por Anders?

—Esto es algo que sólo discutiré delante de un jurado.

—Oiga, señor Mason: usted estuvo en aquel descampado buscando la pistola.

—¿Y qué?

—No tenía derecho a ello. Debí informar del crimen a la Policía.

—¿Cómo sabía yo que se había cometido un crimen?

—Le habían notificado lo ocurrido.

—Permítame —objetó Mason— que le haga una pregunta. ¿Por qué fueron ustedes a buscar la pistola?

—Deseábamos verificar la historia de Anders.

—O sea que ustedes albergaban algunas dudas.

—Bueno, era una historia algo insólita. Y creíamos que tal vez no fuese totalmente cierta.

—Está bien —sonrió de nuevo Mason—. Supongamos que yo digo que también pensé que su historia ofrecía ciertas dudas y decidí confirmarlas.

—La pistola constituía una confirmación completa.

—¿Qué pistola? —inquirió Mason.

—La que estaba allí.

—¿Cómo sabe que allí había una pistola? —insistió el abogado.

Runcifer se irritó finalmente.

—Señor Mason, no he venido a sostener con usted un juego de palabras. Sabe perfectamente que la pistola estaba allí.

—¿Ustedes buscaron una pistola esta mañana?

—Sí.

—¿Por qué?

—Deseábamos comprobar la declaración de Anders —repitió Runcifer, con aspecto de fatiga.

—O sea —persistió Mason—, que ustedes fueron a buscarla porque no estaban seguros de que el arma estuviese allí. Bien, yo gozo del mismo privilegio.

—Su respuesta no es justa, señor Mason —se enojó Runcifer—. El deber de los oficiales de la ley es buscar un arma a fin de conservarla como parte de la evidencia.

—Ustedes hablaron con Anders —objetó Mason—. ¿Por qué no me conceden a mí el beneficio de la duda respecto a la historia que contó la señorita Farr?

—Por desgracia —lamentó Runcifer—, la señorita Farr se niega a hablar. Y yo considero que esto es totalmente opuesto a sus intereses.

—¿Le repitieron la declaración de Anders a ella?

—Naturalmente —admitió Runcifer—. Nosotros...

—¡Por todos los santos! —tronó el sargento Holcomb—. Hemos venido aquí buscando información y no a dársela a ese pájaro en bandeja de plata.

—¡Basta, sargento! —se enojó Runcifer.

Holcomb dio dos indignados pasos hacia la puerta de salida del despacho, pero al fin se reprimió y aguardó con el rostro enrojecido y los ojos iracundos.

—Creo que su actitud no demuestra deseos de colaborar, señor Mason —continuó Runcifer—. Yo me he mostrado justo y sincero con usted, señor Mason. Porque es usted abogado no quiero arrestarle sin darle una oportunidad de franquearse.

—Agradezco su sinceridad y aprecio sus motivos, señor Runcifer —contestó Mason—. Sin embargo, usted no puede hacer nada por el momento. Usted actúa obedeciendo órdenes. Usted ha venido aquí con unas instrucciones específicas. Y dichas instrucciones se las dieron con un propósito. Los de su oficina no son tan considerados como usted. De haber tenido algún fundamento para arrestarme, lo habrían hecho. No obstante, no me han arrestado. Lo único que sabe Anders es que yo le sugerí a la señorita Farr que debíamos de ir al Yacht Club. Y yo estaba en mi derecho al sugerirlo, a fin de comprobar la historia de esa joven. Cosa que usted tiene que admitir.

Runcifer apretó los labios.

—En cuanto a ese cuento de haber vestido el cadáver y conducir el yate a alta mar, el fiscal solamente puede apoyarse en una cosa, en una sola: en las suposiciones de un hombre que declara una historia increíble, al parecer amañada, según lo cual estaba vigilando el yate de Wenworth, con una pistola en el bolsillo; que la joven que amaba subió a bordo del yate; que él oyó rumores de lucha, que echó a correr hacia el yate y cayó al agua; que en el exacto momento en que sus oídos estaban sumergidos en el agua, y la visión del yate obstruida por un sector acuoso del océano Pacífico, algún desconocido subió a bordo del yate, mató a Wenworth y volvió a marcharse; que Anders, tras salir del agua, se dirigió al yate donde encontró a la mujer que amaba con las ropas en desorden.

Runcifer continuó callado, mirando fijo al abogado.

—Esta historia, amigo mío, es peor que amañada. Apesta. Si piensa que un jurado se la tragará, es usted tonto. Y como esta historia es tan burda, el fiscal y la Policía no pueden acusarme de complicidad en el crimen; pero les ha enviado a usted y al inefable

sargento Holcomb aquí con el exclusivo fin de conseguir más información, creyendo que yo sería lo bastante imprudente como para decir algo que proporcionase cierta corroboración a las palabras de Anders.

—Tenemos los zapatos como corroboración —rezongó Holcomb—. No necesitamos más pruebas.

—Lo único que corroboran esos zapatos —replicó Mason— es que yo estuve andando por un campo.

—Usted halló la pistola —acusó Runcifer— y la escondió.

—¿Dónde la oculté?

—Lo ignoramos.

—En cuyo caso, será mejor que presente pruebas de ello antes de continuar con sus acusaciones.

Runcifer contempló pensativamente a Mason unos instantes y de nuevo volvió la mirada a las yemas de sus dedos. Al fin, levantó la vista hacia el sargento.

—¿Alguna otra pregunta, Holcomb? —inquirió.

—¿Otra pregunta? —repitió irritado el sargento—. Usted ha pregonado todo lo que sabemos y él no nos ha dicho nada. ¡Al diablo las preguntas!

—Considero su actitud más de insubordinación que de ayuda, sargento —tronó Runcifer.

Holcomb ahogó en su garganta una respuesta muy poco cortés.

—¡Vámonos! —refunfuñó al fin.

Runcifer se puso en pie.

El sargento Holcomb, coléricamente, metió los zapatos en el bolso, lo cerró, y se dirigió a la puerta.

Runcifer le siguió, pero al llegar a la puerta dio media vuelta, se inclinó y murmuró:

—Buenas tardes, señor Mason.

Mason se inclinó a su vez con ojos chispeantes.

—Buenas tardes, Runcifer.

Capítulo VIII

Mason llamó con el timbre a Della Street, la cual apareció rápidamente.

—Della, utilice uno de nuestros formularios. Prepare un escrito de *habeas corpus* para Mae Farr. Haré que la acusen firmemente o la suelten.

La joven estudió las líneas de granito del rostro del abogado con mirada solícita.

—¿Qué pasó?

Mason se encogió de hombros.

—¿Qué dijeron?

—No mucho. Pudo ser peor. Evidentemente, Holcomb tenía órdenes de dejar la dirección del espectáculo en manos del ayudante del fiscal.

—¿Y qué tal lo dirigió?

—El horario estaba equivocado —sonrió Mason—, pero Runcifer es un caballero. No posee gran experiencia, al menos no tanta como un abogado criminalista. Deseaba asegurarse de todos los detalles respecto a los hechos.

—¿Qué dijo el sargento Holcomb?

—Trató de mostrarse rudo —volvió a sonreír Mason—. Vio que no conseguiría nada con ello y se enfurruñó.

—Paul Drake llamó para decir que posee una información importante —manifestó Della—, y que desea venir tan pronto como no haya moros en la costa.

—Está bien. Dígale que los moros ya se han ido. Redacte esta petición de *habeas corpus* y cierre el despacho. No quiero recibir a ningún cliente rutinario. No quiero ocuparme de ningún asunto rutinario.

Della Street asintió.

—¿Sigo el mismo procedimiento que en el caso Smith? —preguntó.

—Sí. Utilice el archivo de aquel caso como modelo. Compruébelo todo y que las chicas lo pasen a máquina. Lo quiero tener listo inmediatamente.

Con su usual eficacia, Della Street asintió y salió del despacho. Unos instantes después, Paul Drake llamó a la puerta del corredor y el abogado le franqueó la entrada.

—¿Qué tal fue, Perry? —se interesó Drake.

—No muy mal.

—¿Qué querían?

—El ayudante del fiscal quería hechos —explicó Mason—. El sargento Holcomb me quería a mí.

—¿Te atraparon?

—Todavía no. ¿Qué novedades hay?

—Muchas —respondió Drake—. Aquí tienes el periódico.

—¿Qué trae?

—Lo de costumbre en estos casos y las declaraciones que, mediante el truco de siempre, la Policía consiguió sacarle a Anders en la ciudad del norte adonde había huido el muchacho; el diario añade que el chico confesó y que, como resultado de tal confesión, la Policía investiga ahora las actividades de uno de los abogados criminalistas de la ciudad; que la Policía busca la pistola con que se cometió el asesinato; que Anders admite haber tenido una pistola, pistola que luego arrojó. La Policía estuvo en el descampado, donde encontraron que virtualmente un individuo llevó a cabo una inspección del terreno palmo a palmo.

—¿Qué hay en esta foto?

—El sargento Holcomb sosteniendo un par de zapatos y mostrando cómo concuerdan con los modelos de yeso sacados de la tierra húmeda.

—¿Dice dónde encontró los zapatos? —se interesó Mason.

—No, ésta es una de las cosas en que, según las noticias, se ocupan los detectives, pero el sargento todavía no está dispuesto a divulgar ninguna información sobre las sensacionales conclusiones, que podrán extraerse del conjunto de pruebas. ¿Son tuyos esos zapatos, Perry?

—Sí.

—Esto no tiene muy buen aspecto, ¿eh? —comentó Drake.

Mason no hizo caso de la pregunta, dejándola de lado con un gesto rápido.

—Los mortuarios no importan —dijo—. Vayamos a los hechos. ¿Qué hay en la otra foto?

—Es el descampado donde la Policía cree que tú encontraste el arma.

—Déjamela ver —pidió Mason.

Cogió el periódico, lo desdobló y estudió la fotografía que presentaban una especie de solar junto a una carretera.

—Una línea de postes de alta tensión corre a lo largo de la calzada —murmuró Mason—, una alambrada, tuberías de cemento para el riego... No hay muchas oportunidades de esconder por ahí una pistola, Paul, sólo unas matas y cizañas. ¿Por qué no cultivan un campo de regadío?

—Se halla en litigio —explicó Paul.

—¿Qué más?

—Poca cosa... Un artículo sobre los gustos y costumbres del difunto.

—¿Navegar era su manía? —indagó Mason.

—Navegar, las mujeres y coleccionar monedas.

—¿Monedas?

—Sí. Monedas, embarcaciones y caballos, vino y mujeres. Esto significaba la vida para Wenworth.

—¿De qué vivía?

—Creo que esto tardará bastante la Policía en averiguarlo definitivamente —sonrió el detective—. Evidentemente, era un apostador profesional. Tenía un socio llamado... Marley, Frank Marley.

—He oído el nombre —asintió Mason—. Hace poco fue arrestado, ¿verdad?

—Dos o tres veces.

—¿Qué pasó con las acusaciones?

—Demoradas, transferidas, proseguidas y exoneradas.

—¿Soborno?

—No he dicho tal cosa, pero tal vez sepas leer en mi mente —rió Drake.

—Sí, leo en ella —sonrió Mason—. ¿Qué hay de Marley? ¿No podríamos meterlo en el lío?

—Creo que sí —asintió Drake—. Incidentalmente, Marley también posee un yate. Le gustan las cosas de lujo. Se trata de una embarcación con motores poderosos, hélices gemelas, muebles de caoba... No es un buque para cruceros transatlánticos, pero sí adecuado para la travesía hasta Santa Catalina y regreso.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Aparentemente en un hospital. Tenían que operarle esta mañana. Nada grave. Tuvo un par de ataques de apendicitis, y el médico le aconsejó que se extirpara el apéndice cuando dispusiera de un par de días libres. Ayer se presentó al doctor y por la tarde ingresó.

—¿Le operaron? —quiso saber Mason.

—No. No era urgente. Cuando se enteró de la muerte de Wenworth canceló la operación, afirmando que no podía permanecer en cama, debido a los múltiples asuntos que debía atender.

—Lo cual no significa nada —reflexionó Mason—, pero para no eliminar ninguna posibilidad, eso del hospital no quiere decir nada en relación con una coartada.

—Lo sé —asintió Drake—. Y la he verificado. Le asignaron una sala particular. Hoy, después de la operación, iba a entrar de servicio una enfermera privada, pero anoche estuvo en la sala general. El médico le recetó una cápsula de amital de sodio.

—¿Se la dieron?

—Sí. La enfermera de la sala.

—¿Y se durmió?

—Como un leño —afirmó Drake—. La enfermera de la sala le visitó dos o tres veces durante la noche.

—¿Quedó registrado en su diagrama las horas de tales visitas?

—No, pero la enfermera asegura que le vio al menos una vez antes de medianoche, un par de veces después y otra esta mañana. La enfermera especial entró de servicio a las ocho. Iban a operarle a las diez.

—¿Le contaron antes lo de Wenworth?

—No querían contárselo, pero él insistió en hablar por teléfono con su socio antes de quedar anestesiado, pues deseaba darle unas

instrucciones finales y verificar ciertos asuntos. Intentaron disuadirle pero no lo lograron.

—¿Qué hay de la esposa del muerto?

—Estaba en San Diego. Por lo visto, Wenworth tenía una cita con ella esta mañana.

—¿Dónde?

—En San Diego.

—¿Y el amigo de la esposa?

—Aún no lo sé. Pero tiene un yate.

—¿Dónde está anclado?

—En el muelle exterior del puerto, un poco más adentro del rompeolas.

Mason y el detective intercambiaron las miradas.

—Será mejor que investigues este ángulo atentamente —aconsejó el abogado.

—Ya lo hago. Se trata de un deportista, jugador de polo, aficionado a la navegación y a la aviación.

—¿La aviación?

—Sí. Posee un anfibio.

—¿Dónde lo guarda?

—En un hangar de su finca.

—¿Y dónde está situada la finca?

—En un promontorio escarpado que da al océano, a unos quince kilómetros del lugar de anclaje de su yate.

—¿Puedes averiguar si ese aparato ha volado últimamente?

—Intentaré echar una ojeada al cuaderno de a bordo del avión —asintió Drake.

—¿Y una travesía por mar? Esto no estaría en el cuaderno.

—No podríamos averiguarlo —meneó Drake la cabeza.

Mason tabaleó con los dedos sobre la mesa unos instantes.

—¿Puedes penetrar en la finca, Paul?

—Es difícil —objetó el detective—, pero tengo un muchacho que podría entrar.

—Anoche llovió —meditó Mason—. Durante un rato llovió a chaparrones. Si un avión corrió por un campo sucio, debió dejar rastros, particularmente si el aparato fue lento en despagar.

—Entendido, Perry —sonrió Drake.

—¿Y los sirvientes? ¿Puedes descubrir si oyeron el ruido del

motor?

—Sé la respuesta por anticipado, Perry —dijo el detective—: No.

—¿Por qué?

—Anoche no había en la finca ni un solo sirviente. Eversel les dio la noche libre, poniendo un coche a disposición del chófer.

Mason enarcó las cejas.

—También pensé en todo esto —continuó Drake—, pero resulta que no es nada extraordinario. Eversel tiene dificultades para encontrar servidumbre. Su finca está muy aislada. No hay por allí cines, ni tiendas ni diversiones de ninguna clase. Naturalmente, los sirvientes no quieren estar en la casa los siete días de la semana, durante las cincuenta y dos semanas del año. Y cuando tienen unas horas libres, Eversel les proporciona los medios de transporte si desean dejar la finca. De modo que frecuentemente los envía de expedición, especialmente si él no ha de estar en casa.

—Ya —asintió Mason con tono demasiado casual, ya que sus pupilas apenas eran dos estrechas ranuras.

—La bala —prosiguió el detective— fue disparada hacia abajo, aparentemente a través de la escotilla-claraboya del techo del camarote, o cuando Wenworth estaba inclinado al frente. Probablemente, fue a través de la escotilla. Los cristales de la misma se abren hacia atrás. Pueden controlarse desde el interior. En épocas de calor, cuando el yate está anclado o navegando por aguas plácidas, Wenworth abre todos los ojos de buey y escotillas para conseguir una mejor ventilación.

—Anoche hacía calor —observó Mason.

—Cuando Anders subió a bordo —explicó Drake—, los cristales estaban abiertos. El propio Anders lo declaró a la Policía. Afirma que por esto pudo oír los gritos de Mae y los rumores de lucha.

—¿Oyó alguien más esos gritos? —quiso saber Mason.

—No. Al parecer, no eran gritos muy fuertes. Además, esa gente de los yates no presta atención a nada. Corrientemente, hay algunas fiestas en marcha. Por costumbre, llaman a los gritos que salen de los yates «chillidos de virtud sintética». Creo que obtendré una serie de fotos tomadas por un periodista del interior del camarote, después de regresar el yate al puerto. Incidentalmente, Perry, probablemente Wenworth murió antes de empezar a llover.

—¿Por qué?

—No había cerrado la escotilla.

Della Street penetró quedamente en el despacho, procedente de la antesala y se acercó al escritorio. Dejó un papel doblado delante del abogado. Mason lo desdobló y leyó:

«Frank Marley, socio de Wenworth, está en la antesala. Quiere verle al momento por un asunto urgente.»

Mason meditó un instante y le pasó la nota a Drake.

El detective la leyó y murmuró:

—Oh... oh...

—Que entre, Della.

Los dos amigos esperaron en silencio hasta que Della hizo entrar a Marley en el despacho, retirándose y cerrando la puerta a sus espaldas.

Marley, un individuo moreno, de pómulos salientes, y unos cuarenta años, mantuvo un rostro inexpresivo mientras paseaba la mirada de Perry Mason a Paul Drake.

—Acérquese y tome asiento —le invitó Mason—. Soy Perry Mason. Le presento a Paul Drake, que se cuida de mis investigaciones.

Los ojos negros y grandes de Marley, su rostro color de la aceituna madura, pasó de un hombre al otro por segunda vez. Sonrió, avanzó y alargó la mano al abogado.

—Encantado de conocerle, abogado.

La enorme mano de Mason se cerró sobre unos dedos frágiles, que no obstante apretaban con fuerza. El diamante de la corbata de Marley destelló cuando el hombre volvióse a estrechar la mano del detective.

Se llevó la mano a un bolsillo y sacó una petaca. Un diamante de la sortija de su dedo anular lanzó un chispazo de luz cuando se llevó un cigarrillo a los labios.

—Sólo dispongo de unos minutos, señor Mason —le anunció.

—Empiece, pues —le invitó Mason.

Marley sonrió. Sus ojos continuaban inexpresivos.

—Mi información es altamente confidencial —dijo con voz bien modulada.

Drake miró a Mason, enarcando las cejas. El abogado asintió.

—Bien, Perry —dijo el detective, poniéndose en pie—, te veré luego —estudió a Marley un segundo y añadió—: Encantado de conocerle, señor Marley. Probablemente volveremos a vernos.

Marley no contestó.

Cuando Paul Drake hubo desaparecido, Mason preguntó con sequedad:

—¿Bien...?

—Una pena lo de Penn —empezó Marley.

Mason asintió.

—Sin embargo —prosiguió Marley—, yo soy hombre de mundo y sé resistir las penas. Además, comprendo que usted es un hombre muy atareado.

Mason volvió a asentir.

—Será mejor que se siente —dijo.

Marley se dejó caer sobre un brazo del sillón que acababa de dejar vacante Paul Drake.

—¿Representa usted a Mae Farr? —preguntó.

Mason asintió de nuevo.

—Una buena chica, Mae.

—¿La conoce?

—Sí. Penn se encaprichó de ella. Y yo era íntimo de Penn. A veces, yo iba en su yate, otras él en el mío. Según el tiempo. Mi embarcación navega mejor en un mar plácido. Penn poseía un yate para toda clase de mares.

Mason inclinó la cabeza.

—Mae es una chica independiente —estableció Marley, casi burlonamente.

—¿Tiene alguna idea de quién le mató? —inquirió bruscamente el abogado.

Los ojos de Frank Marley taladraron la nube de humo fraguada por su cigarrillo.

—Sí —afirmó.

—¿Quién?

—Creo que antes debo contarle una historia.

—Es su actuación —concedió Mason—. Adelante.

—Quiero algo —murmuró Marley cautelosamente.

—No parece usted precisamente un filántropo —comentó Mason, examinándole.

—Lo que quiero significa mucho para mí y muy poco para usted.

—Dispare —le urgió Mason.

—Siempre me imaginé que usted era el mejor abogado de este Estado. Y decidí que si alguna vez me veía en un atolladero, acudiría a usted.

El agradecimiento de Mason fue menos que una inclinación, casi un leve asentimiento.

—En este caso puedo verme en un atolladero.

—¿Por qué?

—Penn no se divorció. Él y su esposa nunca llegaron a un acuerdo. Ella intentó convencerle, pero él le negó el divorcio, y ella no lo logró por su parte. Ninguno de ambos podía divorciarse sin consentimiento expreso del otro. Lo cual hubiera dado lugar a muchas peleas y cualquier juez los habría arrojado del juzgado.

—¿No convivían bien? —preguntó Mason.

—Al principio, sí. Después, fueron como dos gatos atados y arrojados sobre una cuerda de tender ropa.

—Supongo que la cosa empezó después de haber tonteado usted con ella —murmuró Mason.

El rostro de Marley no cambió de expresión. Sólo se envaró, como si se le hubiesen helado los músculos faciales ante la observación del abogado. Tras un largo momento, aspiró calmamente el cigarrillo y dijo:

—¿De dónde sacó esta idea, señor Mason?

—Fue un disparo en la oscuridad —reconoció el abogado.

—No los haga —le advirtió Marley—. No me gustan.

Mason, ostentosamente, atrajo hacia sí una hoja de papel y garabateó unas rápidas palabras.

—¿Qué hace? —preguntó suspicazmente el visitante.

—Tomo nota para que mi detective investigue este aspecto del caso —sonrió Mason.

—Le costará mucho —anunció Marley—, sobre todo si se muestra hostil.

—Nunca me muestro hostil con los que son sinceros conmigo —afirmó Mason—. Cuando un individuo toma asiento delante de mí y empieza a chalanear, yo también chalaneo.

—Entonces, será mejor que aguarde un poco antes de chalanear —replicó Marley.

—Estoy aguardando desde que usted llegó —le recordó el abogado.

—Como dije —prosiguió Marley—, creo que usted es un gran abogado. Y prefiero tenerle a mi lado que enfrente. Juanita sigue siendo la esposa de Wenworth. No creo que Penn dejase testamento. Y tendrá que heredar la finca. Como socio superviviente, yo tendré que rendirle cuentas de nuestros negocios.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

—Que voy a verme en un atolladero —repitió Marley.

—¿Por qué causa?

—Había cosas que Penn sabía, que no están demasiado claras. Yo hice ciertas cosas. Y le pedí consejo a Penn antes de hacerlas. Penn me dio su bendición. Todo de palabra, nada por escrito. Claro, no pensaba que lo liquidasen.

—¿Y bien? —repitió Mason.

—Deseo que usted esté a mi lado.

—¿Para qué? —quiso saber Mason—. ¿Para la lucha preliminar o para el principal combate?

—Sólo para los preliminares —se apresuró a asegurar el socio del muerto—. No hay combate principal en lo que a mí concierne. Quiero que usted me represente y ayude a enderezar los asuntos de la sociedad.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar? —se interesó Perry Mason.

—Antes de referirnos a los honorarios —gruñó Marley—, le diré algo más del asunto.

—Adelante.

—No me gusta la bofia, perdón, la Policía —se apresuró a declarar Marley—. Llevo en el negocio demasiado tiempo. Lamento que hayan enganchado a Penn. Y aún no haber podido salvarle. Él ha desaparecido y yo estoy aquí. Y he de mirar por mí mismo. Bien, ésta es mi proposición: Mae Farr le mató. Yo tengo un testigo que puede probarlo. Juegue usted de acuerdo conmigo y yo jugaré con usted.

—No me gusta esta clase de juego —replicó Mason—. Usted va de delantero y yo de zaguero, ¿eh? Salvando las pelotas difíciles.

—No es eso, señor Mason, de veras. Oiga, pondré mis cartas

sobre la mesa. Mae Farr lo liquidó. Y creo que estaba en su derecho. Cualquier jurado creería lo mismo, aunque sería mejor si la chica no tuviera que ir a la vista ni estar delante de un jurado.

Mason guardó silencio absoluto.

—Penn se encaprichó de ella. No creo que la chica fuese pura, pero no le gustaba Penn. Tal vez coqueteó con él y luego de atizar el fuego, se retiró. Hay mujeres que disfrutan de esta manera.

—Siga.

—Caramba, ¿he de trazarle un diagrama?

—Sí.

—Oh, diablo —suspiró Marley—. Cierta persona que no nombraré estuvo anoche en el Yacht Club hasta la madrugada, sentada en un auto y esperando.

—¿Qué? —inquirió Mason.

—¿Usted qué cree?

—No lo sé.

—Bien, dejémoslo así. Dicha persona estaba esperando. Conocía a Penn. Me conocía a mí. Conocía nuestros botes. No conocía en cambio a Mae. Mientras esa joven... esa persona estaba en el coche aguardando y enfurruñándose porque pensaba que su amigo la había engañado, vio las luces de una embarcación que se acercaba al muelle. Al principio pensó que era el que ella esperaba, y luego se dio cuenta de que se trataba de mi crucero, el *Atina*.

Mason se dedicó a contemplar el humo que ascendía de la punta del cigarrillo de Marley.

—Quien conducía el *Atina* no efectuó un anclaje perfecto, arañando y chocando un poco, hasta que se pararon los motores y se tiraron las cuerdas. La joven vio que se trataba de una chica. No la conocía, pero le vio bien el rostro. Más tarde, se enteró del crimen. Y sumó dos y dos. Me lo contó todo. Describió a la chica. La descripción concuerda con Mae.

—Bueno —observó Mason—, ella...

—Un momento —rogó Marley levantando la mano—. Quiero que lo entienda claramente. Yo poseo fotografías de otros cruceros, en los que se ve a Mae Farr. Se las enseñé a dicha joven. Está segura de que Mae fue la que regresó con mi yate.

—¿Bien?

—Ya puede imaginarse lo que significaría este testimonio.

—A mí no me perjudicaría en nada —replicó Mason.

—Pero sí a su cliente.

—Un testimonio es una cosa —observó el abogado—, una conversación es otra. No olvide que tengo derecho a contrainterrogar a los testigos. Y ahora mismo se me ocurren muchas preguntas que me gustaría formularle a su testigo. Probablemente habré pensado muchas más cuando sepa algo más del caso.

—Seguro —la pronunciación de Marley era más rápida y anhelante—. A esto quería llegar. Usted es peligroso, Mason. Lo sé. No intento engañarme. Probablemente, usted podría librar a Mae Farr. Es una chica estupenda y los jurados se embobarían con ella. Declararía que mató en defensa de su honor. Lo de siempre. Muchas mujeres bien parecidas han vivido durante meses con un hombre y luego lo han matado para defender su honor, y los jurados sentimentaloides dictan veredictos absolutorios para tales damas, y después les piden el número de teléfono. Sí, es un truco que usted sabría explotar.

—Si yo puedo capear el temporal —preguntó Mason—, ¿qué puede usted temer?

—Me refiero a esto —estableció Marley—. Si juega usted a mi lado, no habrá juicio. La Policía se concentrará en Anders y tratarán de colgarle el asesinato. No lo conseguirán. Anders no cometió el crimen. Fue Mae.

—¿Cómo está tan seguro?

—Cuando me enteré de lo sucedido con mi yate, fui a inspeccionarlo.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres horas.

—¿Qué encontró?

—Oh, Mason —exclamó Marley—, no nació ayer.

—¿Qué encontró? —repitió el abogado.

—Encontré que habían roto un cerrojo y que alguien había navegado en el yate. Yo dejo siempre el tanque lleno de gasolina. A mi entender, la embarcación recorrió unas diez millas marinas. Sé muy poco de huellas dactilares... aunque aprendí algo en la escuela de la experiencia. Espolvoreé un poco por allí, particularmente por el timón, en la válvula reguladora y en los interruptores de la luz.

—¿Y qué descubrió?

—Huellas dactilares.

—¿De quién?

Marley se encogió de hombros.

—No lo sé. Es la Policía quien debe decidirlo.

—¿Cuál es su proposición? —quiso saber Mason.

—Le daré cinco sábanas^[1] ahora mismo. Cogeré un paño aceitado y borraré todas las huellas dactilares del yate. Le pagaré a esa testigo un pasaje para Australia, donde le abonaré la estancia hasta que el caso quede concluso. Usted me aconsejará respecto al mejor modo de presentar mis negocios.

—¿Por qué no puede ayudarle otro abogado?

—Porque es un verdadero embrollo. He sido muy descuidado. He confiado demasiado en las palabras y no en lo escrito. Virtualmente, lo hice todo últimamente. Penn cada vez me cargaba más con los negocios.

—¿Por qué piensa que yo podré manejar mejor a la viuda que otro abogado? —insistió Mason.

—Usted tiene muy buena reputación. Más aún, usted posee grandes conocimientos, y si ella se pone dura, usted podría presionarla un poco. Ya sabe, darle a entender que va a abrirla en canal cuando comparezca en el tribunal como testigo. Penn tenía algo contra Juanita. Ella ha sido un poco tonta y...

—¿Es ésta toda su proposición? —preguntó Mason.

Marley asintió.

—Perdone un instante.

El abogado tocó el timbre llamando a Della Street.

Cuando se abrió la puerta, Mason exclamó, mirando al visitante:

—El señor Marley se marcha. Dígle a Paul Drake que vuelva. Y que efectúe preparativos adecuados para progresar en todo lo que suceda a partir de ahora. Subraye el *todo*. ¿Entendido?

—Sí, señor Mason —asintió la secretaria—. ¿Algo más?

Mason sacudió negativamente la cabeza y ella cerró la puerta.

—Lamento la interrupción —continuó Mason, volviendo a mirar a Marley—. No me gusta su propuesta.

—Podría añadir algunos billetes más... no muchos porque ando algo mal... y la muerte de Penn va a...

—No se trata de dinero —le ordenó Mason.

—¿De qué pues?

—De la idea.

—¿Qué idea?

—Primero, la de suprimir pruebas.

Marley le contempló con sorpresa.

—¿Quiere decir que no se atreve a efectuar una cosa tan sencilla, que además se hace todos los días de la semana?

—Tómelo como guste.

—Oiga —exclamó Marley—. No tendremos que hacer nada. Simplemente...

Mason meneó la cabeza.

—Escuche —suplicó Marley—, no hay nada que temer. Aquí estamos los dos solos. No es ninguna trampa. Es una proposición.

Mason volvió a sacudir la cabeza.

—¡Por amor de Dios! —gritó Marley—. No me diga que va a atenerse a esta línea de conducta. Si obra así, su deber es hacer que mi testigo cuente su historia a la Policía.

—En efecto.

—Mason, no sea tonto. Usted tiene una profesión. Y sabe en qué lado del pan está la mantequilla —razonó Marley.

—Desde donde me siento —replicó el abogado—, no veo que esté de su lado.

—¿Cree que pienso engañarle? —se indignó el visitante—. ¿No puede confiar en mí?

—No me interesa su proposición.

—Reflexione durante un par de horas —le indicó Marley—. Creo que al fin verá que es lo único sensato. Anders ha derramado el aceite hirviendo. Usted está en apuros. Yo en un atolladero. Mae Farr en un callejón sin salida. Si jugamos bien la partida, todos saldremos bien librados.

—Me gusta jugar mis propios ases, Marley —replicó Mason heladamente.

—Lo sé —asintió Marley—. Cree que faroleo. Que no existe la testigo. Que simplemente iré al yate, lo limpiaré, le diré a usted que he mandado la testigo a Australia y que dejaré tranquilamente que me saque del lío.

—Puede usted hacer todo esto —observó Mason.

—¡No sea tonto!

—Trato de no serlo.

Marley suspiró.

—¡Maldición! —exclamó luego—. Si no tiene más sentido común no me interesa usted como abogado. Opino que le han otorgado una fama que no merece.

—A veces esto mismo opino yo —confesó Mason.

Marley se encaminó hacia la puerta, hizo una pausa, posó una mano en el pomo y se volvió hacia el abogado.

—No —murmuró pensativamente—, no es usted tonto. Es muy listo. Usted cree que puede convertirme a mí en la víctima propiciatoria. Bien, reflexione bien mi proposición, Mason.

Frank Marley abrió rápidamente la puerta y la cerró con fuerza al salir.

Mason levantó el teléfono de su mesa escritorio y le dijo a Gertie, que estaba en la centralita:

—Póngame con Della inmediatamente.

Casi al momento sonó la voz de la secretaria particular de Perry Mason por la línea.

—Bien, jefe, ¿de qué se trata?

—¿Le dio mi recado a Paul?

—Sí. Usted quería que siguieran a Frank Marley.

—Esto es.

—Hay dos muchachos de Paul en el vestíbulo —explicó la joven—. Y otro en el ascensor. Una chica. Ésta les señalará a Marley a sus colegas de abajo. Drake tuvo que actuar de prisa, pero lo consiguió.

—Buena chica —aprobó Mason.

Capítulo IX

Faltaban cinco minutos para las cinco cuando Paul Drake entró con noticias en el despacho de Perry Mason.

—Marley salió de aquí —anunció— y se marchó directamente a los Apartamentos Balkanes de la avenida Windstrom. Estuvo llamando al apartamento de Hazel Tooms hasta que decidió que no había nadie. Entonces se encaminó al puerto por la calle Figueroa. Mis agentes le están siguiendo. ¿Significa algo para ti esa Hazel Tooms?

—No, pero investiga quién es. Tal vez sea enfermera.

—De acuerdo. Otra cosa. La Policía ha hallado el arma del crimen.

—¿Están seguros?

—Sí. La bala concuerda.

—¿Dónde la hallaron?

—Esto es lo más gracioso —replicó Drake—. La encontraron en el mismo lugar donde Anders afirmó que la había tirado.

—¿Cómo?

—Fíjate bien —continuó el detective—. La carretera asciende en aquel tramo, probablemente unos dos metros por encima del terreno circundante. Y a cada lado de la carretera hay una zanja de desagüe.

—Lo sé —asintió Mason—. ¿Cómo encontraron la pistola y dónde exactamente?

—Anders saltó a la calzada y arrojó la pistola lo más lejos posible —explicó Drake—. El arma evidentemente chocó con un poste de alta tensión y cayó dentro de la zanja. Poco después empezó a llover y en la zanja se acumuló bastante agua. En tiempo lluvioso, el agua alcanza allí unos dos o tres palmos de altura. El

agua descendió durante esta tarde, y unos fotógrafos listos que enviaron a retratar tus pisadas observaron la pistola en el agua.

—Sigue.

—Se trata de un «Colt» calibre treinta y ocho, de policía. En la Central efectuaron pruebas y compararon las balas disparadas con la del crimen. Todas fueron disparadas con la misma pistola.

—¿Qué ha dicho Anders?

—No lo sé —confesó Drake—. Aunque lo que él diga no significará gran diferencia. Sólo sirve para dejarle en muy mal sitio.

—¿La numeración de la pistola?

—La de la suya. Recuerda, Perry, que se trata de una novedad de última hora. Un amigo mío periodista me la transmitió con todo sigilo.

—Bien —sonrió Mason—, creo que haré poner en libertad a Mae Farr. He enviado un *habeas corpus*.

—Querrán retenerla como testigo —murmuró Drake.

—Sí, y no podrán. Esa chica ya está en libertad. Una vez le cuelguen el asesinato a Anders, éste tendrá que demostrar qué circunstancias justificaron o atenuaron su acción. Lo que significa que es él quien necesitará a Mae a su lado. Como testigo de la defensa le resultará mucho más provechosa que como testigo de la acusación.

—Concedido —declaró Drake.

—Oye, Paul, ocúpate de esa chica Tooms, descubre lo que puedas sobre ella. Que vigilen a Marley y trata de obtener algo respecto a Eversel. ¿Qué hay de la señora Wenworth? Supongo que la Policía habrá investigado por ese lado.

—Creo que sí. Estuvo en la fiscalía poco después de mediodía, durante una hora. Según tengo entendido, se tomó la cosa bastante bien, dijo que era una vergüenza que hubiese muerto su marido, que lo lamentaba, que ella y Wenworth estaban separados, que no pensaba fingir que eran buenos amigos, que sus diferencias sobre los asuntos financieros se habían agriado mucho, pero que naturalmente la muerte de Penn había sido una gran conmoción para ella.

—Ya. Continúa.

—Mi amigo periodista me entregó varias fotos. Entre ellas una de Juanita Wenworth al salir de su automóvil delante del Palacio de

Justicia.

—¿Por qué al salir del coche? —quiso saber Mason.

—A los fotógrafos de los diarios les ordenan tomar siempre una buena ración de piernas —precisó Drake—. Y no es ético hacer posar de este modo a una viuda. Es de mal gusto. Por tanto, tomaron una foto «inocente» cuando ella saltaba del coche.

—Entiendo —sonrió Mason y añadió al cabo de un instante—: ¿Qué hay de su historia, Paul? ¿Le pidió el fiscal más detalles íntimos o se contentó con generalidades?

—No sé si... —en aquel momento, Della Street penetró silenciosamente en la estancia. Drake se interrumpió para mirarla y concluyó la frase—... hablaron de algo más.

—La señorita Farr está en la antesala —anunció Della.

Mason indicó la puerta con el gesto.

—Lárgate, chico —exclamó Mason—. He de obtener nuevas revelaciones. Y todo lo que ella me diga es privado a menos que lo escuche una tercera persona como tú. Entonces, ya no se trata de una confidencia, y más tarde podríamos vernos en un apuro. Trabaja en lo que te he dicho y mantenme informado.

—De acuerdo —asintió Drake con una sonrisa—. Por tu parte, será mejor que hables con Mae Farr lo antes posible.

—¿Por qué?

—Porque ahora ella está ahí fuera, pero tengo el presentimiento de que no se quedará mucho tiempo.

—¿Por qué, Paul?

—Por el aspecto que presenta este caso —murmuró Drake sibilamente—. Hasta luego, Perry.

—Hasta luego, Paul.

Mason le hizo una seña a Della Street.

La secretaria salió y volvió acompañada de Mae Farr. La joven se aproximó al escritorio, con la barbilla hacia arriba y una sonrisa desafiante en sus labios.

—Hola —saludó—. ¿Tenemos que hablar o no?

—¿Por qué no? —dijo el abogado—. Siéntese y tome un cigarrillo.

—¿Debo quedarme? —preguntó Della.

Mason meneó negativamente la cabeza.

—Y procure que nadie nos moleste, Della.

—Voy a cerrar la oficina —anunció la secretaria, saliendo rápidamente.

—¿Por qué no tendríamos que hablar? —insistió Mason, mirando fijamente a Mae.

—Creo que le he metido en un mal paso.

—No importa. Estoy acostumbrado a los tropiezos. ¿Qué declaró a la Policía?

—Nada.

—¿Nada?

—Exacto. No les dije nada.

—¿Le leyeron la declaración de Anders?

—Primero me contaron lo que había declarado... con gran cantidad de variantes propias, y luego me dejaron ver su declaración firmada, bastante distinta de lo que me habían dicho.

—¿Y usted no declaró absolutamente nada?

—Absolutamente nada. Dije solamente que era una empleada que debía pensar en mi reputación, y que no deseaba declarar nada.

—¿Qué respondieron a estas palabras?

—Que sería peor para mí adoptar esta actitud. Repliqué que no me importaba. Y me entregaron una citación para comparecer ante un gran jurado. Dijeron que entonces tendré que declarar. ¿Es cierto?

—Probablemente sí —asintió Perry Mason—. Si usted no le mató, será mejor que hable.

—No le maté.

—Le mató Anders, ¿verdad?

—No lo creo, pero si no fue él, ¿quién lo hizo?

—Volvamos a la noche pasada —ordenó Mason—. Usted empezó a regresar a la ciudad conmigo, y después continuó adelante. ¿Qué hizo luego?

—Continué hacia la ciudad.

—¿A su apartamento?

—Sí.

—¿Y después?

—Esta mañana, los detectives de la Brigada de Homicidios me sacaron de la cama y me detuvieron para interrogarme.

—¿Ni por casualidad —insistió Mason— dio usted media vuelta cuando se separó de mí y regresó al Yacht Club, verdad?

—¡No, santo cielo! ¿Por qué?

—Alguien trató de hacerme creer que sí lo hizo usted.

—¿Quién?

—Un tal Marley. ¿Le conoce?

—Oh... Frank —exclamó ella burlonamente. Tras una pausa preguntó—: ¿Qué sabe él de mí?

—¿Le conoce usted?

—Sí. Pero ¿qué sabe él si yo estuve en el Yacht Club?

—Afirma que estuvo usted allí. Y que fue usted la que llevó su yate a alta mar.

—¡Tonterías! —exclamó la joven—. Lo sacó él y ahora trata de escudarse.

—¿Por qué dice usted que él se llevó su propio yate?

—Porque posee una de esas mentes tortuosas que jamás abordan nada directamente. Siempre anda en círculos. Si quiere saber a dónde va, no busque jamás en la dirección que emprende inicialmente.

—Ya —sonrió Mason.

—Es muy listo —añadió ella—. No lo olvide.

—¿Le conoce muy bien?

—Sí.

—¿Le ha visto muchas veces?

—Demasiadas.

—¿No le gusta?

—Odio la tierra que pisa.

—Dejemos esto bien sentado, Mae —dijo Mason—. ¿Conocía muy bien a Penn Wenworth?

—Demasiado.

—¿A su esposa?

—No la vi jamás.

—¿Tonteaba Frank Marley con Juanita, la mujer de Wenworth?

—No lo sé.

—¿Pero no tenía ninguna teoría al respecto?

—Si Juanita Wenworth dejó la puerta abierta, Frank Marley pudo colarse dentro —opinó ella.

—¿Por qué le odiaba usted? —continuó interrogando Mason—. ¿Se propasó o intentó propasarse con usted ese Marley?

—Sí, claro... pero no consiguió pasar del primer intento.

—¿Por eso no le gusta a usted?

—No —la muchacha miró directamente a los ojos del abogado—. Seré sincera con usted. No me opongo a que los hombres traten de conquistarme. Me gusta si lo hacen debidamente. Pero me repele si tratan de apelar a mi simpatía o andan con rodeos. No me gusta Frank Marley por su deshonestidad... No, tampoco por esto. No me importa que un hombre mienta si sabe hacerlo con gracia. He conocido varios individuos que distaban mucho de ser honrados. Y algunos me han fascinado. Lo que no me gusta de Frank es su forma de ser tan... intrigante. Oh, nadie le conoce bien. Es suave y amistoso y llega a rodearte la cintura con el brazo... empuñando un cuchillo ocultamente. Puede clavártelo hasta el mango sin que se altere su expresión. Nunca levanta la voz, jamás parpadea, jamás se enfurece. Pero es muy peligroso.

—Hablemos ahora de usted.

—¿De qué?

—De muchas cosas —repuso Mason—. Por ejemplo, sobre lo que sucedió en el *Pennwent*.

—Bien, ¿qué pasa?

—Cuando hablamos de este asunto, su novio estaba presente.

—¿Y qué?

—¿Trató usted de... expurgar el tema porque él estaba con usted?

La joven miró fijamente a Perry Mason.

—No. No mentiría en absoluto por Hal Anders. Señor Mason, le contaré algo de mí misma. Voy solita por el mundo y deseo gozar del privilegio de vivir mi propia vida. Salí de North Mesa porque allí no podía hacerlo. Tengo mi propio código, mi propio credo, mis propias ideas. Y trato de ser fiel a todo eso. Odio la hipocresía. Me gusta el juego limpio. Quiero vivir a mi modo, y dejar que los demás hagan lo mismo.

—¿Y respecto a Anders...?

—Quería casarse conmigo. Y por un momento estuve a punto de acceder. Luego cambié de idea. No me gustan los hombres débiles.

—¿Qué tiene de malo Anders?

—Lo que no tiene de bueno. Oh —exclamó ella con amargura al cabo de un instante—, es estupendo, pero necesita demasiada ayuda. No puede vivir sin que alguien le palmoree en la espalda y le

diga que lo hace muy bien, que es un chico maravilloso y todo eso.

—Comprendo.

—Fíjese en lo que ocurrió en este caso. Usted le aconsejó qué debía hacer. Particularmente, le ordenó que se fuera a su hotel y se quedase allí hasta tener noticias tuyas. ¿Lo hizo? No. Ni siquiera se acercó al hotel. Necesitaba el consejo de otra persona. Esto es lo malo. Jamás aprendió a sostenerse sobre sus propias piernas y aceptar las cosas como son.

—Creo que le juzga usted con mucha dureza —sonrió Mason.

—Tal vez —admitió la joven.

—¿No intentaría él de aconsejarle a usted —prosiguió el abogado—, de entrometerse en su vida, y a usted esto no le gustó, y no obstante le quiere y ahora trata de encontrarle muchas faltas y defectos porque la llama aún no se ha extinguido?

Mae Farr sonrió.

—Es muy posible que tenga usted razón —concedió luego—. Siempre me ha disgustado que fuese tan condenadamente perfecto. Todo el mundo lo presentaba como modelo de jóvenes. No bebía, no fumaba, no jugaba, trabajaba mucho, se cortaba el pelo y se limpiaba las uñas. Leía los mejores libros, oía la mejor música, criaba el mejor ganado y conseguía los mejores premios.

Mason asintió con el gesto.

—Todo lo que emprende lo medita y planea por anticipado... y siempre con el consejo de alguien. El comisario agrícola le dice cómo manejar la tierra. Su abogado le dice cómo aceptar los contratos. Su banquero le dice cómo ha de cuidar sus finanzas. Por esto estoy harta de él. Siempre es atento, siempre está aprendiendo, siempre tiene razón, pero siempre la tiene porque sigue el consejo de otra persona. Oh, posee buen criterio y usualmente sabe distinguir entre dos consejos y sigue el mejor.

—¿No hacemos todos, más o menos lo mismo? —sonrió Mason.

Mae Farr osciló la cabeza.

—Yo no —denegó ella. Después, añadió con pasión—: Ni quiero.

—¿Le disgustó que viniese él aquí para ayudarla?

—Sí. Oh, fue muy decente ofrecerse a pagar la cantidad de aquel cheque, pero yo soy totalmente capaz de cuidar de mí misma. Si me meto en un berenjenal, quiero salir del mismo, gracias a mis esfuerzos. Si no puedo, me quedo quieta. No me gustó que viniese

Hal Anders aquí para sacarme del fango, limpiar la ropa, sonreírme con dulzura y espetarme: «¿Por qué no regresas conmigo a casa, Mae querida, nos casamos, sientas la cabeza y vivimos felices eternamente?»

—¿Aún desea casarse con usted?

—Claro. Cuando se le mete una idea en la cabeza es muy obstinado.

—¿Y usted no intenta casarse con él?

—No. Supongo que soy una ingrata. Sé que estoy en un apuro. Y supongo que él me salvará con dinero y apoyo moral, y que yo debiera estarle agradecida y caer en sus brazos cuando todo haya acabado. Bien, sólo para su información personal, señor Mason, no haré nada de eso.

—De acuerdo —murmuró Mason—. Ahora hablemos de lo que ocurrió en el yate.

—Ya se lo conté.

—Usted dijo que Wenworth iba en ropa interior.

—Es cierto.

—Cuando descubrieron el cadáver estaba totalmente vestido.

—No es culpa mía. Cuando le mataron sólo llevaba ropa interior, nada más.

—¿Cómo empezó el asunto?

—Oh, dijo que había decidido zarpar de noche y me pidió permiso para cambiarse de ropa y ponerse un mono de trabajo o algo parecido. Aseguró que tenía que hacer una reparación en los motores. Fue al camarote a cambiarse, pasando a la parte posterior, mientras yo me quedaba en la salita. Dejó la puerta de comunicación abierta. Pero yo no lo sabía. Entonces, me dirigí a la sala de motores. Pero desde donde se cambiaba, podía verme. Y esto le dio la idea. En lugar de ocuparse de las máquinas, prefirió ocuparse de mí.

—¿Gritó muy fuerte?

—No sabía que había gritado —confesó la joven—. Hal afirma que chillé. Pero creo que se engaña. En cambio, estoy segura de haber pateado, arañado y mordido un poco. Si grité, fue contra Penn y no pidiendo auxilio. Subí voluntariamente a bordo del yate y podía salir de allí por mí misma. No suelo gritar pidiendo socorro.

—¿Estaba usted nerviosa, histérica?

—¿Yo? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí.

—¡Oh, no! Me hallaba acorralada contra un rincón —repuso Mae—, y me sentía cansada. No sabía hasta cuándo podría resistir. Oiga, señor Mason, ya he luchado otras veces con hombres, y probablemente tendré que volver a hacerlo.

—¿Les inspira usted violencia a los miembros del sexo contrario? —sonrió Mason.

—No lo creo. Muchos individuos intentan tácticas cavernícolas sólo para conquistar a las chicas. Yo no soy de éstas. Tan pronto como un tipo empieza a ponerse pesado deseo atacarle con lo primero que tengo a mano. De esta forma tengo más jaleos que las demás, porque deseo ser independiente y a los hombres no les gusta esto. Muchas jóvenes dicen «no» de una forma que les agrada a los hombres. Cuando yo digo «no» es «no». Y me importa un comino que al hombre le guste o no.

—¿Cuándo vio a Frank Marley por última vez?

—El domingo, hace una semana.

—¿Dónde?

—Estuvimos en un crucero... un grupo.

—¿Estaba presente Wenworth?

—Sí.

—¿Fue en el *Pennwent*?

—No, en el *Atina*, el yate de Marley. Fuimos a Santa Catalina.

—¿Sabe dirigir una embarcación?

—Sí. Fui yo quien la gobernó a la vuelta. Me gustaría que me agradase tanto Marley como me encanta su barco. Es una maravilla.

—¿Qué hay de usted y Wenworth?

—Nos conocimos hace tiempo —rememoró ella—. Hice algunos trabajos para él. Y vi que se tomaba por mí cierto interés. Me pidió que le acompañase a un crucero. Ya sabe lo que suele pasar en esas travesías. Sólo deseaba mi compañía. Esto lo dijo cuando yo le paré los pies. Bien, fui con él. Me contó que estaba a punto de inaugurar un despacho de apuestas. Esto va contra la ley, pero me aseguró que estaba de acuerdo con la Policía. Y quería que yo le ayudase y al mismo tiempo vigilase a Marley. Sabía que Marley no me gustaba y él sospechaba de su socio. Frank era quien manejaba casi todo el capital del negocio. Penn creía que era una buena idea que alguien

le vigilase calladamente.

—Comprendo. Adelante.

—A decir verdad, no creo que a Frank le gustase la idea. Si se empieza a husmear en las cuentas de Frank, siempre se descubre algo podrido. Y se lo dije a Penn.

—¿Qué repuso él?

—Muy poca cosa. Que yo estaba equivocada, pero me di cuenta de que no pensaba olvidar mi advertencia.

—¿Y los vestidos? —recordó Mason.

—Me vuelvo loca cada vez que pienso en ello —exclamó Mae—. Fue una proposición de negocios de principio a fin. Wenworth no tenía que pagarlos a menos que ocurriese algo y yo dejase de trabajar para él. Yo tenía que abonar la cuenta a plazos, pagándola de mi sueldo. Esto se le explicó con claridad al agente del establecimiento cuando se abrió la cuenta. Le aseguro que fue una proposición de negocios.

—Pero usted no abonó los vestidos.

—No, claro que no. No empecé siquiera a trabajar. Hubo un cambio en la ciudad. Y los policías que hubieran podido ayudarnos fueron trasladados a otros distritos. No me enteré con claridad de esto, pero había que esperar a establecer nuevos contactos.

—Continúe, señorita Farr.

—Bien, esto había quedado sobreentendido cuando me hizo la proposición de los vestidos. Yo no trabajaba. No tendría ningún sueldo regular hasta que se inaugurase el despacho de apuestas. Yo tenía que pasar mucho tiempo con Penn, conociendo a sus amigos y enterándome de quiénes eran. Penn iba a enviarle a mi hermana un pequeño cheque cada tres semanas y pagaría mi sustento. Y yo debía poseer un buen vestuario para causar buena impresión. Actuaría de relaciones públicas en su yate.

—¿En las fiestas?

—Exacto. Nadie tuvo que decirme lo que parecía tal arreglo. Apeataba. Tampoco nadie tenía que decirme por qué Penn deseaba que dependiese de él, estuviera bajo su dominio, pues quería que me convirtiese en su amante. Bueno, no me importaba lo que él pensara. Yo sí sabía lo que yo pensaba. No me gusta navegar bajo falsa bandera y se lo espeté desde el principio. Penn estaba enterado de mis sentimientos. Pero creyó que me haría cambiar. Sí, fue un

trato leal, sin favores.

—Pero su familia... —arguyó Mason.

—Ahí pinchó el neumático. Yo no trabajaba, ni podía hallar un empleo satisfactorio. Y me imaginé que llegaría a inaugurarse el negocio. Sabía de sobras que sólo duraría hasta la primera redada. No creía que a mí me pasara nada, aunque no podía jurarlo, claro. Sabía que ello mortificaría terriblemente a mamá, a la que jamás gustaron los asuntos turbios. Yo no quería mentirles, de modo que dejé de escribir. Pero también sabía que Sylvia necesitaba algún dinero, de modo que conseguí que Penn le enviara algo hasta que yo empezase a trabajar. Por entonces, esperaba poder enviarle yo alguna cantidad a Sylvia. Bien, ésta es la historia.

—Muy buena si es verdadera —comentó Mason.

Los ojos de Mae se oscurecieron.

—No se enfade —se apresuró a decir el abogado—. Me refiero especialmente a lo que sucedió cuando usted se separó de mí. Un testigo afirma que llevó usted el yate de Marley a alta mar.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de abandonar nosotros el Yacht Club.

—No es verdad.

—El testigo afirma lo contrario.

—El testigo miente. ¿Por qué diablos iba yo a sacar del muelle el yate de Marley?

—Si Hal Anders hubiese vuelto al *Pennwent*, cuando no regresó a su hotel, llevándose el yate del difunto a alta mar, poniéndolo rumbo a Ensenada, usted pudo coger el yate de Marley y salir a recogerle. El *Atina* es casi dos veces más veloz que el *Pennwent*.

—Esto es absurdo. Hal se marchó directamente a North Mesa para consultar al abogado de su familia.

—Sí, se marchó a North Mesa —observó Mason—, pero no estoy seguro de que lo hiciese directamente.

—Yo he contado la verdad.

Mason se puso en pie y cogió su sombrero.

—De acuerdo, vámonos.

—¿Qué he de hacer yo? —preguntó la joven.

—Volver a su apartamento, y obrar como si no hubiese ocurrido

nada. Los periodistas la asaltarán. La gente le hará preguntas. Los fotógrafos querrán obtener su retrato. Bien, que la retraten tanto como quieran. Recuerde que los periodistas trabajan para vivir. Necesitan crónicas, artículos, entrevistas. Cuando consiguen algo bueno, el jefe les palmea la espalda. Si regresan sin nada, el jefe les clava los dientes. Por tanto, deles algo bueno. Pose ante ellos de la forma que le pidan, cuantas veces lo deseen, pero afirme que no piensa hablar del caso.

—Entendido.

—A la prensa puede contarle su romance con Hal Anders —añadió el abogado.

—No ha habido romance.

—Esto tiene que contarles. Tal como me lo ha contado a mí.

—Lo de que es débil y siempre pide consejo...

—No, esto no —la interrumpió Mason—. Que es un joven modelo que jamás comete un error, y que esto la harta a usted. Usted deseaba venir a la ciudad y vivir su propia vida. Cuento la proposición de Wenworth, que usted debía trabajar para él, pero agregue que ignoraba que se trataba de un negocio de apuestas. Diga simplemente que el difunto intentaba inaugurar un despacho en la ciudad, pero que apenas le contó nada más al respecto. Añada que le gustaría hablar de lo ocurrido la noche del crimen pero que su abogado le ha prohibido decir nada en absoluto.

—En otras palabras —sonrió ella—, he de darles un poco de pienso para sus máquinas, ¿verdad?

—Exacto.

—Bien, así lo haré.

—¿Está usted nerviosa o trastornada? —se interesó Mason.

La joven sacudió la cabeza y sonrió.

—Todo forma parte del juego. A veces una está en la cumbre y todo resulta fácil. Otras, se está en el fondo. Y ya no hay por qué preocuparse.

Bruscamente, alargó la mano y volvió a sonreír.

—Buenas noches, señor Mason.

El abogado retuvo un momento la mano de la joven, mirándola directamente a los ojos.

—¿Intentaron hacerla flaquear —preguntó—, ponerla nerviosa?

—¿La Policía? —Mae se echó a reír—. Todos empezaron a

gritarme preguntas, pidiéndome que volviera a interpretar una y otra vez mis movimientos de aquella noche, en el momento del disparo. Cuando no lo hice, me acusaron de haber sido la amante de Penn, de haberle mentado a Hal porque deseaba casarme con éste, a fin de vivir con opulencia. Lo intentaron todo, señor Mason.

El abogado sonrió.

—Lo suponía —murmuró—. Bien, andando. ¿Se acordará de todo lo que le he dicho?

—Seguro.

La muchacha le dedicó una sonrisa resplandeciente y tras abrir la puerta, el abogado oyó el taconeo de sus zapatos en el corredor, en dirección al ascensor.

Mason se puso el sombrero, salió a la antesala y dijo:

—Bien, Della, voy a salir para recorrer caminos altos y bajos. Cene algo y no se aparte mucho del teléfono.

La joven secretaria le cogió la mano derecha en un gesto acariciador.

—¿Tendrá cuidado, jefe? —preguntó.

Sonriendo, Perry Mason sacudió la cabeza.

Della se echó a reír.

—Sé que podía haber ahorrado saliva, pero abra bien los ojos y si puedo ayudarle en algo...

—Della, deseo que esté por algún tiempo fuera de circulación. No deseo que la compliquen en este caso. Han citado a Mae Farr para que comparezca ante un gran jurado y probablemente me citarán también a mí.

—¿Y a mí? —indagó ella.

Mason asintió.

—¿Qué declararemos?

—No cometeremos ningún perjurio —aseguró el abogado—. No jugaremos de acuerdo con sus cartas. Ni traicionaremos los intereses de ningún cliente. Generalmente, adopto la posición de que todo lo sucedido es una comunicación privilegiada y confidencial, que no se halla sujeta a la investigación de un gran jurado. Lo cual promueve una serie de puntos técnicos. Oh, todo saldrá bien, Della.

—Supongo que no debo declarar nada.

—Cierre el pico como una lapa.

—¿En la marea alta?

—¿Cuál es la diferencia?

—Que en la marea baja pueden cogerse las lapas.

—De acuerdo —rió Mason—. Cierre el pico como las lapas en la marea alta.

Cuando la puerta acababa de cerrarse a sus espaldas, sonó el timbre del teléfono. Della descolgó el receptor para contestar.

—Hola, preciosidad —era Paul Drake—. Quiero hablar con el jefe.

—Acaba de salir y creo que va en busca de acción.

—¡Oh, no!... —gimió Drake—. Estaba aguardando a llamarle cuando Mae Farr se marchase. El fiscal ha dado la historia a la publicidad. Los periódicos no mencionan nombres porque están un poco asustados, pero la fiscalía sí los menciona. Están dispuestos a demostrar que Perry Mason estuvo anoche buscando la pistola, y piensan citarle ante un gran jurado. Mientras tanto, piensan tenerle bajo vigilancia.

—¡Dios mío! —exclamó Della—. Trataré de atraparle en el ascensor, Paul.

La joven soltó el aparato, cruzó el umbral y corrió por el pasillo hacia los ascensores, y apretó frenéticamente el botón. Cuando apareció uno de los ascensores, le dijo en un jadeo al ascensorista:

—Sam, llévame abajo a toda velocidad, ¿quieres? He de salir inmediatamente.

El ascensorista sonrió, asintió y, sin hacer caso de las miradas de curiosidad de los otros pasajeros ni de las diversas señales de paro, casi dejó caer la jaula al vestíbulo.

Della empujó a la gente y corrió hacia la calle. Llegó a tiempo justo de ver a Perry Mason subir a un taxi a una distancia de cincuenta metros. Le llamó pero él no la oyó. El taxi se internó entre el tráfico. Dos individuos de paisano, que estaban sentados en un coche aparcado delante de una boca de incendios, pusieron el auto en movimiento, siguiendo al taxi.

Della miró rápidamente arriba y abajo y no divisó ningún otro taxi. Una señal de tráfico impidió la pronta llegada de coches, mientras el vehículo en el que iba Mason y el coche de los dos policías doblaban a la derecha en el cruce, siendo absorbidos por el ingente tráfico de la calle.

Della Street dio media vuelta y lentamente regresó a la oficina.

Capítulo X

Mason abandonó el taxi a una manzana de los Apartamentos Balkanes y reconoció el terreno cuidadosamente. Los dos policías que le habían seguido, pasaron en su coche sin detenerse. Mason anduvo la manzana hacia el bloque de apartamentos y buscó en la lista exterior el nombre de Hazel Tooms.

Cuando apretaba el botón situado junto al nombre de la joven, un individuo apareció briosamente por el otro lado de la calle, se detuvo delante del portal y buscó una llave en su bolsillo.

Se abrió la puerta electrónicamente, y el hombre entró. Mason le siguió apresuradamente, lo adelantó en el corredor y al llegar en el ascensor subió al quinto piso. Halló el número 521 casi al fondo del pasillo y golpeó suavemente la puerta.

La joven que abrió, era más alta de lo corriente y lucía un excelente pijama. Se mantenía completamente erguida. Su cabello castaño tenía reflejos. Sus ojos, azules y cautelosos, observaron a Perry Mason con sincera admiración. No había en su actitud ni miedo ni nerviosismo. Parecía completamente capaz de cuidar de sí misma en cualquier emergencia.

—No le conozco a usted.

—Situación que deseo remediar al punto —replicó Mason, quitándose el sombrero y saludando.

La joven le midió de pies a cabeza y se hizo a un lado.

—Entre.

Cuando Mason entró en el apartamento, ella cerró la puerta, indicó una silla, pero en lugar de tomar también asiento, se quedó de pie, de espaldas a la puerta, con la mano en el pestillo.

—De acuerdo —preguntó—. ¿De qué se trata?

—Me llamó Mason. ¿Le dice esto algo?

—Nada en absoluto. Si es un truco, ahórreselo. No salgo con desconocidos.

—Estoy investigando un poco.

—Oh...

—Tengo razones para creer —continuó el abogado—, que usted posee cierta información que me interesa.

—¿Respecto a qué?

—Al *Pennwent*.

—¿Qué pasa?

—Quiero saber cuándo vio usted por última vez ese yate y también por última vez el *Atina*, propiedad de Frank Marley.

—¿Un... detective?

—No, exactamente.

—¿Cuál es su ángulo?

—Represento a alguien a quien le interesan esos hechos.

—¿Qué hay para mí?

—Nada.

La joven se apartó de la puerta y se sentó frente a Perry Mason. Cruzó las piernas y luego las manos sobre una bella rodilla.

—Perdone me haya mostrado tan cautelosa —se excusó—, pero se lee mucho estos días respecto a hombres que se cuelan en los apartamentos de las mujeres solas, las aporrean, o las estrangulan, y yo no deseo correr esa suerte.

—¿Le parecí un tipo de éstos? —sonrió Mason.

—No lo sé. No sé qué aspecto tienen.

Mason se echó a reír. Hazel Tooms sonrió levemente.

—Bien, volvamos a la cuestión —dijo el abogado.

—¿Respecto a las embarcaciones?

—Sí.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Cuándo vio por última vez el yate de Frank Marley?

La joven sonrió.

—Realmente, señor Mason, prefiero que conteste a mi primera pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué hay para mí?

—Exactamente lo mismo que dije la otra vez —repuso Mason—. Nada.

—Entonces, ¿por qué he de contestar?

—Mírelo de otra forma —sugirió Mason, con un breve centelleo en los ojos—. ¿Por qué no ha de contestar?

—La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—De acuerdo —asintió Mason—. Pondré mis cartas sobre la mesa.

—Primero los ases, por favor.

—Soy abogado. Represento a Mae Farr en relación con...

—¡Oh, es usted Perry Mason!

Él asintió.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—No creí que sirviese de nada.

La joven le miró, frunciendo el entrecejo y con la cabeza ladeada.

—Bien —murmuró al fin—, de modo que usted es Perry Mason.

El abogado no contestó.

—Y se halla interesado en la información que usted piensa que yo poseo. ¿Puede dicha información ponerme en un conflicto?

—No lo sé.

—No quiero subir al estrado de los testigos —rechazó la muchacha.

—No está ahora en el estrado de los testigos.

—No, pero usted podría citarme.

—Tal vez no.

—¿Lo prometería?

—No.

La joven se acarició la rodilla con las yemas de los dedos, los ojos distantes y preocupados con un examen de las posibilidades de la situación. Bruscamente, sus pupilas quedaron bien enfocadas en la cara del abogado.

—Está bien, entonces correré el riesgo. Siempre corro riesgos.

Mason se retrepó en su silla y apartó los ojos ligeramente, para que ella pudiera hablar sin tener conciencia de su mirada fija en ella.

—No quiero subir al estrado de los testigos —empezó Hazel Tooms—, porque un abogado listo me pondría en ridículo. Me gusta especialmente la vida al aire libre: tenis, cabalgar, esquiar, todos los deportes. Sobre todo me gusta navegar. No la invitan a una a los

yates cultivando la compañía de jóvenes pobres, de costumbres regulares e intenciones virtuosas.

La joven hizo una pausa como tratando de medir sus palabras.

—¿Ha oído hablar de las vampiresas? Bueno, supongo que yo soy una vampiresa de yates. Cuando me entero de que alguien zarpa para Catalina, procuro conocer al propietario de la embarcación. Cuando me piden el número de teléfono, se lo doy. Es lo único que les doy, claro: mi número de teléfono, mi compañía y mucha diversión.

Mason no dijo nada y ella continuó:

—Muchas veces, los propietarios de lanchas y yates quieren ir acompañados por chicas que sean buenas deportistas, sepan manejar la embarcación, deseen trabajar un poco a bordo, y hagan reír a toda la pandilla.

Mason asintió, sonriendo.

—Supongo que podría utilizar la misma cantidad de esfuerzo mental en alguna actividad comercial y ganar dinero. Trabajo mucho pensando anécdotas, chistes, juegos y tonterías, así como para beber mucho sin emborracharme. Si no lo ha intentado nunca, comer mucha mantequilla antes de empezar a beber es una solución.

—Yo tengo una receta mejor —volvió a sonreír Mason.

—¿De veras?

—Sí.

—Sea bueno y démela. La mantequilla es por ahora lo mejor que he encontrado.

—Lo mío es más sencillo. No beber apenas cuando se empieza a beber.

—Oh... —exclamó ella con desaliento—. Creí que realmente iba a darme una receta.

—No quiero interrumpirla y...

—Tiene razón, señor Mason. Bien, Penn Wenworth se encaprichó de mí. Siempre buscaba una joven. Cuando a Penn se le decía no, empezaba a luchar, y cuando luchaba perdía el dominio de sí mismo. Personalmente, no me gusta pelear. Mis ojos, mi control de la distancia y mi cronometraje son muy buenos. El otro día gane un campeonato de tenis.

—Mis felicitaciones.

—Bien, cuando la cosa se puso fea, le advertí. No sirvió de nada. Se hallaba ya fuera de control. De modo que me quité el zapato, levanté la pierna, aguardé la oportunidad, y envié mi talón contra su barbilla.

—¿Conectó?

—Claro que conecté.

—¿Qué le ocurrió a Wenworth?

—Pensé que lo había matado —confesó ella—. Derramé agua sobre su rostro, le froté el pecho y las costillas, y le di a beber coñac en cucharilla. Al cabo de una hora volvió en sí, pero aún estuvo mareado otros treinta minutos.

—¿Qué más? —preguntó Mason—. ¿Pidió el segundo asalto o arrojó la toalla al oír el gong?

—Arrojó la toalla —sonrió la joven—, y ello señaló el comienzo de una buena amistad. A partir de entonces me agradó y él me respetó. Mantuvimos una de esas amistades tan raras entre un hombre y una mujer, sólo compañeros perfectos. Penn descubrió que a mí me gustaban los yates, y a él le gustaba mi compañía. Ocasionalmente, navegaba solo cuando no quería moscones a su alrededor. Nunca le gustó navegar por el mero placer de hacerlo, sino que utilizaba el yate simplemente para los placeres incidentales: asistir a cruceros, a fiestas... Por esto tenía tanto equipo náutico en su yate.

—Ya.

—Bien, ahora viene lo que usted no va a creer. Sin embargo, es la pura verdad. Cuando Wenworth tenía uno de sus ataques de melancolía, le gustaba navegar. Y me dejaba manejar el yate. Y guisar. A veces, realizaba todo un crucero sin pronunciar palabra, excepto algunos comentarios respecto a la comida y al manejo del yate. Lo cual me convenía. Me encanta adentrarme en el océano con mis manos en el timón. Me produce una sensación escalofriante, una sensación de poder. Sé que el mar es cruel e implacable. Sé que no es posible cometer equivocaciones en alta mar. Pero este juego me seduce.

La joven vaciló un instante, acechando el rostro de Mason, aguardando aparentemente algún comentario. El abogado no lo hizo.

—Naturalmente —prosiguió Hazel—, conozco a Frank Marley.

Es muy distinto de Penn. Frank jamás me hizo el amor. Si alguna vez llega a atreverse tendrá los dados bien cargados contra mí. Aguarda, acecha, planea, y nunca se sabe lo que piensa a juzgar por sus palabras.

Hazel volvió a escrutar el semblante del abogado.

—Penn era un huevo magnífico. Una chica no estaba segura a su lado ni cinco minutos. Intentaba un abrazo y si esto no daba resultado, probaba el masaje, y al final se ponía brusco. Pero Penn poseía una cualidad. Una siempre sabía dónde estaba, ya que no era hipócrita. Penn era... bueno, pegajoso. Cuando se había librado el primer asalto con él, resultaba un amigo excelente. Penn tenía muchas cualidades. Era hábil y justo. Tenía un gran sentido del humor y era un buen camarada cuando no estaba melancólico. En este caso, deseaba estar solo, y había que dejarle solo.

—Adelante —dijo Mason al ver que ella callaba.

—Frank Marley era exactamente lo contrario. Yo he salido con él muchas veces. He manejado su yate. Él ha estado sentado cerca, o de pie, fumando cigarrillos y contemplándome con los ojos entornados por entre el humo del cigarrillo. Era siempre el caballero perfecto, siempre callado, siempre atento... siempre al acecho.

Hazel volvió a estudiar el rostro de Perry Mason.

—Oh, por favor, míreme —suplicó—. Hablaré igual.

—No —objetó Mason—. Estoy escuchando. Escucho con los oídos y miro con los ojos. No puedo hacer las dos cosas a la vez y concentrarme en ambas. Ahora escucho sólo su voz.

—¿No puede saber más de una mujer mirándola cuando habla, que escuchando lo que dice?

—No siempre —negó Mason—. Un abogado se entrena para escuchar. Los testigos suelen ensayar sus declaraciones, al menos en los gestos y expresiones más o menos mecánicamente, pero ensayan en silencio. La gente debería cultivar el arte de hablar en voz alta. Aprenderían mucho de sus voces.

Hazel se echó a reír.

—Me hace sentirme terriblemente desnuda —manifestó—, estando aquí sentada con su cabeza ladeada y sus oídos captando mis inflexiones de voz.

—No intento esto. Usted posee una mente observadora.

—¿De veras?

—Sí.

—Gracias.

—Bien, hablábamos de Frank Marley y su yate —le recordó Mason.

—Hablábamos de yates y hombres —replicó ella—. A última hora de la tarde, Wenworth me llamó porque quería verme. Cogí el coche y subí a bordo. Me contó que tenía que ir a San Diego al día siguiente para entrevistarse con su esposa. Finalmente había decidido darle su ultimátum: o le concedía el divorcio en términos razonables, o él demandaría a Eversel por alienación de efectos. Luego sugirió que fuese yo con él y dejásemos el *Pennwent* en Ensenada. Desde allí él iría en coche a San Diego para ver a su esposa. Naturalmente, yo me quedaría a bordo, pues no quería que su mujer supiese que yo estaba con él.

La joven suspiró.

—Bien, esto me gustó. Le dije a Penn que necesitaba algo de ropa y comprar unas provisiones. Me entregó dinero y me dijo que al regreso a la ciudad comprase todo lo necesario en un supermercado nocturno. Que tan pronto como volviese al yate, zarparíamos.

La joven hizo una pausa.

—Siga —le rogó el abogado.

—Cuando volví al muelle, el yate había desaparecido. Pensé que quizá Penn había decidido dar una vuelta para probar las máquinas. Nunca me había dado plantón. Nuestra amistad no lo consentía. Sabía que él deseaba que manejase yo la embarcación. Bien, me quedé por allí. Por un momento, estuve a punto de buscar el yate de Marley y subir, y de pronto vi que también había desaparecido.

—Adelante.

—Ordinariamente, no habría aguardado tanto, pero deseaba efectuar la travesía hasta Ensenada, y estaba segura de que Penn se había marchado a causa de algo realmente grave. Sabía que me habría dejado algún recado en caso de apuro.

Hazel Tooms parecía haberse olvidado del abogado.

—En el Club hay un tablero donde se colocan los avisos y recados, aparte de varios buzones para los socios. Miré en el tablero y en el buzón de Penn. No había nada. Volví al coche y aguardé un

poco más.

—Un momento —la interrumpió Mason—. ¿Qué hora era?

—No lo sé —confesó ella—. Recuerdo que empezó a llover cuando estaba comprando los víveres. ¿Le dice esto algo?

Mason asintió.

—Luego, estuvo lloviendo unos tres cuartos de hora más —prosiguió Hazel Tooms—. Las nubes venían de la montaña.

—Exacto —asintió el abogado.

—Bien, me dispuse a dormir dentro del auto. Había jugado al tenis toda la tarde un pequeño torneo de aficionados. Había ganado una medalla por mi segundo lugar en la división femenina, y la chica que me ganó utilizó todos los trucos imaginables. Dios mío, cómo odio perder así.

—Hay que tener resignación y deportivismo.

—Supongo que estaba un poco enfadada. Bien, la idea de la travesía en barco hasta Ensenada me había animado un poco. Continué aguardando y dormitando. De pronto oí la llegada de una embarcación. Pensé que era el *Pennwent*. Abrí la portezuela y empecé a saltar del auto. Y entonces vi que se trataba del *Atina* de Marley. Me imaginé que Frank sabría dónde estaba Penn, aunque no estaba segura de que Frank estuviera solo. La etiqueta de los yates es un poco distinta de las demás. Hay que esperar hasta saber si un hombre está solo, o darle un tiempo razonable.

Perry Mason sonrió.

—Bien, lo primero que vi fue a esa chica en cubierta, con las amarras a punto. Por la forma como manejaba el yate comprendí que estaba sola. Diantre, la vi muy bien.

—¿Celosa? —apuntó Mason.

—Tal vez —sonrió Hazel—. Me figuré que si Marley era bastante generoso en sus momentos mejores para permitir que una chica se llevase sola su yate... bueno, era una idea interesante.

—¿Reconoció a la joven?

—Entonces no —negó Hazel—. La reconocí cuando supe que era Mae Farr.

—¿Cómo lo supo?

—Por las fotos que me enseñaron.

—¿Quiénes o quién?

—Esto es algo que no pienso discutir ahora. No tengo permiso

de la otra persona.

—¿Fue Frank Marley?

—No lo discutiré.

—¿Qué más? —la apremió Mason.

—Aguardé una media hora después que Mae se hubo marchado —prosiguió Hazel Tooms—. Entonces, comprendí que Penn no volvería. Supuse que le había ocurrido algo, o que había tenido precisión de marcharse sin poder dejarme ningún recado. Regresé a casa, me metí en una bañera llena de agua caliente y después me acosté.

—¿Le encantaba la travesía hasta Ensenada? —puntualizó Mason.

—Sí.

—¿Estaba dispuesta a ir sola con Wenworth?

—Eso he dicho.

—Lo cual no era muy grato para guardar las apariencias —observó Mason.

—¿Y qué? —inquirió ella en desafío.

—A esto quería llegar —sonrió Mason—. Usted no se cuida mucho de las apariencias.

—Me importan un rábano.

—¿Posee coche propio?

—Sí.

—¿Y puede marcharse en un instante, si la invitan a un crucero?

—¿Qué pretende? —preguntó la joven.

—Tal vez tenga la costumbre —sonrió Mason— de pretender siempre algo en mis contrainterrogatorios. Lo que realmente quiero saber es de dónde saca su sustento.

—Oh, ya... —suspiró ella—. Supongo que un abogado podría ponerme en una situación violenta ante un jurado con esta clase de preguntas, ¿eh?

Mason asintió.

—Pues... —Hazel vaciló.

—Continúe —la urgió Mason.

—¿Pueden preguntar esto en la silla de los testigos, señor Mason?

—Pueden hacer tantas preguntas como quieran.

—Ya. Entonces, me obligarían a presentarme ante un jurado,

¿verdad?

—Esto es cosa suya.

—¡No quiero declarar nada!

—Todavía no ha contestado a mi pregunta.

—¡No creo que sea asunto suyo! —replicó ella con ojos centelleantes. Tras una pausa añadió, con chispitas de humor en sus pupilas—. ¡Esto es incompetente, irrelevante e inmaterial, señor Perry Mason!

El abogado se inclinó.

—Admitida la protesta, señorita Tooms.

La joven se echó a reír.

—Usted y yo podríamos ser buenos amigos —observó—. Ha dicho que poseo una mente observadora. He tenido que desarrollarla. Me vuelve loca el tenis. Me gustan todos los deportes. No es posible trabajar en una oficina, y tener tiempo para recreos.

—Esto es axiomático —asintió secamente Perry Mason.

—Tal vez tenga un ex marido que me pase una pensión.

—¿Es así?

—Creí que usted había aceptado la protesta.

—De acuerdo.

—Entonces, no necesito contestar a su pregunta.

Mason sacudió pesarosamente la cabeza.

—Las cosas no se presentan bien para Mae Farr, ¿verdad? —se interesó la muchacha.

—Más bien creo que es Hal Anders quien se halla en un mal paso —observó Mason.

—Mae pudo ser cómplice de Anders —siguió Hazel—. Él pudo matar a Wenworth en el muelle, llevárselo en el yate a alta mar y fijar el rumbo hacia Ensenada. Y Mae pudo coger el yate de Marley, recoger a Anders, traerle a tierra, a otro muelle, y devolver el yate.

—¿De dónde sacó esa idea?

Ella se echó a reír antes de responder.

—Leyendo los periódicos y reflexionando. Naturalmente, tan pronto como me enteré de las noticias comprendí el significado de lo que había visto.

—¿Se lo contó a alguien?

La joven negó con la cabeza.

—¿Por qué no informó a la Policía?

—¿La Policía? —repitió Hazel encogiéndose de hombros.

—Bien, ¿por qué no?

—Por varias razones.

—¿Cuáles?

—No quiero subir al estrado de los testigos —repitió.

—Por tanto, decidió no decir absolutamente nada de lo que había visto.

La muchacha cogió el pliegue de la pernera del pantalón del pijama entre el pulgar y el índice y deslizó la mano por la misma, y luego lo miró con ojos críticos como evaluando su rectitud.

—Mire —dijo Hazel bruscamente—. He llegado a la conclusión de que una persona puede conseguir lo que quiere si lo desea con todas sus fuerzas.

—Otras personas han tenido la misma idea —sonrió el abogado.

—Y llevo mi vida de acuerdo con esta teoría. Consigo lo que quiero, pero ello no es fácil. Hay que desear con cada onza de energía y vitalidad.

—¿Y bien?

—He aprendido a ser absolutamente fría y egoísta —anunció la joven, mirando a Mason con ojos retadores.

—Mucha gente es egoísta —observó el abogado—. Casi todo el mundo. Aunque siempre existe la excepción que confirma la regla. Estoy generalizando, claro. Si usted es egoísta no se disculpe.

—No me disculpo.

—Entonces, usted desea referirse a algo.

—Sí.

—Adelante.

—Está bien. Mire: si acudo a la Policía, saldrá mi nombre en los periódicos. Tendré que declarar como testigo y me fotografiarán. Bien, yo saldría muy bien en la primera plana. Y el proyectado viaje a Ensenada quedaría ampliado y distorsionado.

—Creía que no le importaban las apariencias —replicó Mason.

—Exacto, pero sí me importa mi reputación.

—Siga.

—Señor Mason, si subo al estrado de los testigos perjudicaré a su cliente. Ella no querrá que yo suba a declarar. Ese Hal Anders no querrá que yo declare. Usted no me desea en la silla de los testigos. Y yo tampoco quiero sentarme en ella.

Mason guardó absoluto silencio.

—Yo quería efectuar aquella travesía. O cualquier otra. Conozco a alguien que posee un yate. No mencionaré nombres. Ese alguien y yo, podríamos iniciar un crucero a los Mares del Sur. Pero tendríamos mala suerte. La máquina se estropearía. Cambiaríamos de rumbo y desembarcaríamos en alguna aislada isla tropical, donde repararíamos la máquina y los mástiles, y transcurrirían varias semanas o meses, antes de que se supiese nada de nosotros.

—Un modo algo peligroso de evitar declarar como testigo, ¿no cree? —sonrió Mason.

—No lo creo. Y me gusta.

—¿Qué le impide realizar este sueño? —inquirió Mason.

—¡Oh, ya le entiendo! —exclamó Hazel de pronto—. Piensa que se trata de Frank Marley. No, Frank tiene que quedarse aquí. Esa otra persona tiene un pequeño auxiliar. El yate de Marley no podría efectuar una travesía tan larga. Incluso intentarlo sería una locura.

—Bien, lo diré de otro modo —manifestó el abogado—. ¿Qué impide a esa otra persona realizar ese viaje?

—Dinero.

—¿Dinero?

—La falta de dinero, si lo quiere más claro.

—Ya.

—Señor Mason —dijo ella ávidamente—, no costaría mucho ese truco... y, si tiene usted conciencia, usted no me pagaría para alejarme como testigo. Sería simplemente una proposición para costearme un viaje que siempre he soñado hacer. Mil dólares cubrirían los gastos.

Mason sacudió la cabeza.

—¿Setecientos cincuenta?

Mason volvió a sacudir la cabeza.

—Señor Mason, lo haré por quinientos. Claro que será muy justo porque tendremos que estar fuera bastante tiempo, y mi acompañante tiene ciertas obligaciones, pero lo haremos por quinientos.

—No es cuestión de precio.

—¿De qué entonces?

—Se trata de una palabra de cinco letras —replicó el abogado—, que no comprendería usted.

—¡Oh, por favor, señor Mason! —suplicó la joven—. No sabe lo que esto significa para mí.

Mason sacudió la cabeza, se puso en pie, metió las manos en los bolsillos del pantalón, y estuvo un instante sumido en sus pensamientos. Luego empezó a pasearse por la estancia, no distraídamente por preocupación mental, sino dando una lenta vuelta de inspección en torno a las cuatro paredes.

—¿Qué le pasa? —inquirió ella, acechándole con mirada aprensiva.

—Estoy meditando.

—¿Busca algo en el suelo?

—¿Yo?

—Sí.

Mason prosiguió su lenta vuelta en torno a la habitación. La joven se colocó a su lado.

—¿Qué le ocurre, señor Mason?

Al ver que él no contestaba, colocó una mano en su hombro.

—Señor Mason, no le costaría nada. Harold Anders es rico. Tiene montones de dinero y de tierras. Yo soy pobre. Caramba, lo que tendría que darme es una gota de agua en un cubo comparado con lo que tendrá que pagar por su defensa.

—Yo no soy su abogado —explicó Mason.

La joven calló de repente, meditó y exclamó:

—Oh...

Mason terminó su vuelta de inspección.

—¿Cuál es el abogado de Anders? —quiso saber Hazel.

—No sé. Consultó con uno del norte, cerca de North Mesa.

—¿North Mesa?

—Probablemente en la capital del condado.

—¿Conoce el nombre?

—No.

—Señor Mason, ¿quiere hacerme un favor? Tan pronto como sepa quién representa a Anders, llámeme y dígamelo. Esto puede hacerlo... y el resultado será el mismo.

—En estas circunstancias —replicó Mason—, es mejor que lea los periódicos y se enterará por sí misma.

—De acuerdo. Señor Mason, he puesto mis cartas sobre la mesa porque deseaba hacerle esta proposición. Ahora no se aprovechará

de mí, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—A esa travesía a Ensenada y a cuanto le he contado sobre mi pasión por la navegación.

—Cuando se ponen las cartas sobre la mesa —reflexionó Mason—, no hay que esperar que el contrincante no sepa qué cartas se van a jugar.

—Usted no se aprovechará de todo esto, ¿eh?

—No lo sé —dijo Mason—. Depende de lo que usted haga.

—Oh, le estoy tratando con plena justicia.

Mason levantó la voz.

—De acuerdo, ojalá sea así. De todos modos, no pagaré ni cinco centavos para suprimir su testimonio. Ni permitiré que por ello mi cliente pague ni cinco centavos.

—¿No le contará a la Policía lo que vi?

—No tema. No pienso edificar un caso en favor del fiscal —repuso Mason. Cogió el sombrero y se encaminó hacia la puerta—. Adiós, señorita Tooms.

La joven hizo una mueca.

—Oh, señor Mason, había supuesto que sería razonable.

—¿Y qué más?

—Ya sabe.

—La gente posee ideas distintas respecto a lo que es razonable —contestó el abogado—. Depende de los puntos de vista. Buenas noches.

La muchacha levantó hacia él los ojos.

—No lo olvide, señor Mason.

—No lo olvidaré.

Cuando se hallaba ya cerca del ascensor ella le llamó.

—No olvide tampoco que poseo una mente observadora.

La puerta se cerró suave, pero firmemente.

Capítulo XI

Mason encontró un pequeño hotel a dos manzanas del apartamento de Hazel Tooms. Llamó a Paul Drake desde la cabina.

—Hola, Paul. ¿Novedades?

La voz de Drake estaba muy excitada.

—Sí, Perry. Muchas. Oye: Te siguieron cuando saliste de tu oficina. Della trató de avisarte pero llegó tarde. Un par de policías de paisano siguió al taxi. ¿Adónde fuiste... a algún lugar importante?

—Me lo imaginé —sonrió Mason—. Tenía que visitar a un testigo. Una joven que me hizo una proposición, diciendo que se largaría del país si mis clientes le daban dinero.

—¿Y qué?

—A la tercera vez que su proposición quedó planteada —prosiguió el abogado— la cosa me pareció excesiva. Y di una vuelta por el apartamento buscando micrófonos ocultos.

—¿Hallaste alguno?

—No. Son demasiado listos. Un micrófono resulta difícil de localizar, pero cuando lo instalan apresuradamente suele quedar un poco de yeso adherido en el zócalo de la pared.

—¿Piensas que se trata de un testigo falso?

—No, no lo creo —repuso Mason lentamente—. Opino que es un testigo auténtico, pero tal vez trate de pactar con la Policía. Ya sabes, si logran colgarme el sambenito de intentar alejar un testigo del país, dejarían que se marchase, y después la traerían de nuevo con gran fanfarria de trompetas, y el hecho de haber intentado yo alejarla quedaría sobre la cabeza de mi cliente y la mía. Su testimonio sería automáticamente el más importante del caso.

—¿No caíste en la trampa?

—¡No, cielos!

—Tengo las fotos —murmuró Drake.

—¿Tienes a mano alguna pistola, Paul?

—Oh, sí.

—¿Que no te sirva?

—Tengo un par de revólveres baratos que uno de mis agentes les quitó a unos muchachos ambiciosos que jugaban con armas. ¿Por qué?

—¿Podrías arrojar uno muy lejos?

—Hum... no sé. Tal vez a unos treinta metros de distancia.

—¿Lo has intentado alguna vez?

—No, claro.

—Será mejor que avises a Della Street, Paul —prosiguió Mason— y nos reunamos en el restaurante donde suelo almorzar a veces. Della conoce el sitio. ¿Has comido algo?

—Sí, tomé un par de bocados.

—Bien, tomaré un taxi hasta allí, cenaré algo y os aguardaré. Supongo que Della ya habrá cenado.

—Lo dudo —gruñó Paul Drake—. Ha estado ansiosa, deseando advertirte de que te seguían. ¿Dónde están ahora, Perry? ¿Los despistaste?

—Maldito si lo sé —repuso Mason—. Probablemente no. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Sin embargo, un tipo abrió la puerta de los apartamentos cuando yo estaba llamando al de esa chica. Pudo ser uno de ellos.

—¿Qué pasa, Perry? —se inquietó Drake—. ¿Algo grave?

—Cielos, no lo sé —repuso el abogado—. No puedo perder tiempo imaginándome qué harán esos detectives. He de actuar de prisa.

—Tengo algunas noticias referentes a Eversel —murmuró Drake.

—¿Cuáles?

—Su avión salió y regresó dos veces... una antes y otra después de la lluvia.

—¿Seguro?

—Sí. Uno de mis agentes consiguió que el jardinero de la finca le emplease como ayudante. Empleo fijo. Ahora está allí, de modo que hará lo que queramos.

—¿Puedes llamarle?

—No. No puedo llamarle, pero él me llama pidiendo instrucciones.

—De acuerdo —asintió Mason—. Tengo un par de ideas. Coge el revólver, ve a buscar a Della, y venid al restaurante. Hasta luego.

Salió al umbral del hotel. No vio a nadie que pareciese tomarse interés en él.

Llamó un taxi y se dirigió al restaurante donde tuvo tiempo de tomarse un bocadillo, café y un pedazo de pastel antes de que llegara Paul Drake.

—¿No ha venido Della? —preguntó.

—Sí, está en el coche.

—¿Ha comido algo?

—Se tomó un bocadillo, y afirma no tener apetito en estos momentos.

—¿Has traído la pistola?

—Sí.

—Compraremos un par de linternas de gran calibre —explicó Mason—. Quiero ver hasta dónde soy capaz de arrojar este revólver.

—¿Dónde piensas realizar la proeza? —quiso saber Drake.

—En el mismo sitio que Anders.

El detective miró a Mason alarmado.

—Esto podría ser peligroso —advirtió.

—¿Por qué?

—Tal vez no sonaría muy bien ante el tribunal.

—Las cartas de amor no suenan muy bien ante un tribunal —replicó Mason—, y no obstante todo el mundo las sigue escribiendo.

—Adelante. Es tu funeral —exclamó Drake sobriamente—. ¿Te siguieron hasta aquí, Perry?

—No creo, aunque no estoy seguro. Ejecuté las maniobras de despiste usuales.

Camino del coche, Drake explicó:

—Mi agente de la finca de Eversel tuvo mucha suerte. El jardinero es escocés como él. Un tipo privilegiado, con una casita propia y no está realmente clasificado como sirviente.

—¿Dónde duerme tu agente?

—En un cuarto del sótano.

—¿Descubrió algo?

—Mucho. El jardinero no se marchó con los demás sirvientes, aunque tenía que ir. Es tan taciturno como una roca de granito, al menos, lo mismo que mi agente, MacGregor, procedente también de cierta parte de Escocia.

Llegaron a la acera. Mason vio a Della Street sentada en el coche del detective y sonrió.

—Hola, Della —la saludó.

—Caramba —exclamó la secretaria—, estaba preocupada por usted. Temí que cayera en alguna trampa.

—Estuve a punto —rió Mason—. ¿Qué ha descubierto tu agente, Paul?

El detective se deslizó delante del volante. Mason se acomodó a su lado. Della se instaló cómodamente en el asiento posterior.

—¿Adónde vamos? —preguntó Drake.

—Al mismo sitio donde Anders arrojó su pistola —indicó el abogado—. Paul, vigila si nos sigue alguien.

—De acuerdo. ¿Me pongo violento y les doy a entender que lo sabemos?

Mason meditó un instante y al fin sacudió negativamente la cabeza.

—No, actúa casualmente, Paul. Finge que buscamos unas señas. Esto te dará la oportunidad de doblar varias curvas y también de volver la cabeza varias veces.

—Está bien —asintió Drake—, pero sospecho que no intentarán seguirnos si ya han abandonado la caza. Una sombra prudente usualmente abandona cuando el perseguido inicia una serie de zigzags, sea cual sea el pretexto, a menos que le hayan advertido que da lo mismo que la presa sospeche de él o no.

—Bien, haz lo que te he dicho y procura fingir inocencia —sonrió Mason—. ¿Qué me dices ahora del jardinero de Eversel?

Internando el auto en el tráfico, Drake contestó:

—El jardinero habló un poco. Por lo visto, después de irse la servidumbre, Eversel regresó en su coche. Poco después cogió su avioneta, se marchó a un sitio ignorado y regresó. A la vuelta le acompañaba una mujer. Mi agente dice que el jardinero sabe quién era, mas no quiere hablar. Compréndelo, mi agente tuvo que andar con muchos rodeos para sonsacar al jardinero.

—Lo comprendo —asintió Mason—. Dame todos los datos que

sepas y yo llenaré los espacios blancos.

—Bien, Eversel llegó a la casa con esa mujer y se marchó directamente a la habitación que ha acondicionado como cuarto oscuro. Por lo visto es un gran aficionado a la fotografía.

—¿Estaba con él la señora Wenworth? —inquirió Mason.

—Sí, fuese quien fuese.

—¿Qué ocurrió?

—Que empezó a llover. Eversel se dedicó a calentar el motor del avión. Unos quince minutos más tarde, despegaron. Estuvo fuera casi toda la noche y regresó de madrugada. Solo.

—Supuestamente —observó Mason—, la señora Wenworth estaba en San Diego.

—Hum... sí —asintió Drake—. El avión pudo dejarla allí fácilmente. Mis corresponsales de San Diego están comprobando si ese avión estuvo por allí.

—¿Dónde estaba el yate de Eversel?

—Aparentemente, atracado en el muelle exterior.

—¿Qué velocidades puede desarrollar?

—Unos dos nudos por hora más de prisa que el yate de Wenworth a marcha de crucero, pudiendo llegar hasta los cinco nudos más.

—¿Dónde paraba la señora Wenworth en San Diego?

—En el yate de unos amigos. También tenía una habitación en un hotel. Ya sabes lo que pasa en los yates, Perry. Se sufren muchas molestias, en medio de varias comodidades. Por ejemplo, es difícil tomar un baño, acudir a los establecimientos de belleza... Muchas mujeres alquilan una habitación y en ella pasan casi todo el tiempo cuando el yate para en una ciudad. A veces, todo el grupo alquila habitaciones.

—¿Averiguaste dónde estuvo Juanita Wenworth aquella noche?

—La gente del yate asegura que se marchó a la habitación del hotel. Pero los empleados de este establecimiento no saben nada. Y si saben algo no quieren hacer comentarios.

—Si hiciera falta, ¿podría ella demostrar que estuvo en el hotel?

—Seguramente —vaciló Drake—. Dudo que alguien pudiese demostrar que no estuvo. Bien, éste parece un buen sitio, Perry. Daré la vuelta a la manzana y pararé en una calle lateral, dirigiré los faros hacia el número de una o dos casas, conduciré otra

manzana y detendré el coche.

—Bien, adelante —aprobó Mason.

Drake torció por la esquina, avanzó dos manzanas y dobló otra vez.

—Oh... —murmuró Della Street—. Unos faros detrás nuestro.

—No mire —le advirtió Mason—. Paul los verá por el retrovisor.

El detective dobló la esquina, detuvo el coche, paseó la luz de los faros por los números de las casas, y volvió a poner el auto en marcha lentamente.

El coche que les seguía también dobló a la derecha, avanzó directamente hacia ellos, pero los ocupantes no dieron señales de interés en el coche estacionado junto a la acera.

—No mires —ordenó Mason en voz baja—, pero echa una ojeada furtiva.

Apenas acababa de hablar, cuando el otro vehículo, que había aflojado considerablemente la marcha, aceleró y los adelantó.

Drake contempló las luces traseras que iban disminuyendo calle abajo.

—Creo que no volveremos a verles —comentó.

—¿Crees que habrán pensado que éramos demasiado listos?

—Seguro. No volverán. Se han ido definitivamente.

—Perfecto —sonrió Mason—. ¿Cuándo volverá a llamarte ese agente tuyo de la finca Eversel?

—Dentro de una hora.

—Vamos entonces. Deseo realizar un experimento con pistolas, y quiero estar a corta distancia de dicha finca cuando llame tu agente. ¿Telefonaré directamente a tu oficina, Paul?

—Sí.

—Pues es preferible que llames ahora a la oficina —le aconsejó Mason—, y les digas que cuando llame, le digan a tu agente que no se retire. Será conveniente hablar con él.

—De acuerdo, Perry.

Drake volvió a poner el coche en marcha. Descendieron unas quince manzanas, torcieron a la derecha y atravesaron un paseo hasta llegar a otro, paralelo al primero.

—Prueba por aquí —indicó Mason.

Recorrieron el paseo, giraron a la izquierda y Drake lanzó el coche a toda velocidad. Della Street, que miraba por la ventanilla

posterior, anunció:

—Desde la otra calle, nadie ha girado hacia aquí, Paul.

—Repito que han abandonado la caza —murmuró el detective—. Tenían instrucciones de seguirte hasta que sospechases. Y entonces, dejar el rastro.

—De acuerdo, Paul —asintió Perry Mason—. Acelera un poco. Para ante la primera tienda donde podamos adquirir las linternas. Necesito un par que sean potentes.

—Yo tengo una regular —dijo Drake—. No alumbra mucho pero...

—La utilizaremos y también las dos nuevas.

Cinco minutos más tarde hallaron un *drugstore*, donde pudieron adquirir las linternas y llamar a la oficina del detective. Transcurrieron otros quince minutos antes de llegar delante de la tienda de perros calientes que Mae Farr le había indicado a Mason.

—Rodaremos medio kilómetro más, Paul —ordenó Mason—, y luego retrocederemos. Conduce lentamente cuando pases por delante de este lugar. Así veremos si hay alguien de vigilancia.

Drake descendió por la avenida, hizo girar el coche en una curva cerrada, desanduvo el camino y aflojó la marcha.

—Esto parece desierto, Perry.

—Está bien, para. Deja el auto a un lado... Así. Apaga el motor. Prestaremos atención por si vemos u oímos a alguien.

Drake apagó el motor, redujo el brillo de los faros y los tres permanecieron sentados, escuchando atentamente.

—Bien, Paul —exclamó al fin Mason—. Nada aventurado, nada ganado. Vamos, salid los dos. Aguardaremos el momento propicio, cuando no pase ningún coche. Yo arrojaré la pistola con la mano derecha. Luego trataré de seguir su trayectoria con la linterna sostenida con la izquierda. Vosotros encended también vuestras linternas y procurad seguir el recorrido de la pistola.

—¿A qué viene eso? —preguntó Drake—. ¿Intentas demostrar que la pistola sólo hubiese podido chocar contra el poste de tensión una de cada mil veces?

—No, esto no valdría de nada ante un jurado —objetó el abogado—. Siempre hay alguno entre los doce al que le gusta creer que la mano del Todopoderoso traicionó al criminal gracias a un supuesto fallo. Y si esa idea se le mete en la cabeza, se torna

fanático y piensa que si firma un veredicto de inocencia, desafía a la Providencia. No, Paul, sólo quiero saber hasta qué distancia puedo tirar la pistola.

—Bien, ahora tendrás la ocasión —rezongó Drake—, cuando haya pasado aquel coche.

—Sí. Estoy dispuesto.

Mason miró arriba y abajo de la avenida, estaba desierta.

Cogió la pistola de manos de Drake, por el cañón, y flexionó el brazo como un jugador de béisbol.

Pasó un auto a gran velocidad, desvaneciéndose en la negra noche con un chirrido de los neumáticos sobre el asfalto.

—Bien, allá va —anunció Mason—: ¡Un... dos... tres!

La pistola saltó por el aire. La linterna de Mason la captó, la siguió, la perdió y volvió a captarla. La linterna de Della Street la captó y no la perdió. La luz de Drake buscó unos instantes en la oscuridad y al final enfocó el objeto móvil.

Juntos contemplaron cómo el arma traspasaba la alambrada y caía al suelo.

—Buen disparo, Perry —alabó Drake—. Podrías fichar por los Campeones de la Costa^[2]... si pudieras apartarte una temporada de los asesinatos.

—Vamos a ver dónde ha caído —propuso Mason—. Oriéntame, Paul.

—¿Cómo puede trepar una dama respetable por una alambrada en presencia de dos caballeros? —bromeó Della.

—No ha de trepar —replicó el abogado—. Las damas son izadas por encima.

Della rió, colocó una mano sobre el brazo de Mason como soporte cuando sus zapatos resbalaron al descender hacia la parte de más pendiente de la calle, y cruzaron la zanja y la alambrada hasta el descampado. Mason y Drake ayudaron a saltar a la joven. Luego, ambos mantuvieron bajo el alambre superior, saltaron, y pisaron tierra blanda y húmeda.

—No utilicéis las linternas más de lo preciso —advirtió Mason—. Y aun entonces, disimulad la luz lo más posible.

Buscaron en silencio unos segundos y al final Drake exclamó:

—Aquí está, Perry, al frente.

Mason se detuvo y reconoció el terreno.

—Más lejos de lo que me imaginaba —comentó.

—Te dije que era un buen tiro —sonrió Drake—. Yo no lo hubiese mejorado.

—Claro, tú no eres hombre que viva al aire libre —rió el abogado—. No vives en un rancho, no cabalgas ni rodeas ganado. Esa pistola debe estar a más de tres metros detrás de aquella tubería de cemento.

—Exacto —asintió Drake—. ¿Cuál es tu idea, Perry?

—Oh, se me ocurrió que había dos lugares que no habían sido registrados.

—¿Cuáles?

—Uno de ellos la zanja del agua —explicó Mason—. Efectivamente, dentro había bastante agua y la Policía no inspeccionó en su interior. El periodista encontró la pistola mucho más tarde. El otro sitio donde la Policía no investigó son los caños abiertos para el desagüe de la tubería de cemento. En el fondo de dichos caños hay agua también.

—Era esperar mucho —murmuró Drake— arrojar la pistola y que fuese a dar en el centro de uno de esos caños. Más aún, la Policía halló la pistola con que se cometió el crimen. Entonces, ¿por qué buscar más armas?

—Porque me figuré —replicó Mason—, que habría alguna más.

—Bueno, supongo que eres el único en pensar de este modo. ¿Quieres echar un vistazo a esos caños abiertos?

—Sí.

—¿De qué modo?

—No sé —confesó Mason—. Creo que las linternas penetrarán lo suficiente para ver si hay alguna pistola en el fondo.

—Bien —gruñó Drake—. La pistola sólo pudo ir a parar a tres caños. La avenida traza una curva a cincuenta metros de aquí. Pero la tubería sigue en línea recta.

—Echaremos un vistazo —propuso Mason.

El detective se inclinó sobre uno de los caños. Mason se dirigió al siguiente. Della Street se quedó junto a la cañería.

Mason vio que la gran conducción de agua sobresalía del suelo metro y medio. Se inclinó, colocó la linterna hacia el interior y la encendió.

El haz de luz, al chocar contra los lados blanquecinos y rugosos

de la tubería, difundió una claridad amortiguada, por lo que Mason tuvo cierta dificultad en enfocar sus pupilas sobre el sitio donde el cono de luz incidía en el agua fangosa.

Después de pasear la luz un minuto por el agua, retrocedió de repente y llamó en voz baja pero penetrante:

—Paul, ven a ver esto, ¿quieres? Y llama a Della.

Mason permaneció al lado de la tubería, con los labios retorcidos en una sonrisa sardónica. Oyó los pasos de Della y el detective en las tinieblas.

—Mirad esto.

Della tuvo que ponerse de puntillas y apoyar los codos sobre el reborde del caño abierto. Mason y el detective también se inclinaron. El abogado volvió a encender la linterna.

—La veo debajo del agua —murmuró Drake al cabo de unos instantes—. Sí, es una pistola.

Della Street no habló. Mason la miró y vio que los ojos de la joven mostraban aprensión y confusión.

—Bueno, creo que tendré que mojarme los pies —murmuró Mason alegremente.

Se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó los pantalones y añadió:

—No podré salir, Paul, a menos que te inclines para darme la mano. Asegurémonos de que puedes hacerlo.

Drake se inclinó y se agachó hacia el interior del caño.

—Yo puedo sostenerle las piernas —intervino Della.

—Tendrás que hacerlo —asintió Drake.

—No quiero arañarme los pies —rezongó Mason—. Déjame deslizar con cuidado, Paul.

Se asió fuertemente al antebrazo derecho del detective, sujetándose a su muñeca con ambas manos. Drake, con el brazo y la pierna izquierda aferrados al borde de la conducción de agua, fue bajando a Perry Mason hacia las aguas enturbiadas.

—¡Brrrrr! —exclamó Mason—. El agua está casi helada.

Un instante más tarde fue soltando su presa y después, adoptando una postura en cuclillas, hurgó con la mano dentro del agua.

—¡Aquí está! —proclamó.

Sacó una pistola, con el dedo índice de su mano derecha

engarfiado en el gatillo. Suavemente, la paseó por el interior del agua para lavarla y quitarle el lodo adherido al metal.

Sacando la linterna del bolsillo de la chaqueta, iluminó el arma.

—Sí, es una «Colt» especial del treinta y ocho con montura cuarenta y cuatro. Paul, ayúdame a subir.

—A menos que tú plantases aquí esta pistola esta tarde —gruñó Drake—, ésta es la coincidencia más casual de que he oído hablar.

—Ninguna coincidencia —repuso Mason, metiéndose la pistola en un bolsillo y la linterna en el otro—. Estas tuberías están colocadas a la distancia a que un hombre vigoroso puede lanzar una pistola. Y no se hallan muy separadas una de otra. Al menos, tres están dentro del radio de tiro. Las tuberías tienen de metro a metro y cuarto de diámetro. Reduce esto a palmos cuadrados y verás que no es irrazonable suponer que la pistola chocó contra una de dichas conducciones... Se trata de una posibilidad entre cinco.

Drake deslizó hacia abajo el brazo derecho y se sostuvo con el izquierdo. Mason asióse a su muñeca y, con el esfuerzo combinado de Della Street y el detective, el abogado llegó a un sitio desde donde logró trepar sobre el borde de la conducción de cemento.

—¡Diantre! —refunfuñó—, sin amigos que te ayuden es imposible saltar ahí dentro.

Agrupados en torno a la parte exterior de la tubería, los tres inspeccionaron la pistola.

—¿Qué piensas hacer? —indagó Drake.

—Éste es el problema —admitió Mason. Hizo girar el cilindro—. Seis cartuchos, ninguno disparado.

—¿No puede avisar a la Policía? —inquirió Della.

—¿Para que digan que yo puse ahí la pistola?

—Es la de Anders, ¿verdad, Perry? —preguntó Drake—. Seguro, es la clase de pistola que él llevaría. Y puede arrojarla lejos.

—Entonces, ¿cómo llegó hasta aquí la pistola del crimen?

Perry Mason se encogió de hombros.

Della empezó a decir algo y acabó por callar.

—Perry —masculló Drake—, no puedes hacer nada. Si entregas esta pistola, dirán que tú la plantaste. Si la dejas caer de nuevo dentro de esta tubería, la Policía no querrá volver a buscarla. Han hallado el arma que necesitan, y aunque alguien encontrase esta pistola, afirmarían que alguien la dejó aquí después del asesinato.

Mason sacó un pañuelo del bolsillo y envolvió cuidadosamente la pistola.

En la avenida, un coche dejó oír un violento chirrido de neumáticos. Mason dirigió la vista hacia allí.

—¿Qué demontre habrá asustado a ese conductor? —murmuró.

—Creo que allí se ha estacionado un auto sin luces, jefe —dijo Della—. Lo he vislumbrado cuando lo ha iluminado brevemente los faros de ese coche.

—¿Está en la avenida? —preguntó Mason.

—No, a un lado, pero ese otro conductor evidentemente no lo ha visto hasta que lo ha tenido encima, lo cual le ha asustado.

—Vámonos, Perry —aconsejó Drake, medrosamente.

—Un momento —pidió Mason—. Quiero ver el número de la pistola.

Sujetándola con el pañuelo, iluminó el arma con la linterna y leyó la numeración a Della, la cual la anotó.

—Todos nosotros podemos atestiguar que tú has hallado esta arma —musitó Drake.

Mason sacudió la cabeza.

—No serviría de nada —observó—. Holcomb pensaría que yo la he plantado. Además, ahora estoy satisfecho con mis ideas.

—¿Qué harás con esta pistola, Perry?

—Devolverla al lugar de donde la he sacado.

Alargó la mano hacia la abertura de la conducción, sosteniendo la pistola por la guarda del gatillo.

De repente, un haz de luz los cegó con su brillo, destacando a las tres figuras contra las sombras de la noche.

—¡Alto! —exclamó una voz desde las tinieblas—. ¡Que nadie se mueva!

Mason quedose inmóvil.

—¡Coge esa pistola, Jim! —continuó la voz autoritaria— ¡No permitas que la suelte!

Varias sombras, moviéndose más allá de la luz, convergieron sobre el grupo reunido en torno a la tubería. Todos los haces de las linternas se cruzaron sobre la inmóvil figura de Perry Mason. Un individuo penetró en el cono de luz, bien iluminado su perfil, y reflejando la placa dorada clavada en su chaqueta.

—¡No se mueva! —advirtió.

Cogió la pistola de la mano de Mason.

—¿Eh, qué pasa? —gritó Drake.

Della dio media vuelta para resguardar sus ojos del resplandor. El sargento Holcomb apareció en el cono de luz.

—¡Queda usted arrestado! —anunció.

—¿De qué se me acusa, sargento? —preguntó Mason con frialdad.

—Baje esta linterna —ordenó el sargento.

El rayo de luz se abatió al suelo, de modo que su brillo dejó de cegar los ojos del representante de la ley.

—De intentar un delito —repuso Holcomb.

—¿Por qué motivo? —preguntó el abogado.

—Por plantar pruebas falsas.

—No estábamos plantando nada —negó Mason—. Hemos hallado esta pistola en la tubería.

—Sí, claro —masculló Holcomb.

—Se lo aseguro —prosiguió Mason—. Por favor, sargento, luego no diga que no le he advertido.

—¡No está usted en situación de advertir a nadie! —gruñó el sargento.

Mason se encogió de hombros.

—¿Qué es esa otra pistola? —interrogó Holcomb a Paul Drake.

—Una que hemos utilizado para un experimento —respondió el detective—. Perry deseaba ver hasta dónde podía arrojarla.

—Démela —pidió el sargento.

Drake entregó la pistola.

—Se cree muy listo, ¿eh, Mason? —gruñó Holcomb.

El abogado contempló fijamente el triunfal semblante del sargento.

—Si el término es relativo —sonrió—, la respuesta es afirmativa.

—Basta de bromas, Mason —refunfuñó Holcomb—. Guárdelas para el juez.

—Seguro —asintió Mason.

—Vaya, muchachos —ordenó Holcomb, volviéndose a sus hombres—, poned una etiqueta a esta pistola para identificación. Y mantenedla separada de la otra hasta que lleguemos a la central.

Mason, apoyándose contra la tubería casualmente, se secó los pies con su pañuelo y se puso los calcetines y los zapatos.

—Nos figuramos que habían venido aquí —dijo el sargento—, tan pronto como quisieron despistar a sus seguidores. No nos equivocamos, ¿eh, Mason?

El abogado no contestó.

—Oiga —intervino Drake—. Todos podemos atestiguar que esa pistola se hallaba en esa tubería, dentro del agua.

—Seguro —asintió el sargento, incrédulamente—. ¿Y quién la puso ahí? Perry Mason.

El abogado terminó de anudarse los zapatos, se desperezó y bostezó. Luego, se dirigió a Paul Drake.

—Bien, no sirve de nada quedarnos por aquí, Paul.

—¿No ha oído que estaba usted arrestado? —gruñó Holcomb.

—Oh, sí —afirmó Mason—, pero sus palabras no significan nada para mí. De haber usted vigilado este lugar habría visto lo ocurrido. Y si lo ha vigilado atentamente, ya lo ha visto. He bajado al interior de esa conducción de agua y he sacado una pistola.

—Una pistola plantada por usted —insistió el sargento.

—¿Alguna prueba?

—No la necesito. Estaba usted a punto de volver a dejar caer la pistola dentro de la tubería cuando le hemos arrestado.

—Lástima —repuso casualmente Mason—. Debí permitir que arrojase de nuevo la pistola a la tubería para poder acusarme de algo concreto.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la alambrada.

—Vámonos, amigos.

El sargento Holcomb vaciló un instante y exclamó:

—Lárguese por esta vez, Mason, pero no irá muy lejos.

—No necesito ir muy lejos, sargento —replicó el abogado por encima del hombro.

Della Street y Paul Drake cambiaron sendas miradas y siguieron al abogado. El grupo de policías quedose junto a la conducción del agua mientras Mason, Drake y Della, alumbrando su camino con las linternas, cruzaban el húmedo campo en silencio.

—Hay que saltar la alambrada —murmuró Perry.

Ayudaron a saltar a Della y luego la imitaron aquél y el detective.

—Esto no me gusta, Perry —se quejó Drake—. Debimos quedarnos. Nadie sabe lo que esos tipos harán.

—Me importa un pepino lo que hagan —repuso Mason—. ¿Cuándo ha de llamarte tu agente, Paul?

—Dentro de unos veinte minutos.

—Vamos en busca de un teléfono.

—¿Quieres ver a Eversel? —se asombró Drake.

—Sí —afirmó el abogado—, y cuando llame tu agente, dile que tenemos que hablar con él. Iremos a la finca y él nos aguardará allá.

Condujeron unos minutos en silencio, hasta que Drake preguntó:

—Oye, Perry, ¿estamos en muy mala posición?

Mason sonrió antes de contestar.

—Obtendremos cierta notoriedad periodística. Confía en el sargento Holcomb.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿No harán nada respecto a esa pistola, acusándote de haberla plantado tú?

—Yo no planté nada, ¿verdad?

—No, pero esto no impedirá que el sargento...

—Olvidalo —sonrió de nuevo Mason.

—¿Aún no lo comprendes, Paul? —intervino Della Street—. Sabía que esos policías rondaban por allí.

Drake apartó los ojos de la calzada para mirar al abogado.

—¿De veras, Perry?

—Bueno —admitió el aludido—, cuando nos dirigimos al puerto y despistamos al coche que nos seguía, tuve la sensación de que el sargento Holcomb pensaría que nos encaminábamos al descampado. Aunque ignoraba qué clase de recibimiento nos preparaba.

—Pero ¿por qué has tenido que meter la cabeza en la boca del lobo? —se asombró Drake.

—¿De qué otro modo podía conseguir que la Policía considerase la posibilidad de que había en el caso más de una pistola?

—¿Sabías que estaba allí ésa?

—No lo sabía. Pero pensaba que podía estar.

—Bueno, me has dado un gran alivio —suspiró Drake—. Creí que te habían pillado desprevenido.

—Casi —rió Mason—. Y ojalá que la próxima vez no sea así.

—Paul —exclamó Della—, los optimistas nunca dejan de serlo.

Mason consultaba de vez en cuando su reloj.

—¿Qué te parece ese café, Paul? —preguntó al fin, indicando un establecimiento iluminado—. Supongo que tendrán teléfono ahí.

Drake redujo la velocidad del coche y lo llevó hacia la muestra de neón rojo.

—Sí —dijo—, hay un teléfono público. Ahí está la placa.

Mason volvióse hacia Della, sentada detrás.

—¿Qué tal ahora mismo un plato de sopa, Della? —preguntó.

—Estupendo —aplaudió la joven.

—Ea, a comer —exclamó Mason—. Cuando llame el agente, Paul, mantenlo en la línea y averigua quién está ahora en la finca.

—De acuerdo.

Entraron en el restaurante, se instalaron en una mesa para cuatro y pidieron sopa caliente y café. Paul Drake quiso también una hamburguesa.

—Estamos tomando la cena —sonrió Mason— a plazos esta noche.

—Quiero llenar bien el estómago —admitió Drake—, porque tengo entendido que en la cárcel la comida no es muy buena.

—Dicen que al cabo de poco tiempo te acostumbras —observó el abogado.

—Sí, lo sé. Los más duros son los primeros ocho o diez años.

Cuando Drake se hallaba a la mitad de su hamburguesa, Mason volvió a consultar su reloj.

—Paul, será mejor que llames a la oficina y averigües si ha llamado tu agente.

Drake asintió, apartó la silla de la mesa, penetró en la cabina de teléfono y estuvo allí tres minutos. Luego, abrió la puerta y llamó al abogado.

Mason fue hacia la cabina.

—Tengo a mi agente en la línea —le espetó el detective—. Los sirvientes de la finca han vuelto a salir. El jardinero está en cama. Mi agente nos esperará en la verja.

—¿Conoces el camino? —preguntó Mason.

—Sí.

—Está bien, vámonos.

—Tardaremos unos veinte minutos en llegar allí —reflexionó Drake. Repitió las mismas palabras por teléfono y añadió—: Será mejor que bajes pronto a la verja. Hasta luego, MacGregor.

Colgó el aparato y volvióse hacia Mason.

—Bien, Perry —dijo—, si ocurre algo y atrapan a mi muchacho, esto lo estropeará todo. No tendremos ninguna otra oportunidad de plantar allí otro agente.

—Lo sé —admitió Mason—, pero hemos de correr ese riesgo. Por suerte, me gusta correr riesgos.

—Por desgracia lo sé —asintió Drake lúgubrementes.

Mason abonó la cuenta. Ya de nuevo en el coche, Drake preguntó:

—¿Cuáles son exactamente tus planes, Perry? No deseo criticarlos, pero por si la Policía estuviese ya allí, me gustaría saberlo por anticipado. Mi corazón no resiste dos sobresaltos seguidos.

—Oh, no temas —le animó el abogado—. No creo que la Policía vuelva a seguirnos esta noche. Lo peor que podemos esperar es ser arrestados por asalto nocturno.

—¡Perry! —gritó Drake—. ¿No pensarás introducirte en la finca?

—Lo haré si puedo.

—¿Por qué, cielo santo?

—Porque hemos pasado por alto —explicó Mason—, uno de los detalles más significativos del caso.

—¿Cuál Perry?

—Que nadie oyó el disparo.

—¿Y qué? Mataron a ese tipo, ¿verdad? Su cadáver lo demuestra y también la declaración de Mae Farr.

—¿No se te ha ocurrido, Paul, pensar —replicó el abogado—, que si dispararon la bala en el mismo instante en que Anders estaba en el agua de la bahía, el ataque contra Wenworth fue calculado cronométricamente?

—Lo fue, ¿verdad?

—No lo creo —negó Mason—. Creo que no hubo tal disparo.

Drake frenó violentamente y volvióse a contemplar a Mason con incredulidad.

—¿Que no hubo tal disparo?

—Exactamente —asintió Mason plácidamente.

—Entonces... ¡Mae Farr miente!

—No necesariamente.

—¿Qué ocurrió, pues?

—Te diré algo más —sonrió Mason— cuando hayamos delinquido un poco asaltando esa finca.

—Dios mío, Perry —gruñó el detective—, debí comprender que cometerías una locura.

—No necesitas pasar más allá de la puerta —le advirtió Mason.

—Ya es demasiado —rezongó Drake, añadiendo poco después—: Sí, demasiado lejos.

Mason se recostó contra los almohadones del asiento, fijo sus ojos a través del parabrisas en la cinta de la carretera que iba viniendo hacia ellos. Della Street, en el asiento posterior, no se movía, mirando de cuando en cuando la nuca de Perry Mason, estudiando la postura de sus hombros y lo que alcanzaba a ver de su poderoso mentón. Drake, conduciendo cuidadosamente el automóvil, se entregaba a períodos de contemplación durante los cuales aflojaba considerablemente la marcha; después, volviendo en sí, aceleraba la velocidad otros diez a quince kilómetros por hora. Mason no daba señales de observar las irregularidades del chófer, y Della Street estaba rodeada de un completo silencio.

Drake torció a la derecha de la carretera, condujo varios kilómetros, torció a la izquierda y siguió un camino que bordeaba un sinuoso cabo de tierra. A la izquierda podían distinguirse las luces relucientes de una población y varios caminos llanos de tráfico. A la derecha, ocasionalmente vislumbres de agua iluminada por la luna se disolvían en magníficas vistas del océano, cuando la carretera de segundo orden ascendía por encima del cabo.

Drake fue reduciendo la marcha hasta conducir sólo a cuarenta kilómetros por hora.

—Por aquí hay un sendero —dijo—. Yo...

Calló y giró el coche a la izquierda, y el vehículo empezó a traquetear, permitiendo a sus ocupantes divisar los aleros del tejado de una casa recortada contra el cielo, una extensión de seto y poco después, alumbrada por los faros, la barrera de la verja de hierro que cruzaba otro sendero.

Drake apagó los faros, y encendió las luces de situación.

—Bien —anunció—, hemos llegado.

—¿Estará por ahí tu agente? —preguntó Mason.

—Sí. Allí está.

En la oscuridad se divisaba la punta encendida de un cigarrillo.

Un momento después, un individuo ataviado con ropas groseras y ligero acento escocés, murmuró:

—Llegan un poco tarde.

—¿Hay alguien por ahí? —indagó Drake.

—Nadie.

Mason estudió el rostro del agente del detective, y apagó todas las luces del coche, mientras Drake presentaba el agente a Della y al abogado.

—¿Qué desean saber exactamente? —preguntó MacGregor.

—Quiero entrar en la casa —repuso Mason.

Hubo un momento de silencio incómodo.

—Temo que será un poco difícil —musitó MacGregor.

—¿Mucho?

—Mucho. El viejo Angus se acuesta temprano, pero siempre lee una o dos horas antes de apagar la luz. Además, tiene el sueño muy ligero.

—¿Dónde duerme?

—En un barracón cerca del hangar.

—¿Tiene usted llave de la cancela?

—Oh, no. Yo soy solamente ayudante de jardinería y duermo en un cuchitril del sótano.

—¿Está abierta la puerta del sótano de la otra parte de la casa? —preguntó Mason.

—Podría entrar por allí. Naturalmente, si me pillan me despedirán. Entonces, puedo enseñar mis credenciales y demostrar que soy un detective privado, o dejar que me manden a la cárcel por asalto y nocturnidad.

—¿Sabe cuánto tiempo estará fuera la servidumbre?

—No regresarán hasta la una o las dos. El chófer los ha llevado a ver una película a la ciudad. Y sólo Dios sabe cuándo vendrá Eversel.

—¿Suele enviar a los sirvientes fuera, cuando proyecta pasar la noche fuera de casa?

—No, la otra noche no lo hizo —negó MacGregor—. Pero lo hace a menudo.

—Bien —sonrió Mason—, correremos el riesgo.

—No pueden dejar aquí el coche —advirtió MacGregor—, y yo no puedo pasar la verja. Tendrán que llevarlo a la carretera.

—Yo lo llevaré —se ofreció Drake.

—¿Y te quedarás en él? —preguntó Mason.

Drake respiró hondamente.

—No, Perry —murmuró—. Me quedaré contigo hasta el final. No me gusta, pero tal vez necesites mi apoyo moral.

Mason miró inquisitivamente a Della Street. A guisa de respuesta, la joven abrió la portezuela y saltó del coche.

—Te aguardaremos aquí, Paul —decidió.

—Della —musitó Mason—. No sé qué nos aguarda. Esto puede resultar peliagudo y hasta peligroso.

—Lo sé —asintió ella, en un tono que zanjaba por completo toda discusión.

Drake hizo girar el coche. Mason se reunió con Della Street en el sendero, tras cerrar la portezuela.

—No hagas más ruido del necesario, Paul —le recomendó al detective.

—No hay peligro —le tranquilizó MacGregor—. Por aquí vienen muchos autos las noches de luna, no en gran cantidad pero sí los suficientes para que el viejo Angus se haya acostumbrado a oírlos largarse cuando ven que las verjas están cerradas.

Bruscamente, Mason corrió hacia el coche y se asomó al interior.

—Pensándolo bien, Paul —murmuró—, será mejor que te quedes en el coche y que te lleves a Della.

La joven sacudió negativamente la cabeza.

—¿Por qué no?

—Puede usted necesitar un testigo —explicó ella—. Me quedo con usted, jefe.

—Bien —díjole Masón a Drake—, vuelve a la carretera, conduce unos trescientos metros, para el auto, apaga las luces y espéranos. Si todo va bien, nos reuniremos contigo dentro de media hora. Si al término de ese tiempo no tienes noticias nuestras, regresa a la ciudad.

—Si puedo ayudarte en algo, Perry —tartamudeó el detective—. Yo...

—No, vete —le cortó Mason—. No sé qué ocurrirá. Ya tengo a MacGregor. Él nos echará una mano en caso necesario. Es mejor que tú te quedes entre bastidores, Paul. Y arranca ya. El tiempo es muy valioso.

—De acuerdo. Treinta minutos.

El auto se puso en marcha.

Mason volvióse a MacGregor.

—Vamos —ordenó.

—Pasaremos por una brecha que hay en el seto a unos veinte metros de aquí.

Arrojando sombras negras y grotescas contra la luz de la luna, los tres avanzaron quedamente a lo largo del seto.

MacGregor les condujo a la brecha. Ya dentro del parque, se detuvo a escuchar y susurró:

—¿Adónde quieren ir?

—A la habitación adonde fue Eversel cuando regresó a la casa aquella noche —repuso Mason—. Paul me dijo que era un cuarto oscuro.

—Sí. La equipó de este modo. Allí hay muchas cámaras y otros aparatos de fotografía.

—Pues vamos allá.

—¿He de acompañarles hasta allá? —preguntó MacGregor.

—Sí.

—No hagan ruido —les previno el escocés—. Si encienden las linternas, disimulen la luz con la mano, dejando solamente los rayos de luz por entre los dedos. Angus podría ver la luz reflejada en su ventana.

—Está bien —murmuró Mason—. Vamos.

Cruzaron un patio alumbrado por la luna y penetraron en el sótano por una puertecilla. MacGregor los guió hasta un tramo de peldaños de cemento. La puerta en lo alto de la escalera estaba abierta. Penetraron en un pasillo, pasaron por una cocina, y llegaron a otro tramo de peldaños situados al fondo de la casa. MacGregor los llevó a un pasillo superior y hasta otra puerta.

—Aquí está el cuarto —anunció—. No enciendan luces.

—De acuerdo —asintió Mason.

—¿Dónde les aguardo? —quiso saber MacGregor.

—En la planta baja —replicó Mason—, donde pueda vigilar y regresar a su habitación si ocurre algo. Si alguien entra en el parque, golpee la puerta más cercana fuertemente y váyase a su habitación. Mantenga bien abiertos los oídos. Si oye algún barullo, acuda corriendo y represente el papel del criado que estaba

dormido, lo ha despertado el ruido, y es leal a su amo... a menos que yo le avise lo contrario. En cuyo caso, aceptará mis órdenes.

—Está bien —concedió MacGregor—. Golpearé la puerta de la cocina. Si está atento, usted lo oirá desde aquí.

—Estaré atento —prometió Mason.

MacGregor retrocedió por el pasillo. Mason giró el pomo de la puerta y ambos penetraron en el cuarto.

Evidentemente, se trataba de un dormitorio pequeño. Pero lo habían cambiado por completo. Las ventanas estaban oscurecidas. Una batería de interruptores conducía a pantallas, cámaras ampliadoras, cajas llenas de frascos, lavadoras eléctricas y secadoras. Los estantes estaban repletos de aparatos fotográficos. A lo largo de todo el cuarto corría una piletta, dividida en varios sectores para el revelado, el fijado y el lavado. Otra estantería contenía productos químicos en frascos graduados.

—Creo que podemos encender la luz —murmuró Mason—. Esta habitación está construida a prueba de luces, Della.

Experimentó con varios interruptores y al final encontró uno que produjo una luz blanca.

—¿Qué busca, jefe? —preguntó Della.

—Creo que vinieron aquí a revelar una foto —respondió el abogado—. Una vez revelada, probablemente sacaron copia en una ampliadora. Miremos por aquí a ver qué encontramos.

—Aquí hay un archivo de negativos, jefe —musitó Della de pronto.

—¿Cómo están archivados? —inquirió Mason—. ¿Por fechas o temas?

—Por temas y por orden alfabético.

—Esta habitación está demasiado bien ordenada para ser un cuarto oscuro perfecto —gruñó Mason—. Busque una papelera, Della. Caramba, este cuarto parece no haber sido usado al menos en un mes, y sin embargo aquí tuvieron que revelar una foto.

—¿Cree que Eversel lo mató? —se interesó Della.

—No lo sé.

—¿Y Mae Farr, jefe? ¿Se tragó usted su historia?

—No existe motivo particular para lo contrario —repuso Mason con gravedad—. Sí, vino al despacho con una mentira ingeniosa... pero es nuestra cliente, Della. Un abogado no puede impedir que los

clientes le mientan, pero esto no le inhibe de las responsabilidades éticas de la profesión.

—¿Cree que ella...?

—Siga.

—Oh, no sé... —concluyó Della—. Olvídelo. Y veamos qué encontramos aquí. Más tarde ya hablaremos sobre Mae Farr.

—Estamos atrapados antes de empezar —rezongó Mason—. Jamás vi una habitación tan ordenada.

—Podríamos buscar entre esos negativos —propuso la secretaria.

—Sí, pero no creo que hallásemos nada útil.

—¿Qué es aquello que parece un camión de juguete? —preguntó de pronto Della.

—Una ampliadora horizontal —explicó Mason—, con condensador de nueve pulgadas, para aceptar un negativo de cinco por siete. La pantalla que hay en la guía sostiene el papel a ampliar. Busquemos el interruptor de esta ampliadora, Della.

Mason probó varios interruptores situados cerca de la mesa de trabajo, encendiendo una luz roja de una impresora, luego otra blanca y, al tercer intento una lámpara de la ampliadora.

Della Street soltó un involuntario respingo.

En la superficie blanca del caballete que sostenía el papel ampliador, habían arrojado la imagen de un negativo ampliado, mantenido en la cámara amplificadora. Salvo por el hecho de que los blancos y los negros estaban invertidos, parecía que estuvieran mirando la foto a través de la claraboya de un yate hacia el camarote de abajo.

Un hombre, con el rostro medio vuelto como mirando hacia arriba, estaba forcejeando con una mujer, cuyo semblante quedaba oculto. Parte de su cuerpo se hallaba cubierto por el del hombre. Sus brazos y piernas se hallaban en movimiento suspendido, como si las figuras se hubieran trocado en estatuas, súbitamente.

—Aquí está, Della —exclamó Mason.

—No lo entiendo, jefe.

—Wenworth —explicó Mason— no recibió ningún disparo cuando luchaba con Mae Farr. Lo que ésta vio, no fue el fogonazo de un disparo sino el de un *flash* sincronizado con el disparador de una cámara. Esos *flash* son instantáneos, apenas un estallido de luz

sincronizado con la fracción de segundo en que funciona la cámara.

—Entonces...

—Entonces Eversel tomó la foto —continuó Mason—. Y ya puede imaginarse de quién la tomó y para quién.

—¿Y por esto nadie oyó el disparo?

—Por eso.

—¿Hace mucho que lo sabía usted, jefe?

—Lo sospechaba —asintió Mason—. Diantre, me gustaría mezclar un revelador, ponerlo en una hoja de papel de bromuro, y sacar la impresión de este negativo. Podríamos...

Sus palabras se vieron interrumpidas por el estampido de un portazo en la planta baja.

Mason miró a Della Street.

—Por si no lo sabe —murmuró—, esto es un asalto nocturno.

—Claro que lo sé —repuso ella con fingida indignación—. ¿Por qué, si no, he trabajado en el bufete de un abogado?

Mason sonrió, hizo correr la platina de la ampliadora, sacó el sostén del negativo, quitó éste, y se lo metió en el bolsillo. Apagó las luces y susurró:

—Bien, vámonos.

Recorrieron el pasillo de puntillas hasta la escalera trasera, y bajaron hasta la cocina del sótano.

MacGregor les aguardaba al pie de la escalera.

—Eversel ha entrado con el coche en el garaje —murmuró.

—¿Puede hacer salir de la casa a la señorita Street? —preguntó Mason.

—No sé —vaciló MacGregor—. Podré hacerlo si algo mantiene ocupada la atención de Eversel. Pero si se asoma a la ventana, estamos perdidos. Brilla la luna.

Mason sacó el negativo de su bolsillo.

—Deme su bolso, Della.

La joven obedeció. Mason metió el negativo entre las hojas del cuadernito de taquigrafía que la secretaria siempre llevaba consigo.

—¿Sabe qué ha de hacer con esto?

—Lo que hubiera querido hacer arriba, ¿verdad?

—Sí. Háganlo usted y Drake. Del mayor tamaño posible. Me reuniré con ustedes en la ciudad.

—¿Qué va a hacer usted?

—Efectuar una visita social. Volveré, no tema.

Mason le hizo una seña a MacGregor.

El escocés les guió hasta la puerta del sótano. Mason rodeó calladamente la casa. MacGregor aguardó su señal para cruzar el patio.

En la parte delantera de la casa había luces. Mason, doblando la esquina, le hizo una seña a MacGregor, ascendió los peldaños de mármol y tocó el timbre.

Por un momento no hubo respuesta, y al fin Mason oyó el ruido de unos pasos rápidos en el vestíbulo. Retrocedió un poco para mirar hacia el parque iluminado por la luna. Vislumbró dos sombras que se dirigían velozmente hacia la brecha del seto. Miró hacia el océano. En una construcción baja, situada al extremo del garaje, vio unas luces que luego se apagaron. Después oyó el rumor de una puerta corrediza al cerrarse.

Bruscamente, el porche quedó inundado de luz. Se abrió una mirilla. Mason adivinó un par de ojos que le miraban fijamente.

—¿Quién es usted —inquirió una voz ominosamente serena—, y qué quiere?

—Me llamo Mason —se presentó el abogado—, y quiero hablar con usted.

—¿Perry Mason, el abogado?

—Sí.

—¿De qué quiere hablar conmigo?

—Respecto a Penn Wenworth.

—No quiero hablar de él con usted.

—Oh, sí —sonrió Mason.

—Pues no —dijo la voz—. Ésta es una casa privada. Y no permitimos extraños. Le concedo treinta segundos para que salga de aquí. Al final de este plazo llamaré a la Policía.

Las luces del porche se apagaron. Al cabo de un instante, quedó la casa en tinieblas. Mason continuó de pie ante la puerta, sólo iluminado por la luna.

—Muy bien —dijo al cabo de unos segundos.

Dio media vuelta, bajó y en vez de dirigirse directamente al seto, giró a la izquierda y fue rápidamente hacia el hangar.

Estaba casi en la puerta cuando oyó un portazo a sus espaldas y pasos que corrían sobre el sendero de gravilla.

Mason penetró en el hangar. Su linterna exploró el interior, dejando ver un aeroplano anfíbio blanco. Sentada en la carlinga se hallaba una mujer joven y hermosa, de piel olivácea y ojos negros.

Mason trepó a un costado del avión y abrió la portezuela.

—Me ciegas con esta luz, querido —murmuró la joven, en son de reproche.

—Lo siento, señora Wenworth —replicó el abogado.

Al sonido de su voz, la mujer se envaró. Mason vio que los labios le temblaban de emoción. Se abrió de nuevo la portezuela y sonó la voz de Eversel.

—¡Salga de aquí!

Mason continuó tranquilamente sentado.

—¡Salga de aquí! —repitió Eversel.

Juanita Wenworth encendió las luces de la avioneta, iluminando la carlinga y dejando ver a Eversel, un joven gigante bronceado, de ojos castaños y excitados, empuñando un revólver con la mano derecha.

—Aparte el revólver —aconsejó Mason—. ¿No cree que ya hemos jugado demasiado con armas?

—Estamos en mi casa —recordó Eversel—. Y le ordeno que se largue. De lo contrario, le trataré como a un ladrón vulgar.

—No se lo aconsejo —advirtió Mason—. Está usted metido en un buen lío. Un testigo le ha identificado a usted como el hombre que subió a bordo del yate de Wenworth poco antes del disparo.

Mason se retrepó en el asiento.

—Esto es mentira —tronó Eversel.

Mason se encogió de hombros.

—Por favor, Sidney —suplicó Juanita Wenworth—, nada de peleas.

—Bien, ¿qué quiere? —preguntó Eversel al cabo de un momento.

—Una declaración completa —pronunció Mason—, admitiendo que usted subió a bordo del *Pennwent* mientras Mae Farr estaba luchando con Penn en el camarote.

—Yo no estuve allí —negó el gigante.

Mason arqueó las cejas.

—Después, usted cogió el avión y salió volando hacia San Diego.

—¿Y qué? Es una avioneta particular y puedo ir adonde me

plazca.

—Un anfibio, ya lo he observado —asintió Mason casualmente—. Mientras usted volaba hacia San Diego, tal vez sobrevoló el *Pennwent* y miró al interior iluminado del camarote, ¿eh?

—¿De qué diablos habla?

—Sólo interrogo.

—Pues no lo haga. No es saludable.

—¿Sabe, Eversel? —continuó el abogado con tono ligero—. Tengo una idea muy especial respecto a lo que sucedió a bordo del yate. Usted es un gran aficionado a la fotografía. Y fue muy gracioso lo del disparo. Nadie lo oyó.

—¿Qué hay de extraño en ello? —se enfureció Eversel—. La gente de los yates siempre está de fiesta y no le da importancia a una detonación que, al fin y al cabo, puede ser un taponazo de champaña.

—Bien, Eversel —replicó Mason—, también pudo ser el fogonazo de un *flash* lo que Mae Farr tomó por un disparo. Wenworth comprendió que estaba atrapado tan pronto vio que le habían sacado una foto. Corrió a la parte posterior del camarote y mantuvo cerrada la puerta mientras se vestía. Tal vez creyó que se trataba de una redada.

—Supongo que usted ha imaginado ese cuento para sacar con bien a Mae Farr, su cliente, Mason —se burló Eversel.

—Esa joven es un poco aventurera, a mi entender —comentó Juanita Wenworth.

—Bueno, sólo era una idea —repitió Mason, casi disculpándose.

—Una idea que no ha dado resultado —gruñó Eversel—, y si se atreve a insinuar tal cosa en el tribunal, le demandaré por calumnias.

—Claro —prosiguió Mason con ligereza—, usted esperaba que tan pronto como Wenworth comprendiese toda la trascendencia de lo ocurrido, decidiría ponerse en contacto con su esposa y cedería en todas sus peticiones para el divorcio. Sabía que la foto era un tanto muy grave contra él.

—Está usted loco —exclamó Eversel.

—Usted y la señora Wenworth deseaban casarse —siguió Mason—. Y usted es un poco ambicioso. Wenworth no permitía que su esposa ganase el divorcio. Y ustedes dos estaban desesperados.

Tampoco podía usted permitir, que su nombre se relacionase con un escándalo.

—Repito que está usted loco.

—Creo que no fue sólo cuestión de dinero —prosiguió Mason calmosamente—. Probablemente también era cuestión de celos por parte del muerto. Estaba fascinado por la mujer con la que se había casado, la cual le despreciaba más cada vez —el abogado volvióse hacia la aludida y se inclinó respetuosamente—. Y al ver a la señora Wenworth comprendo muy bien los sentimientos de su marido.

—No sólo está usted loco —gritó Eversel—, sino que nos insulta. ¡Juro que no lo aguanto más!

—Mañana se verá la vista preliminar —anunció Mason—. Y mediante un entendimiento con el juez de paz, puedo citar a cuantos testigos considere yo importantes para el caso.

—Juanita estará allí —reconoció Eversel.

—Lo sé —observó Mason, sacando del bolsillo una citación doblada y entregándosela a Eversel—. Y usted también, amigo.

Eversel arrojó la citación al suelo.

—¡Nada de eso! —exclamó.

Mason se encogió de hombros.

—A su gusto —murmuró—. Pero reflexione si le conviene más asistir al juicio y contestar diversas preguntas rutinarias o que la gente se extrañe de su ausencia y el juez se vea obligado a citarle de otro modo.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó furioso Eversel—. ¡Es la obra de un abogado criminalista chanchullero!

—Deja que yo hable con él, Sidney —intervino Juanita Wenworth—. ¿Qué desea usted, señor Mason?

—Un trato justo para mi cliente —replicó el abogado—. Quiero que ustedes dos, asistan a la vista preliminar de la causa y declaren toda la verdad.

—¿Qué entiende por la verdad?

—Que no hubo ningún disparo cuando Mae Farr estaba en el yate, sino que el fogonazo se debió a una foto.

—¿Tomada por quién? —preguntó la señora Wenworth.

—Juanita, no... —masculló Eversel.

—Por favor, Sidney —le hizo callar ella.

—Por Eversel —contestó el abogado.

—El señor Eversel —explicó la mujer—, está en una posición muy importante. Forma parte de la junta de directores de un banco, de una compañía financiera y otras corporaciones de suma importancia. Y no puede permitirse el lujo de que su nombre se relacione con un asesinato.

—Tomar una foto no es necesariamente un crimen ni un delito —replicó Mason.

—Lo sería en su caso.

—¿Fue el temor al escándalo —inquirió Mason—, la presión que Wenworth ejercía sobre ustedes?

La mujer mantuvo fieramente la mirada de Perry Mason.

—Sí —dijo.

—¿Y qué querían ustedes?

—Dinero para mis padres —repuso la joven orgullosamente—. Sidney me ofreció... Bien, yo pude aceptar su dinero, pero soy tan obstinada como lo era Penn. Mis padres vivían en una gran hacienda en Méjico, pero aquel gobierno les arrebató las tierras, entregándoselas a los peones. Y quedaron empobrecidos. Era justo que Penn me concediese una pensión. Pero se aprovechó, amenazando con sacar a relucir el nombre de Sidney en el caso. Yo sabía que Sidney no podía soportar esa publicidad, y Penn también lo sabía. Además, le amenazó con demandarle por enajenación de efectos. Yo sabía como manejar a Penn. Sólo había un medio. Luchar con él y vencerle. De lo contrario, jamás haría una paz con nosotros.

—¿Y Eversel? —preguntó Mason—. ¿Qué pensaba?

—Eversel es impulsivo —explicó ella—. Y...

—Juanita, por favor, no me metas en esto —la interrumpió violentamente el joven—. Mason es un abogado astuto y te está tendiendo una trampa.

—La verdad nunca hiere —afirmó ella, añadiendo tras una pausa significativa—... y menos ahora.

—¿Se alegró usted de la muerte de su esposo? —insistió Mason.

—No me alegro de la muerte de nadie.

—¿Se sintió aliviada?

La joven miró directamente al abogado.

—Naturalmente. Aunque fue un golpe para mí. Penn tenía buenas cualidades, aunque más, malas. Deseaba dominar a la gente.

Deseaba tenerla entre sus garras, en su poder. Era un bruto... sobre todo con las mujeres.

—Bien —concluyó Mason—, ahí está su citación, Eversel. No dirá que no le he dado la ocasión de jugar limpio. Y ahora, si va a alguna parte, podría dejarme caer en algún aeropuerto donde coger un coche, y —añadió sonriendo—, cuando he dicho caer, ha sido en sentido figurativo.

—¡Váyase al infierno! —exclamó Eversel—. Regrese por donde vino.

—Mis amigos se han marchado —explicó Mason—. Pensé que tal vez tendría que aguardar toda la noche para entregarle a usted la citación.

Eversel le miró suspicazmente.

—Por favor, Sidney —suplicó la señora Wenworth—, podríamos dejarle en Los Ángeles. No querrás irte y dejarle aquí abandonado, ¿verdad?

Esta idea pareció inquietar bastante al joven.

—Por favor —añadió Juanita Wenworth, dedicándole una seductora mirada con sus ojos negros—. Yo lo sé mejor que tú, Sidney.

Eversel vaciló un instante, se metió el revólver dentro del bolsillo de la cadera del pantalón, se instaló en el asiento del piloto, se abrochó el cinturón de seguridad en silencio, y maniobró con el mecanismo de arranque del motor.

Dejó correr la avioneta por la pequeña pista trazada en el centro del parque y no pronunció una sola palabra mientras el motor se calentaba.

La señora Wenworth elevó su voz por encima del ruido del motor para hacerse oír.

—¿No cree, señor Mason, que sería mejor permitir que su cliente contara la verdad y se enfrentase con las consecuencias, en lugar de complicarnos a nosotros?

Mason se metió las manos en los bolsillos del pantalón, hundió la barbilla sobre el pecho y contempló hoscamente el piso del aparato.

—Esto es algo —gruñó— que también me ha pasado por la cabeza.

En aquel momento cobró altura el avión y las luces de Los

Ángeles empezaron a avanzar hacia ellos.

Capítulo XII

El amanecer halló a Perry Mason en los estrechos límites del despacho privado de Paul Drake, estudiando el papel granuloso de una ampliación con una lupa.

Drake, sentado al otro lado del escritorio, mascaba nerviosamente tres pastillas de chicle y contemplaba calculadoramente al abogado.

—Se trata de la mayor ampliación posible —explicó—, conservando todos los detalles. Observarás que el grano no es fino. El negativo era estupendo, pero lo hemos ampliado hasta el punto justo antes de la borrosidad. Cada una de esas impresiones representa sólo una cuarta parte del negativo.

—Entiendo —comentó Mason, sin levantar la mirada y continuando su paciente inspección con la lupa.

—Y esta otra —añadió Drake—, la ampliación de la foto entregada por mi amigo periodista, está ampliada a once por catorce, del negativo tomado después de llegar al muelle el *Pennwent*. Tuve suerte de conseguir esta foto. Y podía haber logrado ampliaciones mayores, pero habría tardado más.

—No tenemos tiempo —admitió Mason, añadiendo—: La vista preliminar está señalada para las diez de esta mañana.

—¿Qué buscas exactamente, Perry? —quiso saber Paul Drake.

—Busco un poco de suerte.

—¿Cuál?

—Esperaba encontrar una cosa en una foto que no estuviese en la otra.

—Te refieres a figuras, a personas...

—No, a cierta diferencia en los muebles —objetó Mason—. Por ejemplo, fíjate en ese cenicero. En la foto que Eversel tomó, hay

media docena de colillas. En esta foto tomada después de descubrirse el cadáver, sólo hay dos.

—Y bien, ¿qué hay de malo en ello? —inquirió Drake.

Mason sacudió la cabeza.

—La persona que comete un asesinato —dijo luego—, no se molesta en limpiar el lugar y vaciar un cenicero. Si lo hace es por algún motivo especial, y además no se queda en la escena del crimen a fumar dos cigarrillos.

—¿Adónde quieres llegar exactamente, Perry? —preguntó el detective frunciendo el ceño.

—Maldito si lo sé, Paul —confesó Mason—, pero trabajo sobre la teoría de la eliminación, y me gustaría hallar algo que respaldase mi idea. Si pudiese... Eh, ¿qué es esto?

La lupa se había estacionado sobre una parte de las ampliaciones.

Fuera los rayos del sol teñían de rosa la parte superior del edificio comercial, haciendo parecer la luz del despachito de Paul Drake más irreal y artificial que nunca.

La luz del amanecer, penetrando por el ventanal, dejaba ver el rostro del abogado ajado por el cansancio, así como el vello de su barba sin afeitar en veinticuatro horas.

—¿Qué pasa? —inquirió Drake.

Mason le entregó la foto, señalando un punto con el dedo.

—Mira esto, Paul.

El detective estudió el sitio indicado con la lupa.

—Vaya, esto no me dice nada, Perry —gruñó al cabo—. Es algo redondo dentro de un estuche, como una moneda rara. Ya sabrás que Penn Wenworth era coleccionista.

—Hum... —profirió Mason—. Supongamos que sea una moneda. No se trata de lo que es, sino de saber adónde fue a parar. Observa que en la otra foto este objeto no aparece, a pesar de que en ésta se halla en una estantería; además, hay algo a través de la tapa del estuche.

—Parece un cartucho —razonó Drake, estudiando la foto con atención.

—Sí, aunque no creo que lo sea —objetó Mason—. Recuerda, Paul, que esta foto fue tomada con un *flash*, lo cual torna la luz más dura, y que nosotros la hemos ampliado desde un negativo

pequeño. Aun así, esto no puede ser un cartucho de revólver. Si acaso de rifle, a juzgar por la longitud.

—Bien. ¿Por qué no?

—El rifle moderno —explicó Mason—, emplea cartuchos de cuello de botella. Esto más bien tiene el aspecto de un cartucho de revólver.

—¿No puede ser tan largo un cartucho de revólver? —insistió Drake.

—Sí, tal vez sí —vaciló Mason—, aunque más bien es una moneda grande, Paul. Ojalá pudiéramos ver más detalles.

—No es posible —reconoció el detective— saber de qué clase de moneda se trata.

Mason estrechó las pupilas.

—Esa moneda —murmuró—, ha de significar algo. Una cosa es cierta, Paul. Wenworth no fue asesinado en el momento que supone la Policía. No. Tuvo tiempo de vestirse, de vaciar el cenicero, de soltar las amarras, de poner en marcha el motor y de salir a alta mar.

—Alguien lo hizo por él, Perry —arguyó Drake—. No es posible que nadie mate a otro dentro de un yate en alta mar, sin señales de lucha. Y un individuo ciertamente no permitiría que otro subiese a bordo ni...

—A un desconocido no —replicó Mason—. Un amigo sería distinto.

—Bien, supongamos que tienes razón —concedió el detective—. No entiendo la relación con esa moneda.

—Me gustaría poder registrar el *Pennwent* de proa a popa para ver si encontramos esa moneda.

—Lo han pasado con peine y cepillo —recordó Drake—. El Departamento de Homicidios posee un inventario de todo lo que encontraron. Puedo averiguar si hallaron esa moneda.

—Sería una suerte —exclamó Mason, animadamente—, porque se trata, con toda evidencia, de un estuche con una tapa de bisagra. Lo cual significa que es una moneda valiosa. Casi se ve el dibujo, Paul. Hay algo a través, unas líneas cruzadas... algo.

—Hum... —asintió Drake—, probablemente como un escudo de armas.

—Si pudiésemos... —reflexionó Mason, sin terminar la frase—.

Tal vez nos daría una pista.

Hubo una llamada a la puerta.

—Adelante —gritó Drake.

Uno de sus agentes se asomó al despacho.

—¿Desea ver los periódicos? Hay muchas noticias... referentes al señor Mason.

El abogado se enderezó.

—Será un cambio para mis ojos —sonrió—. ¿Qué dicen de mí?

—Casi todo —repuso el agente, con una mueca—. Usted parece culpable de todo, menos de asesinato, incluyendo el soborno a un testigo para que abandonase el país.

—¿Soborno a un testigo? —repitió Mason en el colmo de la extrañeza.

—Sí, una tal Hazel Tooms. La Policía sostiene la teoría de que alguien que deseaba quitarla de en medio le entregó quinientos dólares para que marchase lejos. La joven lo admitió ante la autoridad, cuando le entregaron una citación.

—¿Mencionó mi nombre?

—No precisamente.

Mason extendió el periódico sobre la mesa y leyó:

LAS AUTORIDADES AFIRMAN QUE HAN COGIDO IN FRAGANTI A UN
ABOGADO.

LA POLICÍA DECLARA QUE UN CONOCIDO ABOGADO INTENTÓ
PLANTAR UNA PISTOLA COMO PISTA FALSA.

Mason volvióse hacia Paul, sonriendo ampliamente.

—Bien, Paul, por lo visto somos noticia —dijo. Drake señaló un párrafo a mitad del artículo.

—Mira esto:

«Las citaciones para el gran jurado han sido entregadas para el día de hoy. La Policía ha insistido en que el gran jurado efectúe una severa investigación de las actividades de un abogado cuyos métodos poseen una excesiva originalidad dramática, sin adherirse a los convencionalismos de la ética rutinaria. Se rumorea que una agencia de detectives que subsiste principalmente como investigadora de dicho

abogado, también será sujeta a una completa investigación. Si no se producen acusaciones criminales, la Policía estima que se tomarán medidas para impedir la renovación de la licencia a dicha agencia.»

Mason volvió a sonreír.

—¿Nos desayunamos, Paul? —inquirió.

—Hace cinco minutos hubiese dicho que tenía apetito —replicó el detective—. Pero ahora no me pasaría ni un bocado. ¡Dios mío, Perry! Esperaba que supieses contestar a todas estas acusaciones.

—Tenemos bastantes datos para continuar, Paul —le tranquilizó Mason—. Ahora sólo necesitamos meditar un poco. Me daré un baño turco, me afeitaré, me desayunaré y nos veremos en la vista preliminar.

—¿Qué sucederá allí? —quiso saber Drake.

—El juez de paz, Emil Scanlon, es un hombre justo. No le gusta que sus casos salten a los periódicos. En vista de estas acusaciones, me concederá todas las oportunidades para que interrogué minuciosamente a mis testigos.

—¿Y qué hará el fiscal?

—Tendrá las mismas oportunidades que nosotros —replicó Manson.

Drake se pasó una mano por el cabello.

—Y yo soy un testigo —gimió—. Y te tendré a ti y a él subidos a mi espalda.

Emil Scanlon era un juez de paz único, con sentido de lo dramático y del humor, y un deseo de administrar justicia a toda costa. Su filosofía básica de la vida le hacía sentir gran simpatía hacia los vivos, y observar cierto despeggo respecto a los muertos. Aceptando su oficio conscientemente, creía ser el representante legal de unos y otros.

Scanlon había empezado como jugador profesional de pelota base, de gran destreza, retirándose al sur de California después de una lesión que acortó sus días de jugador a los veinticinco años. La primera vez que se presentó a elecciones fue elegido juez de paz, y llevaba ya muchos años en el cargo, cuando California sustituyó los jueces municipales por jueces de paz en las grandes ciudades; y aunque carecía de antecedentes y estudios legales, la nueva ley de

educación le permitió ser reelegido como juez de paz año tras año ante la consternación de una sucesión de fiscales e impacientes abogados jóvenes diplomados que luchaban contra los primeros.

Scanlon contempló a Mae Farr cuando la joven tomó asiento a la mesa de Perry Mason, para una conferencia susurrada, y decidió que no presentaba el tipo de una asesina a sangre fría, como afirmaba el fiscal. Su conocimiento de Perry Mason se basaba en varios contactos personales, en vistas preliminares de carácter dramático, en que Mason, empleando su ingenio y su fría lógica, así como sus métodos anticonvencionales, había resultado siempre vencedor después de estar a punto de salir mal parado ante la ley.

No había nada en la voz o el rostro de Emil Scanlon que reflejase la determinación que cristalizaba en su cerebro y que, aunque la vista durase toda la noche, era que las partes en liza tuviesen un trato justo y equitativo.

Mae Farr le susurró su confesión a Perry Mason.

—Me porté muy mal con usted. Le mentí la primera vez que acudí a su despacho y le he seguido mintiendo. Cuando usted no encontró la pistola de Hal donde él la había arrojado, creí que él me había engañado, recogiendo la pistola y llevando el *Pennwent* a alta mar para lanzarla allí, y regresar en el bote del yate de Wenworth.

Mason calló.

—Entonces, cogí el yate de Marley y fui en busca de Anders.

—¿Le encontró usted?

—No, aunque le busqué poco tiempo porque me convencí de que habían notificado el asesinato a los guardacostas, y que éstos me estaban buscando.

—¿Qué le hizo pensar tal cosa?

La joven meditó un instante.

—No lo sé... aunque lo supongo. ¿Qué otro avión se habría tomado tanto interés por el yate? Y Hazel Tooms me vio cuando llegué al muelle con el yate de Marley. Además, tengo entendido que Marley hizo que un experto buscara mis huellas dactilares en el timón y la válvula obturadora. Bien, supongo que esto es el fin.

Hal Anders, alto, atezado y muy angustiado, se acercó a Mae Farr.

—Lo siento, Mae —murmuró sencillamente.

La muchacha le miró con vacilación.

—El fiscal ha sobreseído mi caso —explicó el joven—. No sé qué significa esto.

—Significa que ahora se concentran sólo en mí.

—Era mi pistola la que encontraron en la conducción del agua —continuó Anders—. Creyeron que Mason la había plantado allí, pero al comprobar la numeración vieron que me la habían vendido directamente a mí y hallaron otras pruebas. Ignoro exactamente cuáles, pero han sobreseído mi causa.

—Esto es estupendo —murmuró Mae—. Felicidades. Te has librado de una experiencia muy desagradable, gracias a los consejos de tu competente y ético abogado de la familia.

—Por favor, Mae, no hables así.

La joven le volvió el rostro.

Anders, consciente de que los ojos de los espectadores estaban fijos en él, sabiendo que los periodistas y fotógrafos concentraban en él los bolígrafos y las cámaras, se inclinó hasta que sus labios casi tocaron las orejas de Mae Farr y Perry Mason.

—Por favor, Mae, escúchame. Hice por ti una cosa. Y sin consejo de nadie. Me puse en contacto con Hazel Tooms esta madrugada. No vendrá. Se halla en un avión camino de Méjico, donde tiene un amigo que posee un yate. Zarparán rápidamente para un crucero hacia... cito sus propias palabras, un destino desconocido.

La expresión de Mae Farr mostró suma incredulidad.

—¿Tú hiciste eso?

Las pupilas de Mason se endurecieron. Luego, miró al joven con clara hostilidad.

—Supongo que comprende que me acusarán de esto —gruñó.

—Oh, no —exclamó Anders—. Si llega el caso, yo mismo proclamaré la verdad.

—Ya he inspeccionado el cadáver —dijo de pronto el juez Scanlon—. El forense ha indicado el curso de la bala y la causa de la muerte. Un disparo de pistola a la cabeza. Esto está tan claro que no es preciso que el doctor acuda al estrado.

El juez se aclaró la garganta y paseó su mirada de Perry Mason a Oscar Overmeyer, comisario del fiscal, y a Carl Runcifer, que representaba al fiscal.

—El procedimiento será breve e informal —continuó—. Nos atendremos a los hechos. No quiero demoras. No quiero

argumentaciones legales. Si creo que ello ha de servir para apresurar la vista y llegar al fondo de la verdad, yo mismo interrogaré. No habrá contrainterrogatorios dramáticos para que los señores letrados luzcan sus habilidades; pero si los representantes de las partes interesadas desean hacer preguntas con el propósito de aclarar algún punto, explicar o demostrar un hecho que los testigos no hayan establecido plenamente, permitiré dichas preguntas.

Carl Runcifer empezó a objetar contra los procedimientos carentes de ortodoxia del juez, pero Overmeyer, que conocía ya a Scanlon, le empujó hacia el asiento.

El secretario de la sala subió a su estrado y le entregó al juez una nota.

Esto le dio tiempo a Sidney Eversel de acercarse con paso militar a Perry Mason.

—Supongo que se cree muy listo, ¿eh, abogado?

—¿Qué hay ahora? —se amoscó Mason.

—Esta madrugada descubrí el verdadero objeto de su viaje a mi finca —repuso el otro—. Usted creyó que mantendría la boca callada y que podría extorsionarme, obligándome a obedecerle en todo y por todo, a cambio de no proclamar mi secreto. Para que lo sepa, me fui al momento a la Policía y hablé con la fiscalía. Me aconsejaron que le demandase como acusado de robo con escalo por haberme quitado el negativo. Sólo nos faltan pruebas absolutas. Exhiba el negativo, Perry Mason, y acabará en la cárcel. Y eso es lo que deseo fervientemente.

Juntó los tacones, dio media vuelta y se alejó.

Mason se aproximó a Mae Farr.

—Bien, usted siempre afirmó que Anders era demasiado conservador y que jamás haría nada sin aconsejarse. Al parecer ha cortado las cintas del delantal con unas tijeras muy afiladas. Les dejaré solos unos instantes para que se peleen.

Se puso en pie y recorrió el pasillo central ante la curiosa mirada de los espectadores para sostener una conferencia en voz baja con Paul Drake y Della Street.

—¿Has llamado al despacho, Paul?

—Hace un minuto. Tengo ya el último informe, pero no significa nada. Simplemente, no hallamos nada contra Hazel Tooms. Al parecer, es una chica moderna y amante de todos los deportes al

aire libre.

—Eso me dijo ella —concedió Mason—. ¿Dónde está ahora, Paul?

—Tiene una citación —repuso el detective—. Ha de estar aquí. Dios mío, Perry, no la habrás enviado fuera del país, ¿verdad?

—No. Personalmente, preferiría que estuviese aquí.

—¿Qué tal está el asunto? —se inquietó Della.

Los ojos de Perry Mason relucieron peligrosamente.

—Peor que el infierno, Della —replicó—. Eversel se revistió de valor y acudió a la Policía, diciendo que le habían robado un negativo, y evidentemente contando todo lo referente a la foto. Lo cual coloca a Mae Farr en muy mala posición. La Policía afirma ahora que ella poseía una pistola propia, que fue al Yacht Club, que cogió el yate de Marley, que corrió en busca del *Pennwent*, que mató a Wenworth, que volvió al Yacht Club, que fue con su coche al lugar donde Anders había arrojado la pistola a la zanja, y que dejó caer dentro la verdadera pistola del crimen, donde sería encontrada tan pronto se evaporase el agua.

—¿No es un caso muy poderoso contra ella, Perry? —se angustió Drake.

—Muy poderoso —admitió Mason con sequedad—. No había contado con que Eversel superase su miedo a la publicidad. Aparentemente, desea conseguir mi pellejo. Informó del robo del negativo a la fiscalía. Naturalmente, esta prueba les proporciona una nueva visión del caso. Por esto han dejado en libertad a Anders. Ahora se concentran en Mae Farr... y en mí.

—¡Contra ellos, jefe! —proclamó Della Street—. ¡Despelléjeles usted!

Mason sonrió.

—No sé hasta dónde podré llegar. Sin embargo, escondi un as bajo la manga. Si puedo jugarlo en el momento oportuno y de la manera más apropiada, probablemente saldré bien librado. Si no, estoy atrapado.

—¿Qué as? —se interesó Drake.

—Es un presentimiento —masculló Mason—. Pondré un testigo en el estrado sin saber por anticipado que va a declarar. Si dice lo que pienso, la evidente sorpresa quedará registrada en el rostro del juez de paz. De lo contrario, parecerá un intento desesperado de

salir del atolladero.

—Diablos, Perry —exclamó Drake—, te expusiste demasiado por apoderarte del negativo. ¿Por qué tienes que violar siempre la ley para lograr justicia para tus clientes?

—Maldito si lo sé, Paul —sonrió Mason—. Es mi modo de obrar. Cuando desentraño un misterio no tengo freno. Y cuando lo piso, me equivoco y aceleró aún más.

—Ya lo sé —gimió Drake.

—En realidad, jefe —intervino Della—, yo fui la que cogió el negativo. No pueden cargárselo a usted.

—Usted actuó bajo mis órdenes, Della —le recordó Mason, sonriendo—. No se meta en esto.

—Oh, no —insistió ella—, quiero compartir la responsabilidad.

Emil Scanlon había terminado de leer la nota, y de susurrarle instrucciones al secretario.

—Muy bien —proclamó—, procederemos con la vista preliminar del caso del Pueblo contra Mae Farr.

Oscar Overmeyer se puso de pie.

—Con el permiso del tribunal —dijo—. Comprendemos el deseo de su señoría de conseguir una vista informal y breve. Sin embargo, en las últimas horas, diría mejor en los últimos minutos, la fiscalía ha entrado en posesión de una prueba que materialmente cambia toda la complejidad del caso.

El juez le miró con cierta sorpresa.

—Nos hallamos preparados a demostrar, mediante testigos, que el asesinato no tuvo lugar cómo se supuso al principio. En realidad, podríamos hablar de un crimen aplazado. Lo que Harold Anders tomó realmente por un disparo, y lo que Mae Farr tomó por el resplandor de un arma de fuego, sólo fue la explosión de un *flash* fotográfico.

Se produjo cierta conmoción en la sala.

—Comprendemos que el señor juez desee llevar esta vista lo más aprisa posible. Por este motivo, llamaremos a nuestro primer testigo, Sidney Eversel, llamando al mismo tiempo la atención del señor juez sobre el hecho de que la declaración de dicho testigo será tan primordial, diría tan espectacular, que cambiará completamente nuestro orden de llamada de testigos.

Scanlon frunció el ceño un instante, miró furtivamente a Perry

Mason y, al no encontrar objeción en su expresión, aprobó:

—Muy bien, a fin de llegar al fondo de este caso lo antes posible, puede la acusación llamar a Sidney Eversel.

Sidney avanzó hacia el estrado y prestó juramento.

—¿Sabe usted algo de este asesinato? —le interrogó el juez.

—Sé bastante —repuso Eversel—. Sé cuándo no se cometió.

—¿Qué es lo que sabe con exactitud? —indagó el juez.

—Expondré las cosas con claridad —empezó el joven—. Hace tiempo que estoy enamorado de Juanita Wenworth. La conocí, y me enamoré de ella a pesar de estar ya casada con Penn Wenworth, a pesar de vivir aún con él. La intensidad de mi afecto me pareció indiscreta.

Eversel hizo una pausa para tragar saliva. Evidentemente, se había aprendido de memoria su declaración, si bien encontraba el monólogo más difícil de lo previsto.

—Wenworth era diabólicamente listo —prosiguió—. Y se enteró de todo. Creo que estaba tremendamente celoso de mí. Quería que Juanita, su esposa, volviera a su lado. Ella le abandonó poco después de conocernos. Wenworth la amenazó con que, a menos de volver con él, me demandaría por enajenación de afectos. Y se negó a concederle el divorcio. Todos sus actos eran los de un hombre altamente egoísta y desconsiderado.

—Sin comentarios —le riñó Scanlon—. ¿Qué es lo que sabe?

—Tal injusticia me reconcomía —continuó el testigo—, porque sabía que Wenworth tenía muchas amiguitas que subían a bordo de su yate. Y decidí obtener alguna prueba que colocase a Wenworth a la defensiva, en una posición en que pudiéramos obligarle a atender a razones y a concederle a su esposa el divorcio sin perjudicar mi nombre.

—¿Qué hizo usted? —interrogó el juez.

—La noche del doce, me dirigí al Yacht Club para vigilar su yate. Sabía que la señorita Farr era asidua visitante de dicha embarcación. La noche era calurosa, bochornosa. Wenworth dejó abierto el tragaluz de su camarote. Me acerqué al yate cautelosamente, para escuchar. Cuando juzgué que era el momento oportuno, subí a bordo y miré por el tragaluz. Vi entonces a Wenworth en una situación comprometida. Tenía la cara vuelta del otro lado de la cámara. Coloqué el dedo sobre el disparador y le

llamé en voz baja. Al principio no me oyó. Le llamé otra vez y levantó la vista alarmado. En aquel instante apreté el disparador, se inflamó el *flash* y obtuve una foto muy clara.

—¿Qué más hizo usted?

Carl Runcifer susurró al oído de Overmeyer:

—Es el procedimiento más ilegal de una vista preliminar que he visto en mi vida. ¿Vas a permitir que el juez interroge a ese testigo? ¿No pretenderás?...

—No serviría de nada —susurró también Overmeyer—. Así dirige el espectáculo Emil Scanlon; y de manera sorprendente, el resultado siempre es excelente.

—Di media vuelta y salí del yate corriendo —prosiguió Eversel—. Me marché a casa y revelé la foto. Fue un negativo perfecto. No pude aguardar. Sabía que la señora Wenworth estaba en San Diego. Cogí mi avioneta y volé hasta allí; le conté lo ocurrido y regresó conmigo. Cuando volvimos, el negativo ya estaba seco. Lo coloqué en la ampliadora e hice una copia. Yo estaba muy contento. Y volé de nuevo, dejando a la señora Wenworth en San Diego.

El testigo volvió a aclararse la garganta.

—Después, me robaron el negativo. En el momento de su desaparición, el señor Perry Mason, defensor de la señorita Farr, se hallaba merodeando por allí. Exijo la exhibición de dicho negativo. Y cuando sea exhibido, exijo que procesen a ese abogado Mason por robo con escalo y nocturnidad.

Emil Scanlon frunció los labios pensativamente y evitó la mirada de Perry Mason.

—Bien —murmuró tras una pausa—, si sucedió algo parecido, ello no tiene relación alguna con este caso. A mi entender, su declaración puede demostrar que el crimen no tuvo lugar en el momento que suponíamos. Esto es lo único relacionado con la presente investigación.

—¿Puedo, con el permiso de su señoría, formular una pregunta? —inquirió Overmeyer.

—Sí, adelante.

—Cuando usted voló hacia San Diego por primera vez, ¿efectuó parte de la travesía directamente sobre el mar?

—Sí —asintió Eversel—. Mi avioneta es anfibia. La noche era tranquila. La tormenta aún no había estallado y por eso volé por

encima del océano.

—Y estando usted cerca de la entrada al puerto, ¿observó algún yate por casualidad?

—Sí.

—¿Qué yate?

—El crucero *Atina* propiedad de Frank Marley.

—¿Quién es Frank Marley?

—El socio de Penn Wenworth.

—¿Le conoce?

—Le conozco personalmente. Estoy familiarizado con su yate.

—¿Volaba usted bajo?

—Sí.

—¿Hizo algo?

—Tracé varios círculos, pensando que era raro que aquel yate se encaminase a alta mar.

—¿Poseía algún medio de iluminación por el que pudiera...?

—Sí. Tengo un par de faros en las alas. Los enfoqué sobre el yate.

—¿Qué vio?

—Identifiqué absolutamente al *Atina*. Vi a alguien en la rueda. Una mujer, con unas ropas de colores idénticos a los que llevaba Mae Farr cuando estaba a bordo del *Pennwent* un poco antes.

Overmeyer sonrió y se inclinó.

—Nada más, señoría.

Mason levantó las cejas hacia el juez de paz y Emil Scanlon asintió.

—¿Voló por encima de otros yates en su vuelo a San Diego, señor Eversel? —interrogó el defensor.

—Con el permiso de su señoría —objetó Overmeyer—, esto no tiene nada que ver con el caso. Es un intento para confundir al testigo y...

—Yo mismo habría formulado esa pregunta de no hacerlo el señor Mason —replicó el juez con acritud—. Ya dije que no quiero objeciones de carácter técnico. Oigamos la respuesta del testigo.

Eversel se movió con inquietud en la silla. Luego miró suplicantemente a Overmeyer, el cual desvió la vista.

—Conteste la pregunta —ordenó Emil Scanlon con tono imperioso, como un inquisidor general.

—Bueno —repuso Eversel—, naturalmente que al volar hacia San Diego lo hice por el rumbo que tomaría un barco yendo a Ensenada.

—No quiero explicaciones —le reprochó el juez—. Ya las dará luego. Lo interesante es saber si voló por encima de otros yates.

—Sí.

—¿Reconoció a alguno de esos yates?

—Reconocí uno.

—¿Era acaso el *Pennwent*? —preguntó severamente el juez.

Eversel conservó la vista directamente al frente.

—Sí —asintió con voz tensa.

—¿Voló en círculos por encima?

—Una vez.

—¿Qué vio?

—Vi al yate navegando con el tragaluz del camarote todavía abierto.

—¿Había alguien al timón? —preguntó Scanlon.

—No creo que el testigo pudiera distinguir exactamente... —interrumpió Overmeyer—. Es pedir demasiado que...

—No lo es —sentenció el juez—. Un testigo que ve un yate y puede reconocer el color de las ropas que lleva la persona que está al timón, también puede ver si hay alguien en la rueda de otro yate. Adelante, señor Eversel.

—No había nadie al timón —fue la respuesta.

—¿Sólo trazó un círculo sobre el yate?

—Sí.

—¿Está seguro de que no había nadie al timón?

—Sí.

—¿Dónde estaba el yate?

—A un kilómetro mar adentro y a unos quince por debajo de la escollera.

—¿A qué distancia del yate de Frank Marley? —intervino Mason.

—A unos cinco kilómetros.

—Usted sabía que Penn Wenworth tenía un carácter levantisco, ¿verdad? —inquirió Mason con tono casual.

—Sí.

—Y sabía que, de pillarle a bordo del *Pennwent* recurriría a la

violencia, ¿eh?

—Sí.

—¿Sabía que era un hombre forzado?

—Sí.

—Supongo —aclaró Mason—, que por eso iba usted armado.

—Oh... llevaba un arma. No me proponía...

De repente, el testigo calló al comprender las implicaciones de la pregunta del abogado defensor.

—¿Y no halló ningún motivo para dejar el arma antes de subir a su avioneta?

—A decir verdad, me olvidé por completo.

—De modo que mientras usted trazó un círculo por encima del yate del difunto, usted iba armado. ¿No es así?

—No me gusta la forma en que ha formulado la pregunta.

—No importa que le guste o no —intervino áridamente el juez Scanlon—. Conteste.

—Sí, iba armado.

—¿Con qué clase de arma?

—Con un «Colt»... del treinta y ocho.

—Ah... —sonrió Mason amablemente—, nada más.

Scanlon frunció el ceño.

—No estoy seguro de poder terminar este interrogatorio ahora —murmuró—. Bien, tal vez será mejor abandonarlo temporalmente. No se mueva de la sala, señor Eversel.

—Sólo otra pregunta —avanzó Mason de nuevo—. Usted ha declarado que hizo una ampliación de aquel negativo.

—Sí.

—¿Dónde está?

—La entregué al ayudante del señor fiscal.

—¿Al señor Overmeyer?

—No, al señor Runcifer.

—¿Le importaría exhibir dicha ampliación, señor Runcifer? —sonrió Mason.

—En absoluto —replicó el aludido—, pero forma parte de los archivos confidenciales de la fiscalía. Por tanto, me opongo a tal demanda. Si desea ver la foto, enseñe la que usted posee, y entonces todo el mundo sabrá que el negativo está en su poder.

—Si no hay más preguntas para el señor Eversel —intervino el

juez con voz untuosa—, puede retirarse, quedando a disposición del tribunal.

Sidney Eversel abandonó el sillón de los testigos.

Runcifer cambió una mirada de gozo con su colega.

—Y ahora —se puso en pie Overmeyer—, llamamos a Hazel Tooms como nuestro testigo siguiente.

—Muchas gracias —expresó Emil Scanlon—, pero este tribunal tiene otras ideas respecto al siguiente testigo. Señor Runcifer, ¿quiere acercarse y prestar juramento?

—¿Yo? —exclamó Runcifer—. ¡Protesto por...!

Scanlon asintió amablemente y Runcifer quedó cortado en mitad de la frase.

—Acérquese al estrado, señor Runcifer.

—Será mejor que vayas —le susurró Overmeyer—, si no quieres ser citado formalmente. Ese tipo busca guerra.

Runcifer avanzó pausadamente, levantó la mano y prestó juramento.

—¿Posee usted —preguntó el juez de paz— una fotografía que es una impresión de la que tomó el testigo que acaba de declarar?

—¡Protesto, señoría! —gritó Overmeyer—. Esto es parte de...

—No admito objeciones —sentenció el juez—. Quiero la fotografía si la tiene.

Hubo un momento de silencio dramático, tenso.

—Bien —murmuró Runcifer—, en contra de mi deseo y con mi más formal protesta, entrego la fotografía que su señoría exige.

Runcifer no pudo alejar un tono burlón cuando pronunció la palabra *señoría*.

Abrió la cartera de mano y sacó una ampliación que entregó al juez.

Al mismo tiempo favoreció a Perry Mason con una mirada de abierta hostilidad.

—Y puestos en ello —añadió el juez—, por lo visto, tiene usted ahí otras fotografías. ¿Qué son? ¿Fotografías del interior del *Pennwent*?

—Sí.

—Veámoslas —decidió el juez.

Runcifer extrajo una serie de fotografías, explicando que mostraban la postura de un cadáver al ser descubierto, el interior

del camarote cuando la Policía irrumpió en el yate, el exterior del mismo, la embarcación en su atracadero del Yacht Club, y una vista aérea del club mostrando los flotadores a que amarraban los yates. Scanlon los señaló todos numéricamente y se los guardó como pruebas.

—Nada más, señor Runcifer. Muchas gracias.

Runcifer regresó envaradamente a su sitio.

—Bien, oigamos ahora a Hazel Tooms —decidió el juez—. Señorita, ¿quiere avanzar, por favor, y prestar juramento?

Hubo un alargamiento de cuellos, aunque no el rumor usual de una testigo avanzando hacia el estrado.

Scanlon frunció el ceño.

—¿No le enviaron una citación? —gruñó.

—Sí, señoría —repuso Runcifer agriamente—. Y dio a entender que al menos le habían hecho una proposición para que abandonase el país. Al entregarle la citación pensamos que se ponía bajo la jurisdicción del tribunal.

—Esto no me interesa —replicó el juez—. Sólo nos ocupamos de una autopsia, la de Wenworth, y la probable implicación de la acusada Mae Farr. La cuestión es: ¿dónde está ahora la testigo?

—No lo sé —confesó Runcifer.

Scanlon volvió la mirada hacia Perry Mason, con súbita severidad.

—Señor Mason, creo que tendré que rogarle que suba al estrado.

El abogado, obedientemente, subió al estrado, comprendiendo que de nada serviría protestar.

—¿Conoce a la testigo Hazel Tooms? —inquirió el juez Scanlon.

—Sí.

—¿Habló con ella respecto a este caso?

—Sí.

—¿Sabe dónde está ahora?

—No.

—¿Sabe por qué se marchó?

—No.

—¿Fue usted directa o indirectamente responsable de su marcha?

—No.

—Nada más.

Runcifer se puso de pie, ávidamente.

—Me gustaría formularle al testigo un par de preguntas —dijo. Scanlon vaciló un instante.

—A él no le di la oportunidad de formularle preguntas a usted —repuso al fin.

—Esto es diferente —alegó Runcifer.

—Oigamos la pregunta y veré si la permito —dictaminó el juez.

—Cuando usted habló con la señorita Tooms, ¿no discutieron el asunto de abandonar ella el país mediante un pago financiero, llegando a nombrar la cantidad necesaria?

—Usted formula la pregunta a su antojo —replicó Mason—. Fue ella quien hizo la proposición y yo la rechacé.

—Ah... —exclamó sarcásticamente Runcifer—. Usted fue a su apartamento. Y ella le notificó que su testimonio resultaría perjudicial para su cliente, y le ofreció abandonar el país, y usted fue excesivamente ético y rechazó esta oferta. ¿Es esto lo que quiere darnos a entender?

—No tiene por qué contestar a esta pregunta, señor Mason —se opuso Scanlon—. Señor Runcifer, no permito ante este tribunal estos alaridos sarcásticos. Estamos aquí para intentar encontrar las pruebas contra la acusada para poder enviarla ante un Tribunal Superior, por el asesinato de Penn Wenworth. Nada más. Sus agravios tendrá que ventilarlos fuera de esta sala.

—Con el perdón de su señoría —murmuró Mason—, me gustaría contestar a la pregunta.

—A su gusto, pues.

Mason se cruzó de piernas y sonrió amablemente.

—Su pregunta contiene unos hechos erróneos, señor Runcifer. El testimonio que Hazel Tooms iba a prestar, en lugar de ser en detrimento de mi cliente, era sumamente ventajoso para ella y lamento que la señorita Tooms no esté aquí.

—Muy bien —exclamó triunfalmente Runcifer—. Puesto que usted se ha referido a la naturaleza de su testimonio, le haré otra pregunta. Supongo que su señoría la admitirá. Está relacionada con todo lo demás. ¿No es cierto que esa joven estuvo en el Yacht Club para visitar a Wenworth, que éste le advirtió que aquella noche se marchaba a Ensenada, rogándole que le acompañase; que ella volvió a la ciudad en busca de ropas y víveres, y que al volver el

yate había desaparecido, que esperó algún tiempo y que, mientras aguardaba, vio que el yate de Frank Marley atracaba en el muelle, y que asimismo divisó a la persona que pilotaba la embarcación, que no era otra que la única persona que bajó a tierra, o sea la señorita Mae Farr, su cliente y acusada?

—Esto es en sustancia lo que ella declaró.

—¿Y considera usted que esto beneficia a su cliente? —inquirió extrañado Runcifer.

—Sí —asintió Mason con gravedad.

Se produjo un silencio de asombro, seguido por una conferencia en voz baja entre los ayudantes del fiscal.

—Nada más, señor Mason —dijo el juez—. Creo que no permitiré que siga este interrogatorio. Puede abandonar el estrado.

Mason volvió a su sitio.

Runcifer se puso en pie, casi suplicante.

—¿No permite que le formule una última pregunta al señor Mason?

—No —se opuso el juez—. Usted ha indicado bien la situación. ¿Qué deseaba preguntar?

—Quería preguntarle al señor Mason cómo puede afirmar que ese testimonio beneficie a su cliente.

—Esto significaría argumentación —rechazó el juez.

—Creo que su señoría podría permitirme contestar a la pregunta —dijo Mason desde su asiento—, pues aclararía un sinfín de cosas.

—Adelante, pues —permitió Scanlon—. A fuer de sincero, estoy interesado en esa respuesta, aunque considero improcedente la pregunta y un intento de aprovecharse de un testigo que al parecer fue muy franca y sencilla. Conteste, señor Mason.

El abogado se acercó al sitio donde se hallaban esparcidas las fotografías.

—Para contestar a esa pregunta, es necesario establecer ciertos hechos, aunque ello sea un poco prolijo.

—Concedido el permiso —dictaminó el juez—. Para eso estamos aquí. Para poner un orden lógico a los hechos. Pero me niego a escuchar una discusión acalorada.

—No la habrá, señoría —sonrió Mason.

—Entonces, adelante, señor Mason.

—Creo que la etiqueta que se puso a este caso por mi querido

colega de la acusación tal vez sea la mejor descripción del mismo. Su señoría comprenderá que me refiero al «Caso del asesinato aplazado».

El juez asintió.

—Obviamente, a Wenworth le mataron a distancia. No había rastros de pólvora en sus vestidos ni en su cuerpo. Evidentemente le dispararon desde arriba, como sabe su señoría por el resultado de la autopsia. Es natural suponer que lo mataron de una bala disparada a través del tragaluz de su camarote por una persona que se hallaba arriba, a una distancia de dos metros al menos, distancia que puede alargarse hasta el espacio, siempre que el tirador sea certero y tenga buen tino. Por ejemplo, creo que el señor Eversel es un experto en el tiro de revólver y que posee cierta autoridad con las armas de fuego. Esto es cierto, ¿verdad, señor Eversel?

El aludido vaciló y acabó por asentir.

—Señoría, si todavía estamos interrogando, sugiero que el señor Eversel —exclamó Runcifer, poniéndose de pie—, regrese al sillón de los testigos.

—Seré yo quien decida, señor Runcifer —replicó ásperamente Emil Scanlon.

—¿Podría usted rechazar la afirmación que acabo de formular —inquirió Mason, dirigiéndose a Eversel—, sobre su puntería y su conocimiento de las armas de fuego?

Eversel no intentó siquiera responder. Mason prosiguió:

—Bien, no es éste el momento oportuno. Sólo lo mencioné para recordar la posición de la persona que disparó y la postura del hombre que sirvió de blanco.

Mason irguió la cabeza en dirección al juez.

—Examinemos las posibilidades. Consideremos primero a Anders. Es difícil que pudiera cometer el asesinato. La evidencia demuestra que el yate de Wenworth se hallaba a sólo unos cuatro kilómetros delante del de Marley cuando Eversel lo vio. Wenworth poseía un yate mucho más lento. Sin embargo, con todas las concesiones a la velocidad, resulta aparente que Wenworth debió zarpar con su yate muy poco después de que Mae Farr y Harold Anders bajasen a tierra, tal vez menos de media hora. Anders afirma que tiró su pistola. Mae Farr declara lo mismo. La evidencia demuestra que se encontró el arma del crimen. Ciertamente no era

lo que Anders había llevado. Además, Anders se dirigió a la ciudad y casi inmediatamente partió hacia North Mesa, y tengo entendido que la Policía logró comprobar todos sus movimientos, de modo que están plenamente convencidos de que, después de conversar conmigo, no volvió al Yacht Club.

El juez Scanlon miraba a Perry Mason con evidente fascinación.

—La señorita Farr y yo volvimos al Yacht Club. Y vimos que el *Pennwent* había desaparecido. Regresamos y la señorita Farr estuvo conmigo hasta que hubimos pasado por delante del lugar donde Anders había arrojado su pistola. Luego, ella me engañó y zarpó con el yate de Marley.

—¿Lo admite? —preguntó Runcifer incrédulamente.

—Claro que lo admito —afirmó Mason—. Bien, veamos el punto de vista de Mae Farr. Supongamos que adelantó el yate de Wenworth, cosa que pudo ocurrir. No pudo situar el *Atina* al lado del *Pennwent* sin darse cuenta Wenworth. Es algo imposible de llevar a cabo físicamente sin armar bastante alboroto. Además, no pudo mantener la velocidad de crucero, situarse al lado del *Pennwent*, abandonar el timón y pasar al yate de Wenworth sin ayuda. Habría necesitado, o que Wenworth redujese la velocidad, o que alguien la ayudase, o ambas cosas a la vez.

Asentimiento del juez.

—Sin embargo, supongamos que Wenworth redujo la marcha, supongamos que Mae Farr pasó a bordo de su yate. Wenworth habría tenido que ayudarla. Y habrían bajado juntos al camarote. Wenworth llevaba un piloto automático en su yate. No necesitaba quedarse al timón. Pero no se hubiese producido la combinación de circunstancias para que él bajase al camarote y ella se quedase en cubierta para poder disparar a través del tragaluz.

Nuevo asentimiento del juez Scanlon.

—Tomemos ahora el caso de Eversel. Es aviador. Voló bajo sobre el yate. Iba armado. Es un experto tirador. Mas antes de referirme a esto, deseo llamar su atención respecto a un detalle muy significativo de las fotografías. Observen la que tomó Eversel. Deseo llamar la atención de su señoría hacia esa estantería. Observarán un objeto circular en un estuche, y un objeto casi cilíndrico muy cerca.

Runcifer se levantó y casi corrió para examinar lo que Mason indicaba.

—Se trata de una moneda rara —estableció el ayudante del fiscal—. Wenworth era un coleccionista conocido de monedas raras.

—Muy posible —concedió Mason—. Y con una lupa es posible distinguir ciertas marcas en esta moneda. Hay dos líneas paralelas y otras diagonales que las cruzan.

El juez estudió la foto con una lupa.

—¿Cuál es el significado de todo esto, señor Mason? —inquirió.

—Un momento, señoría —objetó Mason—. Examine ahora esta foto del camarote tomada por la Policía desde el tragaluz, después de haber regresado el *Pennwent* al muelle. Se ve el mismo estante. Pero faltan los objetos.

Scanlon asintió.

—Bien —prosiguió el abogado—, nos vemos enfrentados a esta situación. Fuesen lo que fuesen los objetos, estaban en el yate cuando Eversel tomó su fotografía desde el tragaluz, y naturalmente cuando éste abandonó la embarcación. Wenworth corrió a la división posterior del camarote. La señorita Farr salió a cubierta y se encontró con Anders. Los dos abandonaron juntos el yate. Ninguna prueba demuestra que Eversel, Mae Farr o Anders volvieran al yate.

»Pero aquí tenemos dos pequeños objetos vistos claramente en una fotografía y claramente ausentes en otra fotografía posterior. ¿Por qué? ¿Dónde fueron a parar? ¿Quién los cogió?

—¿Tiene alguna teoría al respecto, señor Mason? —preguntó el juez.

—Sí, y me gustaría llamar a un testigo.

—Bueno, no creo que el Estado haya dado el caso por concluso —vaciló Overmeyer.

—Oh, ¿a qué viene esta vacilación cuando se trata de aclarar el caso? —protestó el juez—. Señor Mason, llame a quien quiera.

—Llamo al señor Robert Grastin —anunció el abogado.

Un individuo alto, delgado, de ojos hundidos y pómulos pronunciados, avanzó hacia el estrado. Tenía unos cincuenta años, con brazos y piernas largas y de modales sosegados.

—No me gusta desalentar a la gente —declaró—, pero no sé nada de este caso. No conozco a ninguna de ambas partes.

—Estupendo —aprobo Mason—. Siéntese y veremos qué sabe usted, señor Grastin.

El aludido tomó asiento en el sillón de los testigos.

—Creo que la citación que le entregaron a usted —dijo Mason— le ordenaba traer ciertos archivos.

—Sí.

—Bien, para que su señoría tenga una pista —sonrió Mason—, explique, por favor, quién es usted y cuál es su ocupación.

—Soy secretario y tesorero de la Liga Atlética Interurbana de Aficionados. Es una asociación de atletas aficionados apadrinados por una línea de autobuses interurbana con el propósito de promover relaciones cívicas y...

—¿Y tráfico? —le interrumpió Mason con una sonrisa.

—Y tráfico —admitió Grastin—. Existe la teoría de que las competiciones interurbanas se hallan situadas en lugares a los que se llega mejor con el servicio interurbano. Se conceden premios. Se animan las competiciones y la línea obtiene cierta propaganda.

—Bien —le interrumpió Mason de nuevo—, el día doce ustedes apadrinaron ciertas actividades atléticas, ¿verdad?

—Sí, señor. El doce, el torneo de tenis en pista abierta llegó a su fase final.

—Y aquel día —inquirió Mason—, ¿demuestran los archivos quién obtuvo el segundo lugar en féminas?

—¿El segundo lugar? —preguntó Grastin.

Mason asintió.

—Un momento —pidió Grastin, sacando del bolsillo un cuaderno de piel con las hojas mecanografiadas. Pasó el dedo por una página—. Nuestros archivos demuestran que el segundo lugar lo conquistó la señorita Hazel Tooms, que reside en los Apartamentos Balkanes de esta ciudad.

—Exacto —asintió Mason—. Estoy muy interesado ahora en volver sobre los archivos de otras actividades atléticas. ¿Posee un índice alfabético de los nombres de los ganadores?

—Sí.

—¿Lo ha traído?

—Está en mi cartera.

—Exhíballo, por favor.

Grastin regresó a su primitivo asiento, cogió su cartera de mano y volvió con ella al estrado. Extrajo un cuaderno de hojas sueltas, cogidas con grapas.

—Mire debajo del apellido Tooms —le indicó Mason— y veremos qué encuentra.

Grastin repasó los papeles.

—Un momento —exclamó de pronto—. Me acuerdo del nombre. Ganó varios campeonatos. Es una atleta formidable.

—Está bien —dijo Mason—. Mire el archivo. ¿Qué encuentra en relación con la natación?

—En los dos últimos años —manifestó Grastin—, ha ganado el trofeo de natación de larga distancia en femeninos. Y el año pasado, también ganó la competición de cuatrocientos en estilo libre para mujeres.

—Ya es suficiente —le cortó Mason—. Suficiente para probar mi teoría. Voy a enseñarle esta fotografía, señor Grastin, y a llamar su atención hacia un objeto parecido a una moneda contenido en un estuche, que está en un estante.

Mason le entregó la foto al testigo y señaló el estuche.

—Por favor, mírelo con una lupa. ¿Sabe qué es?

Grastin mantuvo la lupa debajo de su ojo derecho y murmuró lentamente:

—Sí. Es la medalla que concedemos a la ganadora del segundo premio en los concursos de tenis. Esta serie de líneas representan una pista de tenis, precisamente.

Mason le sonrió amablemente al juez.

—Creo, señoría, que ha llegado el momento de sumar dos y dos. Entonces tendremos la respuesta de quién mató a Penn Wenworth y sabremos que no fue Mae Farr.

Capítulo XIII

Mason, Della Street, Mae Farr y Paul Drake estaban sentados en el despacho del primero. Mae Farr parecía ofuscada por el giro rápido de los acontecimientos.

—No sé cómo lo adivinó —balbució la joven—. Yo pensé que me condenarían.

—A punto estuvo —sonrió el abogado—. Pero casi tan pronto como hablé con Hazel Tooms comprendí que tenía un ansia excesiva por salir del país. Mi primera reacción fue pensar que habían colocado micrófonos en su apartamento para hacerme caer en una trampa, y que por eso trataba tan afanosamente de convencerme.

—Y no era esto, claro.

—Los acontecimientos posteriores me hicieron mudar de opinión. Si su ansiedad por escapar no era una trampa, ¿qué era? Esto daba lugar a diversas especulaciones. Yo sabía que era una atleta formidable. Sólo con mirarla se veía. Además, ella misma me contó que había quedado clasificada en segundo lugar en la competición tenística. También comprendí que sentía un gran afecto hacia Penn Wenworth y creo, aunque no puede demostrarse, que la suya era algo más que una amistad platónica.

Della Street, su secretaria, mostró su sorpresa ante estas palabras.

—Me pareció obvio —siguió el abogado—, que a Wenworth lo habían matado desde un avión o alguien que había subido a bordo con él, regresando luego a nado, después de matarle.

»Sabía que la coartada de Marley no era buena, pero no me pareció hombre para nadar larga distancia, llegar a tierra virtualmente desnudo y regresar al hospital sin mostrar síntomas de

su experiencia natatoria. La señora Wenworth entraba en las posibilidades, pero era cierto que estuvo en San Diego. A menos que Eversel hubiese matado a Wenworth desde su avioneta, no podía relacionarle con el crimen. Usted había zarpado en el yate de Marley. Y lo trajo de regreso. Por las razones mencionadas, pensé que usted tampoco podía ser la asesina.

»Tan pronto como comprendí que lo que usted tomó por un disparo era el fogonazo de una cámara, supe que el crimen había tenido lugar mucho más tarde de la hora señalada originalmente.

»Una vez adopté esta teoría, fue fácil reconstruir lo ocurrido. Hazel Tooms ganó el segundo premio del torneo de tenis. Fue al yate de Wenworth a recibir sus felicitaciones. Sabiendo cuál solía ser la conducta de Wenworth, podemos asegurar que Hazel Tooms necesitó retocarse la pintura de los labios después de recibir las felicitaciones del dueño del yate. Una vez retocado su maquillaje, dejó la medalla y el pintalabios sobre la estantería.

»Entonces, Wenworth le contó su plan de zarpar para Ensenada aquella noche y le pidió que le acompañara. La joven se mostró encantada pero indicó que necesitaba algo de ropa y provisiones. De modo que abandonó el *Pennwent*, se marchó a casa a por la ropa y de camino adquirió provisiones.

»Mientras estuvo fuera del yate, usted, Mae, subió a bordo y forcejeó con Wenworth. Eversel también subió a bordo y disparó su cámara al ver a Wenworth en postura tan comprometida. Luego, se marchó. Usted salió corriendo a cubierta y se tropezó con Anders. Y los dos se largaron.

»Poco después, no mucho, Hazel Tooms volvió con las provisiones, subió a bordo del *Pennwent*, y ella y Wenworth zarparon hacia Ensenada.

»Indudablemente, Wenworth estaba muy trastornado. Sabía que lo habían fotografiado. Y reaccionó instintivamente cubriéndose la cara. Sin embargo, sabía que aquella fotografía le causaría graves trastornos en sus planes matrimoniales, y que su esposa se mostraría mucho más exigente a la mañana siguiente.

»Tanto si Wenworth le había prometido o no a Hazel Tooms casarse con ella, cuando recuperase su libertad. Hazel debió presumir que tal era su intención, y Wenworth le dijo claramente que tal presunción era ridícula. Y por este motivo seguramente, la

joven se encolerizó en grado sumo. Probablemente, él estaría sentado y riendo cuando ella empuñó la pistola y le mató.

»Pensó que le había matado instantáneamente. El impacto de la bala debió sólo dejarle sin sentido, pero luego volvió en sí y pudo dar unos pasos. Hazel saltó por la borda. Seguramente, llevaba una bolsa de lona en lugar de maleta... y tengo entendido que siempre llevaba consigo una pistola por si algún aficionado a la navegación se ponía excesivamente molesto. Supongo que se desnudó, metió sus ropas en la bolsa junto con la medalla de natación, el pintalabios y la pistola, fijó el piloto automático hacia Ensenada, si no lo habían fijado ya antes, saltó por la borda con la bolsa y nadó a tierra.

»Al principio, no comprendía por qué se había llevado el arma del crimen en lugar de arrojarla al mar. Luego me coloqué en su lugar y comprendí por qué lo había hecho. Llegó a tierra desnuda, a un sitio desconocido. Debió ponerse las ropas mojadas y pedir auto-stop

a algún conductor. Tenía que volver al Yacht Club donde tenía su coche. Y para protegerse decidió conservar el revólver.

»Regresó al Yacht Club a tiempo de ver a Mae Farr regresar con el yate de Marley. Después, se marchó a casa. A la mañana siguiente, al leer la noticia del asesinato, supo que Anders había arrojado su pistola en aquel descampado. Conque fue hacia allí, y «plantó» la suya. Y aquella misma mañana le contó a Frank Marley que había visto a Mae Farr bajando del *Atina*.

—Buena reconstrucción, Perry —alabó Paul Drake—, pero no comprendo cómo una chica atlética, bien equilibrada y normal, cometió el asesinato.

—Me habría engañado también a mí a no ser por un detalle, Paul.

—¿Cuál?

—Por muchos datos que hayamos supuesto, uno queda en pie como verdadero. La persona que mató a Wenworth llevó el arma asesina al descampado donde Anders arrojó la suya y la plantó allí, con la esperanza de que ello serviría para acusar plenamente a Anders. En otras palabras, el asesino deseaba que sentenciasen a Anders a pena de muerte o a cadena perpetua por un crimen que no había cometido. Esto demostraba que la persona culpable sabía que

existía alguna posibilidad de que se llevara a cabo una investigación, que la persona culpable podía resultar sospechosa, y entonces pensó impedir la investigación y las sospechas, tratando de edificar un caso completo contra Anders.

—Sí, es cierto —admitió Drake.

—¿Qué le harán? —se interesó Mae.

—Depende —manifestó el abogado—. Primero, tendrán que cogerla, lo cual no será fácil. Después, tendrán que condenarla, lo cual costará bastante. La fotografía que tomó Eversel servirá casi para absolverla si ella declara que Wenworth la atacó del mismo modo que a usted, Mae.

—Plantar la pistola fue diabólico —comentó Drake.

—En cierto modo, sí —sonrió Mason—, pero... oh, Paul, no se puede condenar a una mujer con su tipo más que como homicida casual.

—¿Y Eversel?

—Estaba asustado —explicó Mason—. Temía que yo le acusase del crimen y cuando di la verdadera solución estuvo a punto de desmayarse. Ahora somos amigos. Además, cuando comprendió que gracias a mis actividades había recobrado la libertad una joven inocente, empezó a pensar que yo no era tan malo. Y, Della, nos ha invitado a una cena la próxima semana.

—¿Iremos?

—¿Por qué no? Mientras tanto, cogeremos ahora el coche y saldremos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—Bueno, se trata de un viaje —aclaró Mason—. ¿Por qué no ir hacia North Mesa y admirar el paisaje?

—¿Se arriesgaría a ello? —rió Mae.

—¿Arriesgarme a qué?

—Probablemente tendría que pegarse con el abogado de la familia de Hal.

—Caramba —exclamó Mason—, no pienso combatir. Ese tipo tenía razón.

—Pues yo pensaba ir hacia allí esta misma tarde —murmuró la joven.

—¿De veras? —sorprendióse Della.

Mae asintió.

—¡Vaya, vaya, vaya! —comentó alegremente Perry Mason—. ¿Cómo ha sido esto?

La joven enrojeció y respondió en voz baja:

—Es prerrogativa femenina cambiar de idea, ¿verdad? Tal vez yo haya cambiado las mías respecto a Hal.

—Últimamente ha desarrollado bastante independencia —observó Mason.

Mae Farr rió nerviosamente.

—Sí, tiene ya ideas propias. Creo que este caso ha sido para él una buena lección. Me gustaría que mañana cenasen ustedes con nosotros, señor Mason. Será una fiesta especial.

Mason contempló a Mae Farr con pupilas chispeantes.

—¿Una celebración de compromiso?

—Pienso pedirle a Hal que se case conmigo.

—¡Buena chica! —aplaudió Mason. Se volvió hacia Della Street—. ¿Iremos, Della?

—¿Deja a mi cargo la elección?

—Sí.

—Entonces iremos a North Mesa si Mae nos invita de corazón.

—Oh, naturalmente —asintió la muchacha.

Paul Drake se puso de pie y murmuró:

—Bien, encantado de conocerla.

—¿No irá usted, señor Drake? —se extrañó la joven.

—Oh, no. Las campanas de boda resultan contagiosas. ¿Y qué haría un detective con una esposa?

—Estás equivocado —replicó Mason—. ¿Qué haría una esposa con un detective?

Drake se detuvo para disparar la última bala.

—Particularmente, un detective que trabaja para un abogado que le mantiene levantado toda la noche y le pide que la ayude a asaltar fincas particulares.

Y para subrayar sus palabras, cerró de un portazo.

FIN



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.

A. Fair,

Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no sólo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.

A. Fair,

varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] En argot norteamericano, billetes de mil dólares. < <

[2] Partido de pelota base (béisbol) de California. < <